
UN HOMBRE EN EL TEJADO
Una historia donde nada es lo que parece... excepto el amor
LIDIA PECERO CLARO

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Epílogo 1

Epílogo 2

Título: **Un hombre en el tejado.**
©Lidia Pecero Claro.

De la maquetación: 2025, Lidia Pecero Claro.
Del diseño de la cubierta: Lidia Pecero Claro.

Imagen de Ia creada para este efecto.

Primera edición: septiembre de 2025

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de
esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, así como tampoco su uso para entrenar tecnologías de IA, sin el permiso previo y por
escrito de la autora.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre
expresión y favorece una cultura viva.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Puede dirigirse a **CEDRO** (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45

Un libro puede ser una bonita forma de conservar recuerdos.

En este caso, la Navidad de 2024 que pasamos en Madrid.

El recuerdo es ese álbum que almacena instantes, buenos y malos,

y te hace poder volver a vivirlos.

Por tanto, te deseo que tu colección de instantes siempre sea maravillosa.

Sinopsis

Joel se acostumbró a mirar la vida desde lejos, como un espectador sentado en la última fila.

Éxito profesional, contratos firmados y noches de celebración eran una constante en su vida, pero, al mismo tiempo, sentía un vacío íntimo que ni el aplauso más sonoro podía llenar.

Todo cambia cuando su vida se cruza con la de Emma, una mujer en plena lucha por ver realizados sus sueños. Con ella descubre que el amor puede ser mucho más que un instante de pasión, para convertirse en un refugio, en una segunda oportunidad y en la prueba más difícil de todas.

Sin embargo, en el pasado de Joel se esconden verdades que nunca quiso enfrentar, secretos familiares, recuerdos fragmentados y un dolor constante que amenaza con derrumbar lo poco que ha logrado sostener.

En lugares emblemáticos, así como en las calles más solitarias de Madrid, y bajo el peso de sus propias dudas, deberá decidir si está dispuesto a dejar de ser un mero observador para convertirse, por fin, en protagonista de su propia historia.

Un hombre en el tejado es una novela que mezcla drama, romance en Navidad y suspense psicológico, con un estilo íntimo y emocional que atrapará a esos lectores que aman a los personajes reales con heridas profundas y a aquellos que adoran los giros que dejan huella.

Prólogo

Era plena noche en Madrid. Es cierto que pude esperar a que fuera de día para marcharme de la que había sido mi casa, pero, sinceramente, no podía, ni quería, aguantar un segundo más allí. La atmósfera revuelta y los silencios incómodos que se habían instaurado entre nosotros me oprimían el pecho, como si el peso de lo que fue y ya no era me lanzase de un rudo puñetazo contra la realidad, manteniéndome de espaldas en el suelo para sentarse sobre mis costillas con la oscura misión de impedirme respirar. Función, por otra parte, básica para la supervivencia… y no hablo solo del bienestar emocional, que hacía bastante que no sentía.

Pude esperar a que el equipo de decoración hiciera su trabajo antes de mudarme, pero me pareció mucho más importante volver a tener algo de paz, aunque fuera en un lugar sin amueblar. Sonreí al pensar que mi nuevo piso se parecía bastante a mí en ese momento.

No le di más vueltas y me puse al volante del coche al finalizar una estresante reunión en Moratalaz, con el maletero a reventar de cajas mal cerradas y un cactus, que presumía, orgulloso, de unos pinchos que eran como las agujas que usaba mi abuela para hacer punto, asomando por la luna trasera, con toda la pinta de ser algún raro alienígena con el pelo de punta vigilando la carretera. Se podría decir que éramos dos prófugos; en el último minuto sentí lástima por él y decidí llevármelo, a pesar de que yo no lo había comprado. Me daban ganas de decirle: tranquilo, ya pasó, estamos lejos. Pero sonaba ridículo, puesto que, al final, tan solo nos estábamos trasladando de Serrano a Nuevos Ministerios.

De pronto, caí en la cuenta de que esas palabras las decía más para mí mismo que para mi compañero vegetal.

Estaba dejando todo atrás. Y por «todo» me refería a ella. A «esa persona», a ese incendio que prendió en mí con la única intención de dejarme desolado cuando las llamas se apagaran.

Fueron más de cuatro años de fuegos artificiales, luminosos e ilusionantes cuando ella estaba de buen humor, que se convertían en fuegos forestales descontrolados cada vez que teníamos un desencuentro.

Amar a alguien que no sabe amarse es tan absurdo como pretender que las heridas, tras una caída, se curen con una canción simplona y un par de besitos tiernos. Sin embargo, yo estuve allí metido. Hoy sé que no la amé, ni ella me amó, pero los fuegos artificiales deslumbraban y pintaban demasiado bonito el cielo, haciendo que olvidara el terreno yermo que iluminaban. Y no, no estaba bien. Ni siquiera estaba medio bien. Lo reconozco, pero era caliente e intenso, y eso me bastaba. O eso me hice creer, porque la rutina es más cómoda y menos dolorosa que el hecho de recomponerse cuando abrimos los ojos.

La M-30 se parecía bastante a mi batiburrillo sentimental, y cada túnel era un agujero negro que me absorbía por inercia para conducirme hasta otro, haciéndome sentir como si la ciudad me engullera sin saber si escupirme o digerirme lentamente. Algo característico, y atrayente para muchos, de este monstruo de mil caras llamado Madrid.

Solo dormí unas dos horas de las últimas veinticuatro. Estaba cansado, había comido un puñado de frutos secos que le quité a mi secretaria al salir de la oficina y mi único plan esa noche era llegar a un piso casi vacío con una botella de agua, que viajaba en una de las cajas, para dormir tirado en el parqué. Y, por alguna razón, eso tenía el encanto decadente propio del cine antiguo, resultándome casi poético. Casi, porque, si te paras a pensarlo, es una auténtica gilipollez levantarte al día siguiente con dolor de espalda por pasar la noche acostado en el suelo.

No encendí la radio porque no quería ni una nota musical que se atreviera a recordármela. No deseaba escuchar ninguna de las canciones que bailamos juntos. Últimamente todo me sonaba a ella: desde Julio Iglesias a Mecano, pasando por Quevedo y Rosalía. Y no me daba la gana ponerme nostálgico y tener que dar marcha atrás para meterme de nuevo en las tripas de Madrid.

Necesitaba el silencio. Quería escuchar el coche, el pitido de los semáforos y el sonido mudo de mi recién estrenada libertad. Esperaba oír si se me rompía algo por dentro al gritar su nombre en silencio y, extrañamente, deseaba que eso sucediera, porque al menos así sabría que lo que viví fue importante.

Nueva vida. Nueva vida.

Repetía eso en mi cabeza como un mantra esperanzador.

No obstante, si soy sincero, y esa noche debía ser brutalmente honesto conmigo mismo, mi nueva vida no comenzaba soltando lastre y dejándolo ir, puesto que era yo quien me arrastraba lejos de ella, que no era lo mismo.

Cuando salí de nuestro portal, porque, por más que ella se empeñara en decir que era su piso, aquel ático era mío o, en todo caso, nuestro, no miré atrás. No era una escena como esa de las pelis románticas que triunfan ahora. Salí sin glamur, y pensando en cuántos meses podría ella sola pagar el alquiler con su trabajo de dependienta de la sección de deportes en El Corte Inglés.

Me dio la risa tonta cuando cerré la puerta del coche. Una carcajada histérica se me escapó como el desahogo que necesitaban mis entrañas, ya que, a pesar de mi aparente entereza, la verdad es que sí, dolía. Pero también resultaba liberador.

Era ese tipo de dolor que sientes cuando te quitan una astilla que llevas clavada durante mucho tiempo y la piel la recubrió. Más te duele dejarla dentro que abrir la piel para sacarla.

El móvil vibró en mi bolsillo. Era ella.

Saqué el teléfono sin intención alguna de responderle. Ni siquiera abrí el mensaje y lo borré antes de leerlo, no porque fuera fuerte, sino porque no quería hacerme la temida pregunta: ¿y si me dice lo que llevo años esperando oír?

No. Ya no lo necesitaba.

Esa noche era mía. Tenía derecho a respirar tranquilo y a no escucharla.

En el asiento del copiloto llevaba mi libreta de notas. En las sesiones de control del estrés nos dicen que es una buena terapia escribir para vaciarse, así que la miré sonriendo. Aquella noche iba a llenarla de confesiones incómodas.

Necesitaba hablar y escucharme, acciones que eran literales, pero también simbólicas, pues ya no recordaba cómo se hacían ninguna de las dos.

¿Cómo coño se hacía eso? ¿Cómo se vive sin revisar el WhatsApp esperando la confirmación que deseas o temiendo la reacción de una persona? ¿Cómo se duerme en un lugar que no huele a nadie? ¿Cómo se vuelve a comer sin poner en la mesa los cubiertos para dos? ¿Cómo se camina aprendiendo a cuidarte a ti mismo?

No sabía cómo iba a enfrentarme a todo eso, pero esa noche iba a escribir eso que llaman párrafos terapéuticos. Quizás eso me ayudaría a enfocarme en lo que debía, evitando así sucumbir a la tentación de marcar su número de madrugada.

Era mi primera noche sin ella. Sin red, sin aplausos ni máscara.

Miré por el retrovisor. Las luces de Madrid eran mis cómplices en aquella huida, y me agradó ver la ciudad como un testigo que no me juzgaba, sino que me acogía generosa, me envolvía y me ofrecía paso, facilitándome el trayecto.

Paré en un semáforo en rojo cerca de Atocha. Un tipo sin dientes me sonrió, se acercó a la ventanilla y me ofreció un paquete de *kleenex*. Hacía frío, mucho. Le cogí los pañuelos, por si mi nostalgia llegaba a necesitarlos, y saqué un billete de cincuenta euros de la cartera. Supuse que así él podría dormir en algún lugar caliente esa noche, mi noche. Su cara de incredulidad fue más valiosa que el papel moneda que le entregué. No obstante, también me dio por pensar en que fue un gesto de un prepotente imbécil intentando chantajear al karma para que me enviara algo bueno de regreso.

Arranqué y continué hasta enfilar la calle de mi nuevo apartamento.

Dejé el coche en el garaje y entré por la puerta principal. El edificio estaba silencioso, no así el exterior, donde se situaba el mercado navideño del famoso centro comercial.

Casi todas las ventanas estaban cerradas y, al poner el pie en el umbral, fue como si se me abriese una puerta a un montón de

sensaciones que me atropellaron de lleno: futuro, soledad e incertidumbre.

Llevaba conmigo el cactus, la botella de agua, mi chaqueta, el boli y la libreta. El resto podía esperar al día siguiente, o eso pensé en un principio. Esa noche solo necesitaba un techo, un bolígrafo y una dosis razonable de valor para no retroceder en mi nuevo proyecto vital.

Accedí al ascensor, lujoso, pero frío, y me reí porque eso ni siquiera me molestaba; había aprendido a vivir en el hielo.

Entré en mi nuevo hogar, semivacío, y el eco de mi tos salió a recibirme.

Dejé el cactus sobre la encimera de la cocina y el resto de las cosas en el suelo de la sala, donde me senté, sintiendo el cálido tacto de la madera. Saqué un bolígrafo de la chaqueta y abrí la libreta para escribirle un mensaje a ese otro yo que estaba allí, por si desesperaba.

> *Llegado ese momento en que todos consideramos que es buena idea hacer el imbécil, no respondas mensajes de quien te partió. Respira. Aunque te tiemble todo. Aunque te huela el aire a ella. Respira. Tú eres buena compañía para ti, debes serlo, y esta noche es tu comienzo. Aunque duela. Aunque estés solo, o justamente por eso.*

Cerré los ojos, cansado. No me encontraba bien, pero tampoco mal. Únicamente me sentía diferente, y con eso, por el momento, tenía más que suficiente.

Capítulo 1

Nunca me ha gustado el olor a pintura, pero eso fue lo que invadió mis fosas nasales cuando, tras escribir aquel recordatorio para no cagarla, inhalé en profundidad. Supuse que habrían hecho una reforma reciente, y a eso se debería también el otro que podía apreciar, más sutil, como a yeso.

La sala estaba vacía, como se suponía que debía sentir yo el estómago después de llorar, solo que de mis ojos no cayó ni una lágrima, así que los kleenex se quedaron intactos, muertos de risa a mi lado.

Me quité los zapatos y los tiré a un lado. El eco que produjeron me hizo pensar que había alguien allí conmigo, y esa idea, que a cualquiera le parecería deprimente, a mí me hacía más llevaderas las circunstancias.

Caminé descalzo hasta la pequeña terraza a la que se accedía desde la cocina, y allí le busqué al cactus un lugar en el que se sintiera cómodo. Después de todo, íbamos a ser compañeros de supervivencia.

El suelo estaba helado, y notarlo en la planta de mis pies fue un recordatorio de que seguía teniendo cuerpo, puesto que llevaba semanas viviendo solo con un torbellino en el que todo se rompía y se reconstruía en bucle dando vueltas en mi cabeza.

En penumbra, decidí hacer una excursión por el pasillo, iluminado tan solo con la luz que entraba desde la calle por los balcones del salón. Caminé hasta las dos habitaciones vacías, con la intriga de quien acude a una cita a ciegas, ya que no las había visto hasta ese instante, al haber hecho las operaciones oportunas por teléfono con el gestor inmobiliario.

Me quedé de pie en la entrada del que sería mi dormitorio, que se encontraba con la persiana bajada. Le di a la luz y pude apreciar su tamaño descomunal para una sola persona. Era una buena habitación, una en la que no iba a dormir esa noche al carecer de

cama y colchón, y, aunque lo hubiera, no podía, debido a que el sueño me rehuía, invitándome a meditar sobre mi futuro más inmediato.

Regresé al salón y me tumbé bocarriba, con las manos en el pecho, hasta que se me cruzó una visión de mí mismo en la que parecía un vampiro aletargado en su ataúd, momento en el que las bajé al suelo, extendiendo los brazos a los costados.

Respiré y presté atención a todo lo que no oía y a lo que sí podía apreciar. La casa me devolvía mi respiración. Es curiosa la poca importancia que le damos al vital gesto de meterle aire a los pulmones.

En mitad de ese silencio me dio por pensar en otras cosas en las que habitualmente tampoco lo hacemos:

¿Cuándo fue la última vez que me sentí pletórico? Y no me refiero a estar contento, ni a tener un buen día, ni a que algo puntual me saliera bien y me sacara un aplauso o un «¡vamos!», con sacudida de puño incluida. Me refería a sentirme completamente vivo, pleno, encendido e invencible, como *Superman* lejos de la kriptonita.

Silencio. Otra respiración.

Ahí fue donde recordé con claridad ese instante siete respiraciones más tarde.

Había sido casi dos años atrás. Un día en el que no había qué celebrar. Un domingo cualquiera, como todos los domingos aburridos en los que no pasa nada… y de repente todo pasa.

Ese día nos habíamos despertado tarde. Ella se levantó sin ropa, como una Venus recién surgida del mar, con el pelo hecho un nido alborotado, recogido con una gran pinza, y la voz ronca por el efecto de la fiesta a la que habíamos acudido el sábado. Hacía sol, de ese de invierno que no calienta, pero atraviesa los cristales para regalarte una caricia. La miré embelesado mientras se vestía con mi camisa.

Pusimos música. Bailamos un merengue en pijama, yo sin calzoncillos, por la urgencia de aprovechar el momento, y preparamos un delicioso desayuno, a pesar de que ya era mediodía. Comimos pan con aguacate y tomate, huevos revueltos, café fuerte

y sin azúcar, y ese jugo verde con varios ingredientes que, si por separado son incomibles, juntos son una bebida terrorífica que siempre me parecía asquerosa, pero tomaba sin chistar porque ella decía que era «un verdadero milagro para la juventud de la piel».

Un rato después salimos a caminar sin rumbo, y nuestros pasos nos llevaron hasta el Retiro, donde nos sentamos bajo un árbol. Yo le conté algunos chistes malos que había escuchado en la oficina y ella reía sin juzgarme. O eso pensé entonces. Hoy diría que se rio de mí.

Y en un momento dado, sin aviso, sin un gran gesto de esos épicos de novela, sin cielo abierto ni coros angelicales, bajé la vista a sus ojos verdes y pensé: «Hostia puta. Hace tiempo que no me siento tan bien». Así. Con esas palabras. No dije «soy feliz» ni «cuánto la amo». No. Solo: hace tiempo que no me siento tan bien.

Fue una certeza extraña y calmada, un calor interno sin ansiedad, sin deseo, sin miedo de que se acabara, sin necesidad de gritarlo, compartirlo en Instagram o justificarlo. Solo estaba bien, y eso me pareció algo grande. Y esa fue la cima del Everest emocional que ni siquiera supe que estaba escalando.

Después vinieron las grietas, las bajadas, los retrocesos, a pesar de que al principio solo fueron pequeños detalles: los silencios, las respuestas cortas y las ausencias diminutas que se suman como granos de arena y que, al final, acaban formando una playa. Más tarde vinieron las malas miradas, las discusiones absurdas, la ansiedad de preguntarle «¿me quieres?» y recibir un «claro» que sonaba a «supongo», con la esperanza, tal vez, de que yo lo supiera interpretar y picara billete para evitar convertirse en la mala de la relación.

Y ahora me encontraba allí, en ese piso con paredes sin cuadros, sin alegría ni música. Sin ella, y con un recuerdo tan vivo que me daban ganas de vomitarlo para echarlo de mi interior, por indigesto.

Me levanté y fui a la cocina, donde abrí el grifo para rellenar la botella que traje con el agua fría que mi garganta agradeció al sentirla bajar. Tragué y me reí de mí mismo y de ese momento patético.

¿Quién coño dramatiza por dentro mientras bebe agua del grifo en lugar de un buen *whisky*? Yo, claro. El mismo que se estaba sorprendiendo por escucharse respirar, porque se le había olvidado cómo se hacía.

Volví al salón y saqué la libreta. La abrí por la segunda página y escribí en plan solemne, como si redactara un contrato conmigo:

La plenitud no es un estado permanente, sino una visita. Una ráfaga que pasa rápido. Solo recuerda que alguna vez fue real. No estabas loco. Era verdad, ella no se quedó. Pero pasó y te dejó un buen sabor de boca.

Me quedé mirando un rato las letras. No sé, me gustaba cómo sonaba, pero no estaba seguro de creérmelo del todo. Como posible campaña promocional para una serie estaba genial.

¿Y si fue una invención? ¿Y si nunca estuve bien de verdad y solo me autoengañé porque necesitaba creer en algo?

Daba igual. Lo escrito, escrito estaba. Lo había pensado y lo había vuelto a vivir en mi mente, y ahora tocaba seguir adelante sin ese recuerdo apoderándose de mi estado de ánimo.

Miré al techo. No me acababan de convencer los focos de la cocina y prefería estar en la sala, que me aguardaba con esa semioscuridad que lo tapaba todo a medias, ofreciéndome cierta complicidad en el proceso de volver a acostumbrarme, poco a poco, a mí mismo.

Por la mañana le encargaría a Marta que me buscase unas mantas y una de esas velas pijas de vainilla o canela que hicieran más agradable este refugio antes de que el decorador comenzara con su trabajo.

Pero esa noche no necesitaba nada de eso. Tan solo precisaba una libreta, una casa vacía y mi propia respiración sin interferencias, concesiones que no deseaba hacer, buenas caras por compromiso, ni discusiones.

Solo yo y la penumbra que me reconfortaba.

Capítulo 2

Las horas pasaban y me decidí a dar un par de viajes para descargar algunas cajas del coche. Necesitaba tener a mano las cosas con las que arreglarme al día siguiente.

Tenía sed, y el grifo de la cocina chirrió cuando lo abrí. No sabía si era porque las tuberías estaban ya a punto de jubilarse o por puro dramatismo arquitectónico, que también se apuntaba a mi fiesta de regreso a la soltería. Me reí solo. Había un punto dramático en ese simple sonido que venía como anillo al dedo en la escena que estaba protagonizando.

Busqué en el armario un vaso sin encontrarlo.
Me había mudado sin vasos, pero no sin trajes.

Sí, trajes. Siete de Armani y otros tantos de afamadas firmas, para más señas, que colgué en unas perchas que había encontrado en la barra del armario empotrado del dormitorio, como símbolos tangibles de lo que eran: armaduras del tipo de persona que se vestía bien para presentar proyectos a ejecutivos de contenido que no sabían usar Word, pero decidían qué series vería media España, después de que otros, con mejor o peor pinta que yo, me hubieran vendido sus sueños.

Rebusqué en los armarios hasta dar con una taza sin asa con el logo de unos conocidos cines de la capital y una llamativa frase en rojo. Estaba desconchada, pero se me había acabado el agua de la botella y aquella pieza, que tenía toda la pinta de ser un resto arqueológico, me miraba con su eslogan idiota: «La emoción está en la historia».

¿Sería alguna especie de mensaje subliminal del destino?

Dejé el cacharro en el fregadero y fui al salón a por la botella para rellenarla porque, vete a saber quién había puesto allí la boca.

De regreso, me detuve en el pasillo, pensando si no habría tomado una decisión demasiado precipitada.

Fue ahí, en ese trayecto breve y sin nada que lo provocase, donde se me coló un recuerdo, porque sí, en todo proceso reflexivo se cuelan imágenes de éxito personal. Queda profundamente doloroso y bastante estético para los expertos en fotografía de cine.

La oficina estaba tan cargada de adrenalina y entusiasmo aquel día que olía a champán antes de que descorcharan siquiera las botellas.

Y sí, era una reunión de alto nivel sobre un gran proyecto, en la que tenía delante a los representantes de una gran productora que contaba con tres series en Amazon, una en HBO y un presentador de voz grave que parecía salido de un videojuego distópico, o incluso era posible que fuera uno de esos que ponen voz a los que hacen las preguntas en off en cualquier concurso de sobremesa.

Entré en la sala con mi portátil reluciente y mis estadísticas bajo el brazo, sabiendo que les iba a vender el cielo para apoderarme de la serie. Les preparé un dossier tan perfecto que uno de ellos —el del jersey azul de cuello vuelto y mirada capaz de radiografiar pensamientos— se quitó las gafas y dijo:

—Joder, este tío nos ha leído la mente.

Y no lo dijo como cumplido, sino como diagnóstico certero.

Sonreí como todo un cabrón elegante. Como alguien que ya sabía que había ganado, porque era el puto amo en esos espectáculos.

Y me llevé la firma para Nextfilm. Firmaron allí mismo.

Cuando salí de la sala, todos me aplaudieron como si fuera una película americana con final feliz. Solo faltó el confeti dorado que cae cuando el jurado pulsa el botón de oro en Got Talent. Hasta Paula, la cubana que siempre me miraba con cara de «pobre imbécil», me ofreció una copa de cava.

—A tu salud, rey. —Brindó, con una sonrisa coqueta y hasta juraría que con un guiño de ojo incluido.

Rey. Así me sentí.

Esa noche cerramos la oficina a las doce. Yo pagué las copas y el picoteo, diciéndoles que no me importaba, que la ocasión lo merecía. Yo era un ganador, y cuando uno conseguía un acuerdo como aquel, no se medía el gasto. Se celebraba y punto.

Y me lo creí, al menos por un rato, ya que el éxito era eso: un trago breve que se sube rápido a la cabeza, te regala un minuto de euforia y baja, dejándote para el arrastre, con una resaca de la hostia y aún más estúpido de lo que eras antes.

Volví al presente con la botella temblando entre las manos, a pesar de que el frío era soportable. Me senté en el suelo del salón, apoyado contra la pared, y le di un sorbo.

El agua no sabía a triunfo. Un ganador no tomaba agua, pero al menos no ardía ni me dejaría peor de lo que estaba.

Pensé en lo mucho que había conseguido profesionalmente y lo poco que me había servido para sostener mi vida personal. Más bien fue todo lo contrario.

Tal vez ambas opciones iban siempre de la mano: exitoso en el trabajo, te comes los mocos en cuestión de amores.

Había firmado acuerdos millonarios, convencido a directores narcisistas de que cambiaran de idea, gestionado campañas internacionales sin dormir.

Y, aun así… no supe resolver una sencilla discusión sobre quién debía cambiar el rollo de papel higiénico en mi casa.

Recordé la última vez que me felicitaron. Había sido hacía menos de diez días. La CEO me había mandado un correo con un asunto que a cualquiera le subiría el ego:

«IMPRESIONANTE TRABAJO 👏👏?? »

Tres aplausos. ¡Ojo!, todo en mayúsculas.

Lo había leído justo después de que ella, mi ella, la que ahora estaba en el piso de Serrano, me dijera que no me aguantaba más, que no era capaz de entenderme ni con subtítulos.

Era curioso si te detienes a pensar. En el trabajo, yo era brillante. Sin embargo, en casa no era más que ruido ambiental que molesta cuando se mantiene una conversación telefónica

interesante. Una escena de relleno en una temporada prescindible de la serie que ves porque te da pereza buscar otra mejor.

Tomé otro sorbo de agua, cogí la libreta, abrí otra página y escribí sin pensar mucho:

> *No confundas el éxito con el verdadero triunfo, que es el sentimental. Puedes ser el rey de una oficina y sentirte exiliado en tu propia casa. Puedes ganar cuentas y perder abrazos. El éxito grita; el amor prefiere que le hablen con actos y susurros.*

Cerré los ojos y respiré, intentando echar de mis pensamientos a Paula llamándome rey.

Procuré no pensar en las botellas de champán o de cava extremeño que se descorchan siempre que consigo un contrato —sí, en Extremadura también hay cava, y jamón, y quesos, y aire limpio, y vida… no puedo ocultarlo, soy amante de la tierra de mi abuela—.

Debía olvidar la foto de grupo que habían subido a la web. Los «eres un *crack*», «qué puta máquina» y los «tío, lo tuyo es otro nivel», porque nada de eso me salvó cuando ella me miró a los ojos y me dijo, bajito:

—No puedo más. Y tú tampoco deberías empeñarte en aguantar, Joel.

Y tenía razón. Cuando la tenía había que dársela.

Los dos éramos espectaculares en lo público y desastrosos en lo privado, una pareja de portada sin contenido más allá de la sonrisa de éxito.

Tomé el último trago. El agua se acabó, como se acaban los brindis, las ovaciones y las relaciones.

No hubo aplausos, ni luces de oficina, ni copas alzadas, solo el salón vacío, el pantalón del traje que llevaba puesto, arrugado, la camisa medio desabrochada y mis pies desnudos sobre el parqué frío.

Afuera, en el pasillo, alguien cerró una puerta; el golpe seco rebotó en las paredes y se mezcló con mi respiración. Por un instante, sentí que el mundo seguía rodando sin mí, como si yo fuera solo un plano fijo en una película que otros protagonizan.

Me quedé así, mirando la botella vacía sobre el suelo, y pensé que tal vez la vida se parecía más a este momento que a cualquier

noche de champán y glamur: agua del grifo, silencio y tu propia compañía.

Capítulo 3

No recuerdo a qué hora me quedé dormido, pero desperté temprano, aún con sueño y con un importante dolor de espalda. Después de estirar los músculos durante un rato, me decidí a ir al coche para subir el resto de las cajas en las que había traído mis cosas, aunque aún había dejado algunas en el piso de Serrano. Dispuesto a dejar a un lado la pereza, me duché y adecenté hasta volver a ser el ejecutivo de la gran plataforma audiovisual que era. Cogí el portátil, lo guardé en el maletín y me aventuré a la calle buscando algún lugar en el que desayunar y ponerme a trabajar.

El cielo de Madrid era de ese color azul frío que parecía haberse desteñido con los lavados y en el aire flotaba un leve olor a comida del mercadillo de enfrente que intentaba sobresalir sobre los gases del tráfico. Miré a ambos lados de la calle antes de cruzar, topándome con un buen montón de gente que, como era habitual, trotaban con las prisas con las que aquí todos describen su vida normal.

Entré en un bar que no quedaba lejos, uno de esos que fingen ser reductos de la resistencia de la hostelería de barrio, aunque la consumición cueste más que un libro de bolsillo. El camarero me saludó con una sonrisa profesional y me senté en una mesa cerca del ventanal, de espaldas a la puerta, como hacen los que no esperan la compañía de nadie. Tomé un café y una tostada integral con tomate y aceite de oliva. ¡Qué coño! Ese día que no iba a pasar por la oficina ni tenía una novia a la que besar, iba a darme el capricho de restregar un diente de ajo sobre la rebanada de pan. Abrí el portátil sin entusiasmo, como si fuera una caja de Pandora con teclado, y empecé a responder los correos, dándole instrucciones a Marta para nuestros siguientes pasos en uno de los proyectos.

El local se fue llenando sin que me diera cuenta. Fuera, el sol empezaba a calentar las fachadas, y dentro, las numerosas conversaciones comenzaron a desconcentrarme.

Me fijé entonces en una pareja, sentada frente a mí, a tan solo dos mesas. Él tenía pinta de haber repasado su reflejo en el espejo unas diez veces antes de salir y la chica jugueteaba con la cucharilla, con ese gesto automático de quien está midiendo silencios y la conveniencia de hablar de según qué cosas.

Escuché la palabra «Tinder» en su conversación. Después: «primera vez que nos vemos en persona». En ese momento lo tuve claro: él había dicho algo tonto, ella había reído su chiste por educación, y ese café era ahora el escenario de su primera cita. De ese primer encuentro dependería si cabía la posibilidad de un segundo o de si se olvidaban al no ser lo que habían esperado de su charla virtual.

Los miré de reojo de vez en cuando, hasta que los vi marcharse con unas enormes sonrisas que les auguraban algo bueno.

Entre unas cosas y otras, salí de allí casi a la hora de comer, con el estómago protestando, y me dejé llevar por el bullicio hasta el pequeño mercado navideño de El Corte Inglés.

Me paré a coger un libro acerca de la gestión del tiempo y la compatibilización de la vida laboral y personal que por el momento no contemplaba leer, dado que carecía de vida personal y necesitaba la laboral para no acabar más jodido aún, y me acerqué a un puesto de *pizza* al corte, donde pedí una de champiñones acompañada con una cerveza fría que una chica, con poca simpatía para el desempeño de ese puesto de atención al público, me entregó en un vaso de plástico, como si estuviéramos en una feria.

Me senté en uno de los bancos de madera, al sol, con la espalda recta y el ánimo algo más optimista, y mi atención se fue hacia un hombre mayor, de unos setenta años, que compró una planta, de una de las casetas, para regalársela a su pareja. Ella la recibió sonriente. Esa complicidad entre el verde de las plantas me recordó a cómo la conocí a ella.

Todo empezó con una palada mal dada y con mi orgullo y mi imagen yéndose a pique más rápido que la piragua en la que me vi forzado a subir.

Todo sucedió un fin de semana rural de uno de esos viajes de empresa, que son retiros absurdos donde nos quieren hacer creer que aprender a remar juntos hará que el lunes respondamos a los correos con menos pasivo-agresividad. Ya sabes, eso que podría definirse como un eructo irónico de las emociones mal digeridas.

Yo no quería ir, la verdad. No me interesan esas actividades que me recuerdan a las convivencias parroquiales de mi infancia, solo que, con un ambiente menos inocente y con posibilidad de tener sexo con alguien que acude con la misma ilusión por el evento que tú.

Prefería quedarme en Madrid, con mi caos personal de siempre y mis domingos con resaca.

Pero claro, no puedes decirle que no a una actividad de «team building» cuando tu jefe la llama «una beneficiosa oportunidad de reconexión transversal entre departamentos de la compañía».

Así que ahí estaba yo: con un chaleco naranja que olía a moho y ningún interés de estar allí, rodeado de gente que conocía solo por su cuenta de correo electrónico.

Fue entonces cuando apareció ella. Almudena era la monitora, y me pareció de lo más sensual, embutida en un mono que se adaptaba a cada curva de su cuerpo y una sonrisa que, casi, podía conseguir que me hiciera ilusión dar paladas.

Una mujer sólida. No solo físicamente, aunque sí, tenía brazos de los que pueden levantar más de lo que pesan, sino en su forma de estar, de hablar, de moverse y de ocupar el espacio, ya que su presencia lo llenaba todo. Con nombre sencillo y un físico bestial.

Nos miró a todos como si fuéramos adolescentes en su primera excursión, y dijo:

—Vale, antes de subirnos a una piragua, vamos a hablar de miedo. Quien no sepa nadar bien que levante la mano.

Y allí estaba yo, con la mía en alto, sin pensarlo. No podía hacerme el héroe si deseaba sobrevivir a la dichosa dinámica grupal.

Ella clavó los ojos en mí. Verdes, sí. Pero no de esos verdes románticos o con sabor a menta, sino más bien como los de una serpiente que ha aprendido a mirarte como a una presa, acojonándote vivo, sin parpadear.

—Entonces tú irás conmigo. Vamos, que hoy vas a aprender unas cuantas cosas.

No preguntó ni sugirió. Decidió.

Y no sé qué me pasó, pero por primera vez en mucho tiempo me gustó no tener la sartén por el mango y dejarme llevar.

En el río, ella remaba con fuerza precisa, sin hablar y sin necesidad de impresionar a nadie, mientras yo intentaba que mis brazos estuvieran coordinados para no parecer un pato borracho.

En algún momento se rio de mí. Fue una carcajada seca, sin crueldad, pero sin filtro, y yo, en lugar de enfadarme, me sorprendí sonriendo como respuesta.

No por quedar bien, sino porque algo en su risa me parecía verdadero, auténtico, y yo tenía hambre de cosas que me ofrecieran alguna verdad.

Cuando me corrigió la postura, me puso la mano en la espalda con firmeza, sin dudar.

Y ahí entendí que ella no era una mujer que te acaricia para seducirte, porque Almudena decidía lo que quería e iba a por ello.

A la hora de comer, compartimos mesa. No recuerdo si lo pedí o si simplemente sucedió. Me fijé en sus manos grandes, de esas capaces de abarcar la vida.

—Ahora mismo hasta pareces cómodo en tu incomodidad —soltó.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Que parece que ya asumiste que esto no está tan mal. Se te nota a leguas que piensas demasiado.

—¿Y eso es malo?

—No es eficiente, y un tipo como tú está programado para serlo.

Me reí, no podía hacer otra cosa. Nadie me hablaba así desde hacía años.

La tarde siguió entre dinámicas absurdas de confianza, cuerdas flojas y juegos a los que nadie quería jugar. Sin embargo, yo me apunté a todos, porque no podía dejar de mirarla, puesto que había algo en su manera de existir que me embelesaba, y me sembró la certeza de que ella podía ser de las que te destrozan el corazón.

La noche llegó, como todo lo inevitable, de la misma forma que ella a mi vida.

Después de la cena, mientras todos bebían cerveza del Eroski alrededor de una fogata programada, yo me alejé para ir al embarcadero, buscando silencio o, tal vez, que ella me encontrara.

Y lo hizo. Me vio desde lejos, caminó hacia mí, sentándose a mi lado, sin decir nada.

Llevaba una camiseta negra y el pelo recogido, dejando ver su cuello y escote mojados por la humedad. Olía a río y a mujer que no precisa perfume para dejar marca y embotar los sentidos.

—¿Estás huyendo? —preguntó.

—Tal vez.

—¿De qué?

—De la idea de que esto tenga que seguir resultándome divertido.

Me miró. No con ternura, sino con algo más parecido al respeto.

—¿Siempre hablas así?

—¿Cómo?

—Nunca estoy segura del sentido de tus palabras. Me gustas. ¿Ves? Es fácil decir esas dos palabras y no necesitas traductor para entenderme.

En ese instante comprendí que estaba totalmente jodido.

Nos quedamos en silencio y, de pronto, sin más, me besó. Sin avisar ni mirar a los lados, sin medir el ritmo. Solo boca, presión, pelea de lenguas y urgencia.

Me besó como se besa a alguien a quien tienes miedo de dejar para luego por miedo a que desaparezca, y después me llevó de la mano hasta la orilla.

Ella se quitó la camiseta y el sujetador, y yo no pude hacer otra cosa que mirarla embobado, algo que notó y, por la expresión de su

cara, disfrutó.

—No te pido un mañana —aseguró—. Me basta un ahora.

—¿En serio?

No supe qué más decir, así que no dije nada para no meter la pata. Me limité a besarla mientras nos desnudábamos y terminamos en el agua entre risas cómplices.

Esa noche, follamos como si fuéramos a morir en algún apocalipsis zombi o el mundo no existiera más allá del río, del embarcadero, del silencio, de su espalda en mi pecho y de mis manos entre sus muslos.

No hubo palabras dulces, ni promesas, ni necesidad de hablar. Tan solo la verdad evidente de que ardíamos juntos.

Y lo peor, o lo mejor, es que aquello comenzaba sin ningún tipo de expectativa.

Poco tiempo después, recibí un mensaje suyo:

—A ver si te dejas ver.

Y eso hice. Intenté dejarme ver por ella. No replegarme ni autocensurarme, pero me costaba.

Ser el tipo que no se esconde detrás del sarcasmo o de la eficacia profesional. Y durante un tiempo, funcionó. O eso creí.

Nos metimos el uno en la vida del otro como quien entra en una casa sin tocar el timbre. Y en el fondo, tal vez el error fue creer que el deseo era suficiente permiso para pasar a ocupar espacio en la vida del otro.

Algunas personas te eligen como si fueras importante y fácil de leer. No se esfuerzan en traducirte. Solo te hablan, y tú las entiendes y ellas a ti, aunque no sepas cómo. O eso es lo que te gustaría que sucediera, y tu mente, traidora, te fabrica la fantasía. Almudena jamás supo traducirme y, en parte, fue porque jamás deseé dejarme leer.

El pecho comenzó a arderme cuando el último bocado de la *pizza* cayó en mi estómago. Sin embargo, esta vez no era nostalgia, ni un síntoma achacable a la calidad de lo que estaba comiendo. Se trataba más bien de algo complicado de explicar, una especie de gratitud retorcida hacia el destino, porque, aunque todo se rompiera,

aquel fin de semana en que nos conocimos existió y forma parte de mí.

Capítulo 4

Eran solo las nueve de la noche, pero, en invierno, había la misma oscuridad que a la una de la madrugada. Me fijé en la ventana del salón, que estaba bastante sucia, sin ser ese tipo de suciedad reciente que se deposita tras una tormenta, ya que hacía bastante que no llovía con ganas en Madrid.

Era una mugre similar a un velo sutil y, sin embargo, persistente. Una capa de contaminación urbana mezclada con los dedos de anteriores inquilinos, o quizá del promotor de la inmobiliaria que no se habían molestado en limpiar a fondo antes de poner el piso de nuevo en alquiler o, si la vieron, bajaron la persiana pensando que era mejor obviar la mierda que quitarla, algo que era más práctico, rápido y cómodo.

Me acerqué y abrí la hoja, por donde se coló un aire gélido, impregnado de humedad, como el cuello de alguien que acaba de desahogarse en lágrimas. Lástima que yo no sea uno de esos. Sería más rápido para mí soltar el peso de esa forma, algo similar al hecho de ignorar la suciedad de las ventanas, que fue lo que hicieron los dueños del piso.

Cerré el vidrio y me quedé allí un rato, mirando la ciudad sin verla del todo. Las luces de los coches se me parecían a estrellas atolondradas en el cielo oscuro.

Entonces pensé que nunca vemos nada como es. Ni siquiera a las personas que creemos conocer, ya que lo que miramos pasa primero por nuestro filtro sucio, nuestra ventana interna empañada por expectativas, desengaños, ilusiones, deseos, miedos, prejuicios, fantasmas y algún que otro trauma maquillado de superación.

Miramos, en todo y en todos, lo que queremos ver, y cuando nos venimos a dar cuenta de la realidad, puede haberse hecho tarde, puesto que ya hemos odiado o amado la idea antes que a la persona.

Yo, por ejemplo, pensaba que ella era una mujer invencible, porque la vi fuerte, libre y sin necesidad de nadie.

Estaba seguro de que su independencia era una señal de madurez y de que su distancia emocional hacia mí y hacia el resto de lo que la rodeaba se debía a que poseía un alto grado de amor propio y equilibrio.

Estaba seguro de que su sarcasmo era protección. Y tal vez lo era, pero también era miedo, agotamiento y una decepción callada que, a veces, se le desbordaba en forma de pasivo-agresividad, concepto muy del mundo en el que me movía, para la que no hallaba terapia ni yo supe ayudarla.

Lo peor de todo era que ella nunca llegó a saber que yo también me sentía mal. Me veía seguro, irónico hasta lo hiriente, callado y eficiente, y pensó que yo tenía las cosas claras, que era un tipo que controlaba y que no necesitaba que nadie lo cuidara.

Se creyó la parte de mí que yo mismo me inventé para funcionar en mi día a día sin que nada me tocara, me hiriese o pudiera romperme.

En ese instante me di cuenta de que solo fuimos dos personas mirándose a través de cristales empañados, interpretando reflejos como verdades indiscutibles.

Inspiré y solté el aire. El vaho empañó el cristal y dibujé un círculo con el dedo. Detestaba los dibujos en los cristales, pero algo en mí lo necesitaba en ese instante. Era una idiotez, pero quería ver el mundo nítido, aunque fuera por un agujero imperfecto.

Por ese círculo vi la luz parpadeante de una farola, como si fuera una superviviente que se niega a ser derrotada y no asume que su destino es apagarse. Se me escapó la risa. Una carcajada muy pequeña y estúpida, tanto como el empeño de la bombilla de seguir brillando, pues supe que esa farola me representaba, y me puse filosófico, porque sí, porque estaba solo allí, en un lugar en el que no tenía espectadores que me juzgasen.

También porque, en el fondo, pensar demasiado era lo que mejor se me daba para sentirme comprendido, así fuese por mí mismo.

Borré el círculo del cristal con mis dedos, pensando en lo cruel que era nuestra forma de «conocer» a los demás.

Los observamos, interpretamos sus gestos, les adjudicamos intenciones e intereses que jamás confirmamos y, con eso, construimos una historia que no es la suya, sino la nuestra. Podemos escribir una novela entera con un par de miradas y dos silencios mal entendidos, y a eso lo llamamos conexión, cuando, en realidad, estamos enamorados de puras sombras chinas en un teatro.

Y, claro, los problemas aparecen cuando la otra persona se comporta de forma distinta a como esperamos que lo haga y nos sentimos engañados al haber sido defraudados. No obstante, en realidad, todo es más sencillo, y es que, simplemente, el otro no era quien pensábamos.

Llegados a ese punto, ¿de quién es la culpa? ¿Del que no era lo que esperábamos o de nosotros, que esperábamos cosas de otra persona sin preguntar?

Pincé el puente de mi nariz con los dedos, algo que solía hacer cuando estaba hasta los huevos de una situación, y recordé una de esas tonterías que, aunque las consideras una nimiedad, siempre acuden a joderte con el tiempo.

Era una mañana de sábado y yo estaba preparando café, todavía en pijama, con cara de hombre desvelado, con el pelo alborotado, que pretendía ser encantador, puesto que no era justo que Almudena pagara mis preocupaciones.

Ella entró a la cocina, en silencio, y se quedó mirándome.

—¿Qué? —pregunté, con media sonrisa.

—A veces me da la sensación de que estás actuando todo el rato —respondió a bocajarro.

No lo dijo con maldad, sino como quien constata que está lloviendo, porque contempla el cielo nublado y ve gotas de agua en el cristal del ventanal, y con una claridad que no se podía discutir. Eso me dejó tocado, porque, a decir verdad, tenía toda la razón: yo siempre actuaba, y lo hacía para no incomodar, para no mostrar mis miedos ni mi caos. Para ser ese tipo «sano, adinerado, estable, gracioso y emocionalmente funcional» que ella buscaba y que encajaba con su personalidad. Para no ser demasiado intenso,

excepto en la cama, que eso sí le gustaba, o hacer algo que diera al traste con lo nuestro. Y eso también es una forma de mentira que algunos llamarían piadosa, o casi generosa, pero mentira, al fin y al cabo.

Entonces, solo me reí e hice una broma. Algo estúpido del estilo de: «Preciosa, si esto es actuar, dame el Goya».

Me aparté de la ventana. El cristal estaba empañado, y me invadió la certeza de que la decepción está en las mentiras que nos cuentan nuestras miradas, no en los actos de los demás.

Suspiré y me soné un poco dramático, sí. Pero uno debe tener el valor de escupirse las verdades a su propia cara.

De pronto, me apeteció devorar una «zapatilla», por aquel hombre que había dejado de ser. Tomarme un tercio de cualquier cerveza que pillara y fumarme un cigarrillo.

Me acordé de mi terapeuta, que siempre decía que sabía que yo era incapaz de hacerlo, pero que mi mente solo necesitaba que parase un instante y me diera un capricho.

Y ahora ahí estaba, solo, en un fin de semana de reflexión para volver a encontrarme conmigo mismo, en un piso nuevo que tenía una ventana mugrienta y la certeza de que había deseado a mi pareja con fuerza, pero no siempre con sinceridad.

Y, a pesar de todo, o tal vez por eso mismo, todavía me quedaba un sentimiento raro, incluso de ternura, por todo lo que vivimos, porque fuimos dos desconocidos que pensaron que se conocían mientras se miraban uno al otro desde los dos lados de un cristal empañado.

Guardé mi cartera en el bolsillo del abrigo negro, me lo puse, aunque no conjuntase con los vaqueros y el suéter azul con el que andaba por casa, y salí a concederme los tres antojos de esa noche, porque el avance en mi *autoterapia* lo merecía.

Escuchamos, pero no juzgamos.

Capítulo 5

Dejé el coche unas calles más atrás, en Lavapiés, con la intención de ir caminando hasta Melo's y, una vez allí, sentarme y meterme entre pecho y espalda el mastodóntico bocata de lacón con queso fundido que ya me hacía salivar. Pero, una vez más, una cosa es la intención y otra lo que te espera en la realidad, y es que había más de veinte personas haciendo cola en la acera solo para pedir, más las que abarrotaban el interior del local.

Valoré si merecía la pena esperar, llegando a la conclusión de que era mejor irme a otro local a por algo con lo que llenar el estómago de forma rápida.

—¡Joel, tío! —me llamó la atención alguien a quien no distinguí de primeras, cerca de la barra. Lo miré sorprendido y él volvió a la carga—: Pedimos el de kilo, ¿no?

Entonces sí, reconocí a mi compañero de instituto, a quien no veía desde un par de años después de su conocido percance. Entré, abriéndome paso entre la gente, y fui a su lado, mientras él informaba a los que tenía detrás de que íbamos juntos para evitar que hubiera bulla.

Le bajé el brazo cuando iba a echar mano a su cartera para pagar y le di un par de billetes al empleado, por las cervezas y el bocata de kilo que habían puesto en dos bolsas de papel.

Ya fuera, lejos de la vista de los clientes que aún esperaban su turno, lo saludé con un abrazo y le di las gracias por colarme.

—¡Joder! Que vengamos a encontrarnos donde nos vimos por última vez… —sonrió él, sin rencor ni reproches.

—Siento no haberte llamado, pero es que el tiempo no me cunde para nada en lo que se refiere a mi vida fuera de la oficina —intenté excusarme.

—¿Te pedí alguna explicación al respecto? Estuviste cuando te necesité. Aunque llevásemos un siglo sin vernos, para mí eres el

mismo que cuando comíamos aquí los viernes con la paga semanal —rio, palmeándome el hombro con la misma confianza de entonces.

—¿Qué tal el trabajo? —me interesé.

—Sigo en la misma empresa —expresó, en tono neutro, sin orgullo ni pesar.

Caminamos hacia la plaza, sin prisa. La noche comenzaba a helar y a Juanlu siempre se le ponían las orejas rojas. Me fijé en ese detalle y sonreí. No había cambiado nada: parecíamos los mismos, como si el tiempo nos hubiera devuelto a las calles en las que pasamos nuestra adolescencia.

—¿Vas a casa? —pregunté.

—Laura aún no regresa de su turno en el hospital. Si quieres… —señaló uno de los bancos que, a buen seguro, nos dejaría el culo congelado.

—Claro que quiero —respondí, sintiéndome realmente a gusto, ya que apostarnos en el banco de la plaza y devorar aquel manjar calórico mientras tiritábamos de frío era uno de los recuerdos que me apetecía volver a vivir con él.

Estuvimos comiendo en silencio, ese en el que uno se siente dichoso, ya que no es necesario llenarlo con palabras que ocupen el espacio, hasta que el móvil vibró en el bolsillo interior de mi abrigo con esa insistencia molesta que poseen los teléfonos cuando ya no esperas que nadie te busque.

Miré a Juanlu, sentado en el filo del respaldo metálico del banco, disculpándome por tener que atender la llamada que me mostraba la pantalla iluminada. Allí estaba el nombre que resumía tantas cosas: ANA CASAS. Jefa.

La CEO es la rutilante estrella polar de esta constelación de egos bien gestionados que es Nextfilm.

Respiré hondo antes de responder, con esa voz seductora de actor secundario que está seguro de dar el salto a protagonista en cualquier momento. Tenemos que confiar siempre en nuestras cualidades.

—Hola, Ana —saludé, intentando no sonar fastidiado, aunque acabara de joderme el agradable rato que estaba pasando.

—¿Te pillo bien? —preguntó con ese tono tan particular que tienen los que saben que, en realidad, da igual cómo te pillen, porque vas a tener que sonreír y guardar las formas si no deseas que te manden a la mierda, debido a que ellos están en un rango superior al tuyo.

—Ya sabes que solo tengo agenda.

Ella soltó una risa breve, mecánica, profesional, sin pizca de verdadera simpatía.

—Mañana será la fiesta en el Riu. Lo tienes controlado, ¿no?

Mentí sin disimulo, pero era experto en soltar guiones mal ensayados haciéndolos creíbles.

—Claro. Me hace una ilusión bárbara.

—Irás representando a la plataforma. Habrá prensa. Ah, se me olvidaba comentarte que también estarán los americanos. Es esencial que se nos vea brillar, ya sabes.

—Brillar —repetí, imaginándome con un esmoquin de lentejuelas.

—¿Qué llevas puesto?

—¿Ahora mismo? ¿Te estás insinuando? El chiste erótico suele ser al revés… —reí con ganas mientras Juanlu me miraba con cara de sorpresa—. Pero para mañana había pensado en un traje negro de corte italiano. De esos que dices que me sientan bien, con corbata granate, el color de la firma.

—Perfecto. Y sonríe. Mañana no serás tú, sino la imagen de lo que hacemos, así que deja tu carácter a un lado.

Ahí estaba la frase que valía oro. La que me recordaba, sin rodeos, que no era un hombre ni una historia. Era una silueta, un envoltorio, un concepto hecho carne con una copa de vino en la mano.

Colgó sin despedirse y me quedé con el pitido sordo en la oreja y la necesidad de encestar el móvil en la papelera de enfrente, pero no lo hice, porque soy un trabajador responsable y eficiente.

Me acerqué a Juanlu, le ofrecí un cigarrillo de la cajetilla que había sacado de una máquina de uno de los bares antes de llegar al Melo´s, y comenzamos a caminar hacia donde yo había dejado el coche.

—Estoy enganchado a *Reinos de humo* —comentó, absorto en el que salía de su boca al darle la primera calada al cigarro.

Esa serie era la joya de la corona de nuestra plataforma en esos meses, la última adquisición internacional que había cerrado yo mismo hacía casi un año, tras una reunión de quince horas, un argumentario emocional medido al milímetro y una manipulación elegante de productores transatlánticos. Una historia sobre un magnate que construye un imperio audiovisual mientras se desintegra como ser humano. Todos le admiran, o eso dicen, y pretenden obtener algo de él, aunque él, entre rascacielos y mujeres perfectas, solo quiere dormir sin problemas y sin miedo.

La ironía era tan obvia que me daban ganas de aplaudir al pensar en la fiesta del día siguiente, donde no faltarían los cócteles, decenas de fotógrafos, sonrisas que no ascendían hasta los ojos y esa manera de hacer negocios en la que nadie escucha, pero todos asienten con un entusiasmo más que ensayado para quedar bien.

Allí estaría yo, tomando una copa de vino blanco que, por cierto, detesto profundamente, hablando de lo «emocionante» que es el futuro del contenido en plataformas. Repitiendo palabras como *audiencia híbrida*, *narrativas transmedia* y *potencial de escalabilidad*, mientras dentro de mí nada estaba en su sitio.

En un episodio de la serie de la que Juanlu me hablaba, el magnate miraba a cámara en un impresionante monólogo interno acompañado por un piano melancólico y sentenciaba: «La gente no quiere saber quién eres, tan solo te queda suplicarle a la vida que te regale una buena fachada para atraer su atención»

Casi me puse a aplaudir en mitad de la calle al recordarlo. Si no lo hice fue porque no quería interrumpir a mi amigo, que me contaba entusiasmado los aspectos que más le gustaban de la trama, ni que pensara que estaba como una regadera al verme haciendo el payaso sin venir a cuento.

Yo también tenía un imperio, pequeño e invisible, hecho de éxitos que me hacían sentir bien por un rato, campañas que funcionaron, series adquiridas y vendidas y rostros colocados en los lugares adecuados. Era el rey de las emociones. Sin embargo, carecía de reina en mi trono.

Recordé cuando Ana me felicitó por aquella campaña que se volvió viral en dos días, enviándome un mensaje por Telegram: «Lo has vuelto a hacer. Eres magia. Brindamos por ti esta noche». Lo leí en pijama, con una tosta de calabacín y queso en la mano y en mitad de un agujero negro en mi relación después de discutir con Almudena. Magia, me llamaba, mientras mi pareja me decía que ya no sabía si yo vivía en casa o solo pasaba por ella a dormir, ducharme y vestirme como hacemos en los hoteles. Quizá tenía razón en que estaba en todas partes menos donde importaba.

Pensé en mi traje negro y en las sonrisas calibradas que ensayaría frente al espejo, y me invadió una gran pereza vital. Ese tipo de agotamiento que no se cura durmiendo, sino con no tener que demostrar nada durante un largo tiempo. No odiaba mi trabajo; al contrario, era ese reto constante que me hacía casi feliz. Lo malo es que el éxito es ese pedestal al que todos dirigen la vista, pero nadie te ve.

El móvil volvió a vibrar por otro mensaje de Ana.

—*Te noté algo decaído. Sabes que contamos contigo.*

Me dieron ganas de responder: «¿Y quién cuenta conmigo cuando no estoy siendo útil?» Calmé el impulso con una calada al cigarro.—*Todo bajo control*, como siempre. —Escribí.

Capítulo 6

Esa noche estaba estrenando uno de los dos sofás que habían traído esa tarde de la tienda de muebles, junto con el conjunto de sillas y la mesa de comedor que el decorador me advirtió que no debía desembalar hasta que él pasara al día siguiente para comenzar con su trabajo. Me acomodé en el asiento mullido, me coloqué un cojín bajo el cuello y un incómodo duermevela me envolvió, repleto de imágenes que me bombardeaban sin responder a lógica alguna ni a una fecha concreta que yo reconociera, como si hubieran estado aguardando años en algún rincón invisible de mi mente para irrumpir de golpe y dejarme sin aliento. Las sombras se deslizaban por los pasillos de mi sueño, provocando que mi corazón latiera a un ritmo desenfrenado.

Primero apareció el sonido. Era de una voz femenina, lejana, que no pronunciaba mi nombre con la garganta y, sin embargo, lo atravesaba todo con un tono punzante que se me clavó en la sien. Después vino la luz: fría, blanca, intermitente, una de esas luces que ponen el foco en los momentos de tragedia.

Entonces me encontré en un lugar indefinido que no lograba identificar; No sabía si estaba entre las cuatro paredes de una habitación, ante el largo recorrido de un pasillo, bajo el santo techo de una iglesia o encerrado en mi escasa cordura. Quizás era un pedazo de cada uno de esos rincones. Un espacio ambiguo que parecía existir entre lo que yo podía haber vivido y lo reprimido. La nada a mi alrededor, desprovista de calidez y cómplice de una desagradable sensación que me erizaba la piel, estaba cubierta de fotografías mías en las que aparecía tapándome los oídos, como si quisiera evitar que lo que no me gustaba entrara en mí y se quedara a habitarme. Yo era un niño, descalzo, sintiendo bajo mis pies un líquido tibio de textura roja y pegajosa, como la de una bebida azucarada derramada que se adhiere a la planta desnuda y la retiene sobre la baldosa.

Entre todo aquello, una figura permanecía sentada, y me fijé en sus rasgos, distinguiendo a un niño que también era yo. No levantaba la cabeza y se abrazaba a sí mismo como si temiera desmoronarse en cualquier momento. Traté de acercarme, pero el sueño jugaba con la distancia, haciéndomelo imposible, porque cada paso que daba parecía alejarme un poco más. Fue entonces cuando llegó el recuerdo, no como una imagen nítida sino como una herida oculta bajo la camisa; no podía verla, pero tampoco ignorar su presencia, porque mi carne latía dolorida. No era una escena clara, sino una sensación, el presentimiento de que algo grave había ocurrido: un portazo que resonaba, una mujer acercándose a mí, un grito desgarrador y aquella palabra que pasó a ser más tarde el sustituto de un nombre: ¡Asesino!

En el sueño, el pasado no se mostraba, o yo no podía verlo. No obstante, era algo que se olía: un maldito olor, mezcla de perfume a gardenias, furia, lágrimas y sangre; un aroma que jamás volví a percibir, pero que condiciona cada día de mi vida, acompañándome desde siempre. Entonces escuché una frase en mitad del silencio: «No fue tu culpa». No supe quién la pronunció; podría haber sido ella, podría haber sido yo, pero en cualquier caso no la creí, porque hay cosas que, aunque no sean responsabilidad tuya, se adhieren a la piel como si lo fueran, y uno debe aprender a vivir con ese peso, fingiendo normalidad, aceptando que no confiar, no entregarse y no quedarse es más seguro. Porque permanecer significa prometer, y yo, hace años que no prometo nada que no pueda cumplir en menos de veinticuatro horas.

Me desperté con la mandíbula tensa. Me dolían el oído y el cuello, y tenía una lágrima seca en el pómulo. El salón estaba sumido en una penumbra que no era completa, pero sí lo suficiente para que el mundo se sintiera emborronado y confuso, igual que yo. Me incorporé, me senté, respiré hondo y pensé en que había algo que me negaba a recordar y que, sin embargo, seguía ahí, alimentado por mis miedos. Tal vez lo que me impedía amar no era el temor a que me abandonaran, sino el miedo a quedarme, a ver al otro sufrir y a no saber cómo salvarlo; porque una vez lo presencié y

no pude hacer nada. Admito que, desde entonces, me volví especialista en querer sin amar.

No conseguí volver a dormirme. Hay traumas que no se recuerdan con palabras, solo con silencios largos y reacciones sin explicación. Miré hacia la ventana y, por primera vez en mucho tiempo, deseé no tener que fingir al día siguiente, pero sabía que la tregua no iba a llegar, porque en este mundo el que no se muestra deja de existir, y yo soy un experto en enseñar justo lo necesario para seguir apareciendo en el mapa.

Capítulo 7

El *hall* del hotel me avasalló el olfato al presentar una mezcla imposible de perfume caro, éxito efímero y de aspiraciones recién barnizadas para la ocasión.

Había numerosas sonrisas de foto, de esas con mejillas estiradas por hilos tensores aplicados en los quirófanos de famosos cirujanos plásticos que aparecían en la mayoría de las agendas de los presentes, y también hombres poderosos de los que se ríen un poco más fuerte de lo necesario, como si el volumen de sus carcajadas fuera sinónimo de los ceros a la derecha en sus cuentas bancarias.

Yo los miraba con esa media mueca que había aprendido a perfeccionar acudiendo durante años a eventos corporativos. Esa que, siendo mezcla entre simpatía educada y disimulado desdén, daba como resultado una expresión que venía a decir algo así como: «Estoy aquí, pero no soy como vosotros, soy mejor».

Observé mi reflejo en el cristal de la puerta de entrada al salón y me fijé en el conjunto que formaban mi traje negro, con camisa blanca y corbata fina. Lo justo para camuflarme entre los tiburones que ya se encontraban allí a sus anchas.

La fiesta era una de esas que justificaban presupuestos obscenos de la empresa de catering de una famosa presentadora de un programa de cocina, que nos deleitaba con una amplia variedad de canapés que sabían a artificio y a plástico, copas interminables, luces bajas y un DJ contratado para poner, una tras otra, las melodías más bailadas del año. En un rincón, Alana, otra de las ejecutivas de la plataforma, sonreía junto a un par de actores de la última serie que habíamos vendido a Estados Unidos. Lucía perfecta, con su sonrisa blanca que estaba seguro de que podría iluminar la sala en el caso de que se fuera la luz, su insinuante vestido de lentejuelas y la copa de champán a la que le daba pequeños sorbitos. Todo tan cuidadosamente escenificado que era merecedor

de un Goya, solo que el director de la obra aún no había gritado: *«¡Coooorten!».*

En un momento dado, tras un par de charlas tontas con productores que confundían carisma con volumen, decidí huir del lugar. No del todo, claro, ya que eso no era lo que se esperaba de mí, pero sí lo justo. Me escabullí por un ascensor lateral que conocía de otras derrotas anteriores y, una vez allí, pulsé el botón del último piso, subiendo con la sensación de que mi cuerpo iba por inercia, pero el alma se había quedado en la planta baja, junto a una bandeja de *makis* que nadie tocaba porque tenían cebolla crujiente y les provocaría ardor de estómago o mal aliento.

La terraza del hotel, majestuosa y vertiginosa a la vez, brillando en lo alto de Plaza de España, supuso un respiro para mí. No había nadie. El aire estaba frío, limpio y con ese perfume a ciudad que se enfunda su traje de gala para ir de fiesta en la madrugada. Madrid, bajo mis pies, se llenaba de puntos luminosos y movimiento de aquellos que iban y venían en sus rutinas.

Era diciembre y faltaban pocos días para Navidad, por lo que las calles estaban resplandecientes, mostrando su mejor cara. Sin embargo, allí arriba todo parecía suspendido, como si el mundo real se hubiera quedado abajo, atrapado entre copas de cava y promesas de futuros proyectos que pocos tenían intención de cumplir, y yo estuviera protagonizando una escena de mi vida en una dimensión paralela.

Me apoyé en la barandilla, encendí un cigarro que no necesitaba, pero que me apetecía, y me quedé mirando hacia abajo. Por un momento fui solo un hombre en un tejado. A mi lado solo había silencio, frío y una soledad que no pesaba ni dolía, solo me acompañaba.

Fue entonces cuando sonó el teléfono. Era ella.
Su nombre en la pantalla segó el poco buen humor que me quedaba. Tenía que aparecer a estas horas, para interrumpir este momento conmigo mismo.

—Hola —saludé al descolgar.

De fondo, únicamente se oía su respiración. Unos segundos después, al fin sonó su voz, pero no sentí nada al escucharla.

—Solo llamaba para saber cuándo vas a pasar a por el resto de tus cosas. Dejé las cajas en el recibidor para cuando vengas. Por favor, avísame para no coincidir.

Soltó eso de carrerilla, con ese tono neutro que uno practica para sonar amable sin resultar demasiado cercano, como el de esa gente que te atiende en atención al cliente de tu línea telefónica. Lo dijo como si habláramos de una entrega de paquetería, no de una historia que alguna vez se llamó «nosotros».

Me limité a asentir con la cabeza, como si ella estuviera frente a mí y pudiera verme.

—Vale, yo te aviso. No te preocupes —concedí, escueto.

Ella no respondió enseguida. Había algo que deseaba decir, pero se negaba a hacerlo, y lo supe por la distancia entre cada una de las palabras.

—Bien. Que pases buena noche. —Y colgó.

Escudriñé el teléfono como si fuera un espejo y en él pudiera encontrar algún reflejo de lo que habíamos sido.

Me pareció irónico, porque durante meses había sido ella quien me reclamó quedarse y quien dejaba parte de sus cosas en mi casa para que yo no pudiera escapar. Comenzó con aquel paraguas con el que llegó una tarde lluviosa. Lo dejó en el paragüero, olvidado, y ahí se quedó, ejerciendo de bandera en la conquista de un territorio. Luego vinieron otras cosas: un libro, un cepillo, un cargador, unas zapatillas. Cada objeto era una excusa para volver, para quedarse, para hacer de mi espacio un poco más suyo.

Cabeceé al pensar en que ahora era ella la que empaquetaba mis cosas y evitaba coincidir conmigo, temiendo verme. Supongo que así funcionan las relaciones cuando ya no queda más que gestos para cerrar un amor que nunca llegó con la intención de hacerse eterno.

Miré hacia el cielo, y despertó mi sonrisa verlo despejado y cuajado de estrellas que parecían reírse de nosotros. O lo que era mucho peor, no enterarse de nada e ignorarnos a los que estábamos debajo. Me pasé la mano por el pelo, respiré hondo y solté una risa corta. No alegre. Solo inevitable. Allí estaba yo, solo en la terraza de un hotel de lujo, unos días antes de Navidad, vestido como si todo

fuera bien, mientras el amor se me iba empaquetado en cajas, en una casa en la que ya no querían mi presencia.

Pero lo más absurdo de todo era que yo lo entendía. No podía culparla porque también habría evitado verme, ya que, al final, soy como la terraza de este hotel, antojándome deseable por fuera, sofisticado y exclusivo, cuando por dentro únicamente soy capaz de ofrecer vacío y frío.

Encendí otro cigarro, contemplando la ciudad, y reflexioné sobre cómo algunas despedidas no se hablan, sino que se organizan en cajas y se programan para no estar presente en el momento cumbre de dar cerrojazo a la relación.

Con eso en la mente, acabé el cigarrillo, con la vista fija en lo que sucedía en la calle, y decidí volver al ascensor. La fiesta y la farsa seguirían abajo, pero al menos ya había cogido un poco de oxígeno y vivido mi escena de azotea, con llamada incluida. Y eso, en un buen *film*, solía ser suficiente para comenzar una nueva etapa.

El *hall* seguía siendo un teatro de gestos impostados, pero ahora mis ojos ya no miraban con la misma indiferencia. Porque ella, otra ella, la actriz del momento, la estrella absoluta de *Jódeme como quieras*, había alzado su copa y me había invitado a brindar en silencio desde el otro lado del salón cuando yo cogí una de vino de la bandeja que llevaba uno de los camareros.

Fue un gesto leve, con media sonrisa cautivadora, el mentón ligeramente elevado y la forma graciosa en que entrecerró los ojos como si ya me conociera. Todo en ella decía: «Tú también estás aburrido, ¿verdad?». Y yo, con el cuerpo anestesiado por la llamada de antes y las luces que no llegaban arriba, valoré que sería una magnífica idea la de dejarme arrastrar por una mala decisión esa noche. ¿Por qué no?

Quizá, tras escuchar la voz de Almudena despidiéndose sin emoción, necesitaba probarme que todavía podía ser deseado, aunque fuera por alguien que no me conociera en absoluto. Al fin y al cabo, el cuerpo es más fácil de convencer que el corazón, y esa noche no quería pensar, solo olvidar.

Ella se acercó a mí, contoneando las caderas con esa seguridad que solo dan la fama y el aplauso, y me rozó el brazo con

los dedos, sacudiendo una mota de polvo invisible de la manga de mi traje. Yo reí por dentro, al saber exactamente lo que venía a continuación: el juego, el cortejo, la seducción y la rendición.

—Eres de los pocos que no me ha dicho nada esta noche. Eso te hace interesante o idiota. —Inclinó la cabeza hacia la derecha, regalándome un adorable mohín.

—Puedo ser tu idiota interesante esta noche.

—Entonces brindemos, porque no necesito que hables.

Ni siquiera preguntamos nuestros nombres. Ella ya sabía el mío y yo recordaba el suyo perfectamente, pero prefería no usarlo, evitando así crear ningún tipo de vínculo entre ambos.

Soy consciente de que siempre es más fácil follar en cualquier baño con desconocidas que con celebridades, así que pedimos una habitación sin más preámbulo.

Al entrar, cerré los ojos, percibiendo el agradable recibimiento del ambientador amaderado, tomé aire y los volví a abrir, justo en el instante en el que ella cerraba la puerta con el tacón de aguja de su zapato. Dejó caer su abrigo sobre una silla y caminó hacia el espejo como si desfilara ante una audiencia invisible.

Yo me quedé quieto un segundo, observando las formas de su cuerpo perfecto, de piel dorada; una belleza de esas que te atrapa con cada uno de sus movimientos.

Entonces se giró, despacio.

—No necesito que me admires, solo que me hagas sentir —exigió en un susurro.

Nos besamos con urgencia y nos desnudamos sin pausa, con la naturalidad de dos personas que ya se habían desnudado muchas veces frente a otros. No hubo nervios ni titubeos, ya que éramos dos profesionales del deseo ajeno, interpretando un deseo mutuo.

El olor de Emma era bastante peculiar, y oscilaba entre el del perfume que usaba, el del maquillaje que llevaba y el del sudor nervioso que perlaba discretamente su frente, que me resultaba un tanto dulce, aunque ella se movía al ritmo de una coreografía salvaje que no dejaba espacio para la ternura. Nos revolcamos entre las sábanas como si fueran lianas, buscando algo que no podíamos admitir en voz alta. Ella, el calor; yo, el olvido.

Mis manos exploraban su cuerpo como si intentaran encontrar algún secreto entre los pliegues, pero no había nada. Solo piel y gemidos suaves. Emma jadeaba en una entrega magistral, y yo ignoraba el mundo fuera de nosotros, creándome verdades.

En algún momento, mientras ella cabalgaba sobre mí con la mirada fija en el techo y las uñas hundidas en mi pecho, pensé que esto era justo lo que necesitaba: una intensa sesión de sexo hueco, estético, sin preguntas, sin pasados ni futuros.

Terminamos casi al mismo tiempo y ella se dejó caer a un lado de la cama, suspiró y cerró los ojos.

Yo esperé un poco. Después, me levanté, me puse los calzoncillos y luego los pantalones, y fui hasta el baño para mirarme al espejo. Tenía el pelo revuelto y los ojos vacíos, como si acabara de salir de un rodaje y me hubieran expulsado de golpe del personaje.

Al regresar a la habitación, eché un último vistazo a la cama. Emma seguía de espaldas, con la piel cubierta apenas por una sábana. Tal vez dormida, o quizás no. No me dijo nada, y yo tampoco.

Acabé de vestirme, revisé si había olvidado algo y salí de la habitación a las cuatro y veinte de la madrugada, pensando en que lo que acababa de vivir era veinte mil veces mejor que eso de escribir párrafos terapéuticos.

Caminé descalzo por la moqueta hasta el ascensor, con los zapatos en la mano, como un adolescente que volvía a casa tras un revolcón improvisado, y me los puse en la cabina, con la certeza de que así no molestaría a nadie.

La ciudad seguía viva allí fuera cuando atravesé las enormes puertas acristaladas. Las bombillas de colores continuaban formando parte del decorado, y yo, por mi parte, había tenido mi momento de pasión vacía, de carne sin promesas y de labios que no preguntaban.

Mientras caminaba hacia Gran Vía, me invadió la certeza de que hay noches que hacen que te sientas más dichoso en tu propio drama.

Capítulo 8

A esas horas, Madrid bostezaba, somnolienta. Todo estaba en calma y parecía no ser el castigo estresante en el que puede convertirse de día. Yo salía del hotel, con el olor de Emma en mi piel y su sabor en mi boca. Además, me llevaba la lección aprendida, la camisa arrugada y la dignidad guardada en el bolsillo interior derecho de mi abrigo, ese que nunca uso.

Pasé junto a un bar sin buscarlo, ya que lo último que me apetecía a esas horas era tomar otra copa que aumentara el grado de estupidez con el que podía actuar, porque reconozco que debí despedirme de ella de otra manera. Pero ahí estaba, con sus luces cálidas y ese rico olor a chocolate espeso y churros recién sacados del aceite. Al otro lado del cristal, mi compañero Luis, el de marketing, sonreía como si la vida le hubiera traído su regalo de Reyes por anticipado.

No era su esposa quien lo acompañaba. Me refiero a Olga, la legítima, que estaría probablemente dormida todavía, convencida de que su marido se encontraba cerrando una importante operación de contenidos con productoras internacionales, sin saber que él se había inventado esa reunión. Otra más. Mentirle al otro requería oficio, práctica y vocación, pero mentirse a uno mismo era todo un arte mayor, y en eso Luis parecía ser un maestro.

La chica que lo acompañaba era joven y tenía una sonrisa radiante y perfecta, por lo que ambos parecían sacados de un anuncio de café instantáneo: ella reía con los ojos mientras mojaba un churro en la taza, y él le pasaba una servilleta por los labios con la delicadeza de quien ya había puesto a prueba ese gesto varias veces y con varias mujeres.

Me detuve, sintiendo en la lengua el gusto amargo del impulso de entrar, cruzar el local y dejar caer una frase que reventara aquella idílica estampa. Algo como: «¿Cómo sigue tu mujer?», o «Almudena

me pidió que os invitara a comer a Olga y a ti hoy». Pero el caso es que ya no había una Almudena en mi vida, así que no lo hice por él, sino por mí, pues la escena, vista desde fuera, era el perfecto espejismo que te regala felicidad por un rato y, aunque me costara admitirlo, vi en ellos una versión adulterada de lo que yo había vivido y perdido.

Pensé que las mentiras felices son igual de frágiles que lo que llaman amor verdadero, si es que eso existe, y que yo ya no estaba para destruir más cosas.

Me alejé con las manos en los bolsillos, caminando sin prisa, aunque sabía perfectamente hacia dónde me dirigía.

Mis pasos me llevaron hasta el Templo de Debod, ese lugar sorprendente, inesperado y mágico en el que Madrid se mimetiza con Egipto bajo una boina de contaminación y promesas de coloridos e inolvidables atardeceres, acompañados por notas musicales que solo algunos se atrevían a bailar, mientras otros se abrazaban y se besaban compartiendo una complicidad que los relojes no apuraban.

No había nadie allí, tan solo yo, en medio del lejano murmullo del tráfico. Me apoyé en la barandilla del mirador y respiré hondo, con la esperanza de que el aire helado pudiera arrastrar consigo algo de lo que llevaba dentro para lanzarlo lejos.

La ciudad, desde allí, parecía más honesta, menos decorado y más real. Se le veían los huesos, esos que conformaban su anatomía menos vendible, pero más auténtica. Me refiero a los tejados viejos y parduzcos, las antenas tristes y las azoteas donde aún quedaba ropa colgada.

Sonreí al pensar en los que vienen aquí a por el momento romántico para aderezar su relación y en los que se prometen no soltarse la mano, aunque venga la tormenta, sin saber que no hace falta un vendaval para naufragar, sino que basta un simple soplido de falta de sinceridad.

A ella nunca la engañé. Eso era lo que me repetía, grabándolo en mi libreta mental cada vez que la conciencia empezaba a murmurar posibilidades. Jamás la engañé con otra. Ni una atención de más, ni un beso furtivo, ni un mensaje fuera de tono. Nunca. Y

no fue porque yo fuera un santo con disfraz de ejecutivo cabrón, sino por desgana, por falta de tiempo y porque la deslealtad era algo poco práctico y totalmente innecesario. Querer a alguien ya me parecía lo bastante agotador como para, además, tener que mentir y llevar un registro de mentiras para que estas no se convirtieran después en armas contra mi persona con las que me pudieran disparar reproches.

El amor eterno me parecía ahora una broma de mal gusto. Un contrato sin fecha de renovación y un seguro a todo riesgo firmado por dos personas que no sabían ni lo que querían cenar ese día, como para saber qué sería de sus vidas en unos años.

El amor, o acuerdo, que tuvimos Almudena y yo duró demasiado tiempo y fue brutal, intenso e insoportable a ratos. Ella me conquistó desde mi ausencia, desde la certeza de que la pasión era más fuerte que cualquier prudencia, y yo caí, claro, como un ignorante feliz. No iba a negarme el gustazo que sus caricias suponían.

Y allí me encontraba, solo, contemplando una ciudad que no dormía y a la que yo amaba y odiaba a partes iguales, con el móvil todavía caliente por la llamada de la noche anterior. Un contacto que provocaba que su voz resonara en mi mente, preguntándome cuándo pasaría a recoger mis cosas, sin atreverse a decir que no quería verme ni en pintura. Y yo agradecido y sin necesidad de lanzarme a confesarle que, en el fondo, lo prefería así, porque lo nuestro no fue mentira, pero tampoco una gran verdad. Fue otra cosa: un acto de fe en medio de un derrumbe que se veía venir y que, cuando se rompió, lo hizo sin ruido, pero desbaratando todo de golpe.

En el horizonte, anunciando el día, el cielo comenzaba a aclararse con ese tono de azul característico cuyo nombre oficial, ese que usan en las paletas cromáticas para clasificar todos los colores, desconozco. Permanecí allí un rato más, con los codos apoyados en la barandilla gélida, dejando que el frío me recordara que seguía vivo.

Pensé en Luis, el que estaba en el bar; en la chica de los churros; en su mujer durmiendo. Recordé a la mujer con la que me

había acostado hacía unas horas y también a la que me dejó y nunca llegué a conocer del todo. Y entonces sonreí, porque, al final, uno se acostumbra a no encajar, a ser esa pieza extraña que nadie sabe dónde poner en el puzle de su vida.

Me giré, encendí un cigarro con las manos temblorosas debido a las bajas temperaturas y comencé a bajar los escalones de piedra, sintiendo que cada peldaño era un paso hacia algo a lo que todavía no sabía qué nombre poner. Ignoraba a dónde iba, pero, al menos, por primera vez en mucho tiempo, ya no estaba huyendo y me encontraba bien conmigo mismo.

Capítulo 9

No dejaba de ser curioso cómo, a esas horas, las calles del centro de la ciudad parecían más anchas. No había coches, y los que transitaban apenas hacían ruido. Solo se escuchaba con nitidez el chirrido de algunas persianas que subían y el traqueteo de la bicicleta de algún repartidor de una de esas empresas que te llevan de todo a casa.

Desde el Templo de Debod hasta Serrano había un mundo, aunque en kilómetros apenas contara como excursión, así que, sin prisa, puesto que lo que tenía que hacer no iba a cambiar por llegar antes ni iba a resultarme menos agrio, avancé.

Crucé Gran Vía como quien atraviesa un escenario vacío tras la bajada del telón y busqué con la mirada el sol, que ya iluminaba la capital entre las guirnaldas navideñas que colgaban de una acera a otra de la calle.

Nunca me han gustado las Navidades, porque siempre las consideré una festividad vacía y carente de sentido, debido a que yo nunca experimenté ese calor familiar de anuncio de turrón de almendras.

Decidí desviarme a la altura de la Plaza de la Independencia, ya que era demasiado temprano para enfrentar el asunto estrella del día. ¿Retrasaba el momento de enfrentarme a lo que quedaba?

El cuerpo me pedía café, pero no uno de esos de cápsula con espuma aguada, sino uno que supiera a bar de siempre, a tazón de loza y a parroquianos que vocean pidiendo un chupito de anís.

La terraza de una cafetería en la Plaza del Dos de Mayo me pareció un buen lugar para frenar. Había algo en ese rincón que siempre me resultó agradable: nada en concreto, pero todo en general. Me fijé en algunos turistas con cara de recién despiertos, aún incrédulos al poder ver Madrid en una realidad distinta a la que les mostraban sus perfectos fondos de pantalla. Dos japonesas tomaban fotos a un perro con bufanda que paseaba un tipo vestido

con un chándal del Atlético, mientras compartía churros de una bolsa de papel blanca con su hija pequeña, a quien miraba como si fuera el ser más brillante del universo.

Mis pintas no eran las mejores esa mañana, con el abrigo arrugado y la energía al mismo nivel que mi autoestima, sentado a una mesa libre con vistas a un par de bicicletas apoyadas en un árbol. Pedí café solo y una tostada con tomate, y tardó justo lo que yo empleé en reunir el valor para contactar con Almudena.

Saqué el móvil y escribí:

—En un momento estoy ahí.

Lo envié tal cual, sin emoticonos ni añadidos innecesarios, con esa neutralidad que solo el WhatsApp domina. Me refiero precisamente a esa en la que jamás sabes si alguien habla en serio o está de broma si no acompaña sus párrafos con el muñequito de turno o el típico «jajaja». Pero, al releerlo, me dio un escalofrío tonto: esa frase, «En un momento estoy ahí», era lo que solía decirle cuando pasaba a recogerla en ese tiempo en el que nuestras citas aún eran algo emocionante y todo entre nosotros eran intensas ilusiones por vivir.

Recordé una de las noches que había reservado en ese restaurante italiano que ella amaba. Uno pequeño, con manteles de tela y velas reales, de esas que olían a la Toscana, aunque yo le decía que no era más que aceite de lavanda.

Al principio todo iba bien. Pedimos vino tinto, que acompañamos con risas suaves y manos que rozaban las rodillas por debajo de la mesa, como en el famoso bolero de Luis Miguel. Todo era excitante y prometedor, hasta que llegó el postre.

Tiramisú. Uno solo, no por tacaño, sino porque ella juró no tener más espacio en el estómago, pero tampoco quería quedarse sin probarlo. Yo pedí otra cosa; ni me acuerdo qué fue, la verdad.

Ahí fue donde cometí el error fatal e imperdonable de meter la cuchara en su tiramisú. No pregunté, tan solo fue algo que hice como al coger un trapo del cajón de la cocina: automático y confiado. Pero entonces ella explotó.

—¡¿Pero tú te crees que esto es normal?! —soltó, con un tono estridente y fuera de lugar. Cualquiera de los que escuchaban

pensaría que acababa de descubrir que le había puesto los cuernos —. ¡Sabes que odio que me metan la cuchara en el plato!

—¿Te molesta que te cogiera un simple trocito? —pregunté, ingenuo, como si eso importara.

—No es el trozo. ¡Es el gesto! ¡Es la falta de respeto! ¡Es que no aprendes nada de mí!

Y ahí estábamos, en medio de un restaurante romántico con un violinista tocando The Lonely Shepherd en directo, discutiendo como si fuéramos dos concursantes de reality a punto de ser expulsados, ansiosos por captar la atención de la audiencia para quedarse en la casa.

Yo pedí la cuenta sin mirar a los ojos al camarero, que tenía cara de haber visto muchas rupturas por menos, y dimos un paseo hasta el coche: ella, con su ira contenida, haciéndome ver que había cometido un fallo de los gordos; y yo, sin saber si pedir perdón, explicarme o simplemente cambiarme de país para no tener que aguantarla.

Ahora, años después, todo eso me parecía entrañablemente absurdo, a pesar de que, en su momento, claro, dolía. Porque, cuando alguien que te importa se enfada contigo por algo tan pequeño, no sabes si preocuparte más por la bronca o por lo que simboliza.

Miré el móvil. «Visto». Sin respuesta. Lo nuestro nunca fue un vaivén de mensajes románticos con los que alegrar el día al otro. Nunca fuimos cursis; más bien éramos de sarcasmo compartido y caricias que alejaban el drama encendiendo la piel.

Bebí de la taza. Al menos estaba fuerte, como debe ser el buen café, y me distraje mirando a una pareja alemana que discutía en voz baja sobre direcciones mientras su hijo intentaba atrapar palomas con un entusiasmo admirable. A mi derecha, mi atención se fue hacia una mujer con pinta de escritora frustrada, que garabateaba en una libreta mientras su té se enfriaba.

Todos vivíamos nuestras propias historias, grandes o pequeñas, y seguramente todos creíamos que la nuestra era la más especiales.

Pagué, dejé un euro de propina, porque el café lo merecía, y detuve un taxi, del que me bajé en Serrano.

La calle olía a vida que se despereza y, no sin cierto temor, eché una ojeada al portal, que me pareció más frío que nunca. Toqué el timbre, pero nadie respondió, por lo que saqué las llaves del bolsillo y me recosté un segundo contra las baldosas del portal. Tomé aire y elevé la vista para ver cómo el sol comenzaba a colorear los cristales de las ventanas de arriba. Este era el punto final de un importante capítulo en la trama de mi vida, pero todo en Madrid continuaba como si nada.

Capítulo 10

Giré la llave en la cerradura y supe que sería la última vez que lo haría, ya que pensaba dejarla en el buzón al marcharme. Escuché el sonido del pestillo al deslizarse y abrí despacio, como un delincuente que se mete en casa ajena, mirando a uno y otro lado el vestíbulo, donde me recibieron cinco cajas perfectamente alineadas, como fichas de un juego de Tetris hecho con las sobras de una vida compartida. Apreciaba algo humillante en la precisión del orden y en que no hubiese una sola esquina sobresaliendo. Ella y su afán de perfección, mayor aún que el mío.

Almudena había dejado las cajas en el recibidor y se había marchado para no cruzarse conmigo. Se le podían reprochar algunas cosas, pero era coherente con sus palabras cuando me dijo que no deseaba volver a verme.

La que había sido mi casa presentaba una peste mareante a lejía y a barritas de palo santo, a las que era tan aficionada, lo que me llevaba a pensar que el lugar había sufrido alguna especie de purificación para eliminar cualquier residuo que hubiera dejado, concediéndome el papel de un simple fantasma que se niega a ver que murió.

Me quedé en el umbral del salón. La pared vainilla seguía ahí, impecable. Nunca llegamos a pintarla, y eso que yo había comprado la pintura, los pinceles, los plásticos para cubrir el suelo e incluso un par de vaqueros baratos y unas camisetas blancas para convertirnos en esa pareja que mancha las paredes y se ríe del desastre. Lo hice con la ilusión de compartir la actividad inútil, pero simbólica, de mancharnos las manos, echar unas carcajadas mientras uno salpicaba al otro y construir algo juntos, aunque fuera una capa de color sobre un muro aburrido. Pero ella, con una mueca apenas disimulada, dijo que no; que, con mi posición y con mi sueldo, no tenía sentido, que lo mejor sería contratar a alguien que hiciera un buen trabajo, rápido y sin convertir el piso en un campo de batalla.

—No necesito demostrar nada contigo —susurró—. No necesito vivir escenas de serie —sentenció para rematar.

En ese momento me pareció una reacción razonable y casi un síntoma de madurez, pero, viéndolo desde la distancia exacta que proporciona el tiempo, me di cuenta de que no quiso pintar conmigo porque no quería mancharse conmigo, implicarse en algo junto a mí o estar incómoda a mi lado si podía evitarlo.

Y yo, por no parecer un iluso y no quedarme en la posición del romántico ingenuo, le seguí el juego. Me envolví en una capa de indiferencia práctica, como si no me importara que no le importara. Como si no haber pintado juntos no me jodiera y todo eso no fuera un símbolo perfecto de lo que éramos: un proyecto eterno que nunca sería construido.

Me senté en el filo del sofá repasando las cajas con la mirada. Una tenía libros; otra, mi colección de gorras junto con mi ropa de verano y esa vajilla artesanal de colores absurdos que compramos en una escapada a Cuenca, donde nos reímos de todo menos de nosotros; otra, con ropa, y dos más cerradas con cinta, sin etiquetas.

Entonces la vi. ¡Como para no verla!

En el respaldo del sofá, colgada como olvidada, aunque ella nunca se olvidaba nada, había una corbata roja y nada elegante que, por supuesto, no era mía. Lo sabía porque yo no usaba ese tipo de accesorios que me recordaban a baberos infantiles. Las mías eran más estrechas y sobrias. Jamás habría elegido una como esa.

Me quedé mirándola porque, más que un pedazo de tela fue una confirmación. El nudo estaba hecho, aunque flojo, como si hubiera sido deshecho con desgana o rehecho por alguien que tenía prisa. Me acerqué y la tomé entre las manos. El tejido parecía caro, seda o algo que la imitaba muy bien, y eso sí lo conocía. Me la acerqué a la nariz, sin pensar, como si esperara reconocer a mi sustituto por un perfume, pero no olía a nada.

No sé si fue más incómodo encontrar la corbata o darme cuenta de que no me dolía como esperaba. No eran celos ni rabia, sino más bien una brusca manera de ver la realidad ante la que siempre me había hecho el ciego.

Ella no había evitado pintar conmigo por pragmatismo ni porque yo tuviera dinero para contratar pintores, sino, simplemente, porque no le gustaba compartir espacio, vulnerabilidad, tiramisús o paredes blancas que pudieran mancharse. Me di cuenta de que, durante mucho tiempo, me empeñé en interpretar gestos egoístas como rasgos de independencia, frialdad como sofisticación y distancia como estilo. Todo porque, cuando amas a alguien, le das licencia para mentirte y, lo que es peor, te das licencia para mentirte a ti también.

La corbata era el pequeño recordatorio de que ya no había necesidad de mentirse más, puesto que lo nuestro no fue un naufragio violento, sino una deriva lenta en la que dejamos de mirarnos hasta que uno de los dos decidió saltar por la borda.

Sin embargo, algo dentro de mí se resistía a dejarla ahí como si no la hubiera visto. No por fetichismos raros, sino por esa parte primitiva que habita en nosotros, que aún cree que las cosas deben tener un cierre simbólico. Me la llevé a la nariz otra vez, en busca de una excusa más para soltarla o de una pista para poder felicitar con un apretón de manos al hombre seguro, sano e independiente que habitaría la que fue mi casa.

La dejé doblada, cuidadosamente, sobre el brazo del sofá, porque, si algo no es tuyo, tampoco deberías cargarlo contigo, así fuera para quemarla a la vuelta de la esquina en cualquier papelera. Sonreí pensando en lo descabellado de algunas de nuestras ideas kamikazes, llamé a un taxi para que me llevara hasta donde había dejado aparcado el coche, cerca del Riu, y comencé a sacar las cajas al pasillo para salir de allí cuanto antes.

Capítulo 11

El lunes me dio la bienvenida con la imagen mental del subrayado en rojo que usaba para los temas relevantes en mi agenda. Ese día tenía varios de esos. Me di una ducha para despejarme y vestí mi impoluto uniforme Armani, bajando a la calle con tres bolsas más para entrar, de paso, en la tintorería. Al salir de allí, cogí del Starbucks un café no sé qué, que sabía a todo menos a café, con el que regresé al coche.

El cielo de Madrid me obsequiaba, para empezar la semana, una visión grisácea y sucia indecisa entre lo deprimente y lo indiferente.

Crucé el umbral de la oficina, de manera que me vi a mí mismo como a Pedro Cantos, el personaje de una nueva película que entraría esos días a formar parte de nuestro catálogo, cuando se colaba en la fiesta de una boda para comer gratis, evitando encontrarme con alguien que pudiera preguntarme por qué solo había posado para tres fotografías de la fiesta del sábado. Nadie pareció reparar en mí o, si lo hicieron, disimularon de forma cojonuda.

En la primera planta había un murmullo festivo, carcajadas que no se disimulaban y ese brillo superficial y efímero en los ojos que solo aparecía cuando alguien recordaba una anécdota vergonzosa de una cena de empresa. ¡Mierda! El domingo había tenido lugar la comida navideña.

—¿Viste a Clara con el de Contenidos? —preguntaba Paulina con una risita ñoña.

—¿Y qué me dices de la de Legal, que no soltó la copa en toda la noche? —criticó Jesús, encendiendo por fin su ordenador tras una hora perdida en el cotilleo acerca de lo que habían hecho los demás.

Atravesé la sala hasta entrar en mi despacho. Cerré la puerta y apoyé la frente en el cristal opaco, sintiendo el frescor, creyéndome a salvo.

—Llegarás tarde a la junta de las diez, Joel. Aún no hemos repasado los puntos del día —fue el saludo de Marta, que me esperaba sentada en uno de los sillones frente a mi mesa.

Despacio, me di la vuelta, abrí los ojos y asumí mi rol de ejecutivo perfecto. Me senté y oí a mi asistente, aunque una cosa era oír y otra escuchar. Se me daba bien asentir con la cabeza mientras mis pensamientos volaban de un lado a otro.

Yo no había ido a la comida, y no porque lo hubiera olvidado, sino porque no me apetecía. La idea de fingir entusiasmo bajo unas guirnaldas de luces LED me superaba. Pondría la excusa de que los canapés de la cena del sábado me habían sentado mal y nadie dudaría de mis palabras.

—¿Entonces? —inquirió Marta, y tuve que improvisar porque no sabía de qué me estaba hablando.

—Todo claro. Estuvimos trabajando en esto la semana pasada y tengo el tema más que controlado. —Me levanté, haciéndome el interesante.

—¿Entonces no quieres que te acompañe, Joel? —Me miró con ojitos de animalillo tierno.

—Subiremos en diez minutos. Las estrellas tenemos que hacernos de rogar —guiñé el ojo, y ella salió con una sonrisa que hacía tiempo no le veía cuando hablaba conmigo.

Tras la reunión del día, y con tres de esos subrayados rojos en la agenda ya cumplidos, me senté a leer algunos correos que tenía pendientes. Entonces, un recuerdo me asaltó sin buscarlo al haber visto a Marta y a Paulina pelando unas castañas cuando regresaba a mi oficina.

Era por la tarde y me encontraba en la Plaza Mayor. Apenas era un renacuajo de unos seis años al que su madre llevaba de la mano. Hacía frío, pero no lo suficiente como para preocuparnos o hacernos desistir del paseo. Ella iba guapa, luciendo con clase un abrigo azul marino de grandes botones dorados con anclas grabadas, que la hacía verse como una capitana de barco, y yo, una chaqueta del mismo color con coderas marrones. No pienses que tengo una memoria prodigiosa, es que esa foto estuvo mucho

tiempo colgada en la pared de mi casa, debido a que un señor insistió en fotografiarnos.

Había puestos por todas partes: luces, espumillón, figuritas de belén y bolas para adornar el árbol. Me llamó la atención el olor a castañas y a caramelo que salía de una de las casetas y corrí hasta llegar al puesto. Al ver cómo miraba las almendras, mi madre pidió una bolsa de garrapiñadas y me las entregó.

—No te las comas todas de golpe, deja algunas para mañana, que te dolerá la barriga, pequeño —me advirtió con ternura.

Spoiler: me las comí todas en un rato, mientras ella me contaba cuentos en la plaza sobre la vida de la gente que pasaba por nuestro lado. Recuerdo a una mujer con un carrito de la compra de llamativos colores, eso sí se me quedó en la memoria. Mi madre me dijo que, allí dentro, esa señora guardaba el último dragón que existía en el mundo. Y yo lo creía todo, porque era Navidad, y en Navidad todo era posible.

Algo me hizo levantarme de mi sillón en la oficina. Apagué el ordenador y me fui sin dejar ninguna nota. Bajé al garaje y conduje hasta el centro de la ciudad, sintiendo que, con un poco de suerte, pudiera tropezarme allí con la estampa de aquella tarde lejana.

Aparqué cerca de Ópera y caminé hasta Sol, haciéndome un hueco entre la gente. Eran las seis pasadas y la ciudad ya se había engalanado para iluminar a las familias que iban de compras, a los cientos de turistas con más ilusión que habilidad fotográfica y a un grupo de músicos callejeros bien ataviado interpretando rancheras con bastante arte.

Llegué a la Plaza Mayor con la sensación que debe de sentir quien vuelve al lugar de un crimen. Todo estaba casi igual: los puestos rojos, las guirnaldas, los adornos, el sentimiento de que todo iba bien y el olor a chocolate que salía del bar de la esquina cuando algún cliente abría la puerta.

Bajo los soportales, el aire olía a castañas asadas y a caramelo. Me paré y miré alrededor, con la esperanza de ver un rostro concreto entre la multitud: el suyo, el de mi madre, aunque era consciente de que no podía encontrar a alguien que ya no respiraba.

Busqué la calidez absurda que daba pensar que alguien te amaba sin condiciones, y que eras el centro de su universo. Esa clase de cosas que, con el tiempo, suenan cursis, pero siguen doliendo igual porque te dejaron vacío.

Metí las manos en los bolsillos de mi abrigo y caminé hacia La Campana. Pensar en tomar un bocata me daba una especie de consuelo cutre, pero, al menos, me hacía sentir que todo seguía adelante, aunque yo no lo hiciera.

Justo cuando estaba a punto de entrar al local, atestado de gente, ocurrió el choque inesperado de una típica película navideña. Una mujer salía del bar justo cuando yo entraba. Al suelo cayeron los calamares, el pan y un buen pegote de salsa, manchando unos botines de tacón negro, de firma, probablemente.

—Perdón —me disculpé, atropellado, agachándome a recoger lo que quedaba del bocata con un pañuelo de papel que saqué del bolsillo.

Y entonces, al levantar la vista, mis ojos chocaron con los de Emma Luque.

La actriz, sí. La misma de la película aquella del título cuestionable. La mujer con la que, hacía apenas un par de noches, había compartido vino, cama y un incómodo silencio postcoital.

Ella lucía impecable pese a la tragedia culinaria que acababa de suceder. Llevaba una gabardina beige entallada, abierta lo justo para dejar entrever el cuello de una blusa de seda; las gafas de sol colgaban de su escote y el pelo le caía sobre los hombros con ese desorden estudiado que parece casual, pero nunca lo es.

Todo en ella era bonito. Sin embargo, sus botines tenían una mancha de alioli, a la que ella parecía no darle importancia.

Tiré los restos a la papelera del interior del local y salí con un par de servilletas de papel.

—Permíteme limpiar este desastre —mi voz sonó bastante más grave sin pedirme permiso.

Me arrodillé, y ella alzó una ceja, divertida, a la vez que levantaba el pie, acercando su rodilla a la altura de mi hombro. Se dejó hacer, sin enfadarse, con una sonrisa en la cara.

—Bonita coincidencia —murmuró—. No sabía que tuvieras vocación de caballero medieval.

—Solo cuando la dama lo merece —respondí, con la mirada fija en la mancha y no en su pierna, a pesar de que mi trabajo me costaba.

—¿Yo merezco este despliegue? —Su ceja arqueada me hacía ver que debía cuidar mi respuesta.

—Tú mereces más de lo que yo puedo darte —murmuré, sin levantar la vista.

El aire se volvió denso, caliente. Ella inclinó un poco la cabeza, como si estuviera evaluando si provocarme más.

—Es una verdadera lástima que suelas irte antes del desayuno —sonrió, clavándome el golpe con una venenosa dulzura que resquebrajaría cualquier armadura.

—Nunca es tarde para cambiar de costumbres —repliqué, incorporándome despacio.

Sentí el calor de su cuerpo, su perfume a frutos rojos y a postre de vainilla, el recuerdo exacto de su piel contra la mía. Y su mirada… esa mirada me devoraba, como si aún estuviéramos en aquella cama y yo no hubiera salido de madrugada sin despedirme.

En mitad del ruido, de la peste a fritura y de la gente empujando, tuve la seguridad de que ese lunes iba a complicarse mucho.

Y, extrañamente, no me importó. Es más, en ese preciso instante tuve la confirmación de que, a veces, los fantasmas te llevan al encuentro con los vivos, ya que yo había ido allí buscando a una persona que ya no estaba y acabé encontrándome con alguien que mostraba interés por estar.

Capítulo 12

Emma me miró con esa media sonrisa de niña traviesa que ya empezaba a resultarme interesante y familiar. Tenía siempre esa expresión de quien sabe que el mundo es un escenario y ella, por supuesto, una gran estrella, con la parte amable de quien no actúa como una diva, pues no había ni pizca de arrogancia en sus gestos. Observaba todo con la emoción refulgiendo en unos ojos hermosos en los que, a ratos, se asomaba la resignación, como si no esperase mucho de nadie, pero, al mismo tiempo, con la ilusión de encontrarse, de forma inesperada, alguna maravilla escondida en algún rincón de la vida.

—¿Te apetece un bocata? —preguntó, con un tono que me sonó más a ofrecimiento.

—Claro. Hace mucho que no pasaba por aquí. Unas noches atrás estuve por Lavapiés y…

—¿Te zampaste una zapatilla? —puso los ojos en blanco, recordando lo sabroso del bocadillo.

—Media —me limité a responder, esperando su pregunta posterior.

—¿La compartiste con tu pareja? —Ahí estaba la cuestión, y no me decepcionó su curiosidad.

—Con un colega del instituto. ¿Entramos a pedir o seguimos charlando aquí con el estómago vacío? —Ella se frotó las manos y rio, sonando… ¿aliviada?

Caminamos con nuestros respectivos panes rellenos, ella de tortilla, ya que decía que no era el día para tomar otra cosa y que por eso se le había caído el anterior, y yo de calamares, cómo no, y más porque estábamos en la puerta de La Campana y ya me olía a fritura hasta el jersey, además de un par de latas rojas de cerveza Dorada, con la majestuosa estampa del Teide, que compró en una de esas tiendas de veinticuatro horas.

Subimos por la calle Mayor, y el aire frío de diciembre que soplaba me mordisqueaba las orejas, poniéndomelas coloradas. Recordé mi problemática con los sabañones cuando era pequeño y, de manera instintiva, intenté llevar mi mano a la izquierda para tocarla.

Noté que Madrid estaba más bonita que nunca. Las luces de Navidad hacían bien su trabajo al disimular la tristeza de las fachadas y colocar una sonrisa idiota en los rostros de los más amargados.

Llegamos al Retiro sin plan ni destino, solo con el leve impulso de seguir andando y, tal vez, apreciando que mover los pies podía acallar los pensamientos.

Era agradable no necesitar muchas palabras para llenar minutos con la necesidad de que corrieran. No deseaba que volase el tiempo a su lado. Si hubiera podido, habría atrapado cada uno de los minutos que estaba viviendo para conservarlos en un frasco de cristal, como hacía mi abuela, cuando era joven, con la cosecha de tomates de la huerta del abuelo, para mantenerlos intactos.

Entramos por la Puerta de Alcalá y cruzamos el paseo, con los árboles desnudos como testigos mudos de las conversaciones de cuantos pasaban por su lado.

El estanque estaba solitario y tranquilo, salvo por un grupo de adolescentes que se hacía fotos junto al carrusel apagado, mientras algunos vendedores ambulantes ofrecían diademas festivas, unas con luces que giraban y otras con alegres cuernos de reno.

—¡Te regalo una! —Señaló con su dedo elegante uno de aquellos chismes luminosos.

—No la ves, pero yo ya llevo la de cuernos —respondí seco, algo que le bajó el entusiasmo de golpe.

—Esto no se parece en nada a lo que debería ser un lunes, ¿no? —expresó Emma, de pronto, para volver a crear buen rollo, mirando las ramas de los árboles y agarrándose a mi brazo con esa ternura que me encandilaba.

—He tenido lunes peores. —Bebí el último sorbo de la lata. Ya se había calentado, pero no me importó. En buena compañía, hasta la cerveza caliente tenía su punto.

—Cuando se lo propone, es usted insoportable, señor Jiménez —bromeó, soltando una carcajada sincera.

Entonces, me tomó de la mano sin avisar y me arrastró hacia la salida del parque, con ese impulso tan suyo de no pedir permiso porque el mundo le pertenecía. Sus manos, frías por el aire de diciembre, apretaron la mía con firmeza, y ese gesto fue suficiente para que el calor me subiera a la cara antes de que pudiera culpar al alcohol de la Dorada.

Yo la seguí porque no tenía nada mejor que hacer, o porque empezaba a sospechar que decirle que no sería negarnos algo más que un paseo.

—¡He tenido una idea genial! Vamos a subir al bus —exclamó, toda feliz.

—¿Perdona?

—De esos de las rutas. Naviluz o como se llamen ahora. No lo he hecho nunca. Contigo será mi primera vez. —Corrió, arrastrándome con ella hacia la parada de los autobuses que hacían las rutas de las luces.

Antes de que yo pudiera responder, ya había sacado las entradas desde el móvil con una eficiencia y rapidez asombrosas. En cinco minutos estábamos subiendo al bus turístico más cursi del hemisferio norte.

—Deja que te devuelva el dinero que pagaste —eché mano al bolsillo para sacar la cartera.

—Tú pagaste la *suite* en el Riu. A esto invito yo —guiñó el ojo, y preferí no responder. Me dejé llevar. Al menos aquí estábamos cómodos y era algo diferente.

Nos sentamos en la planta superior, justo al frente, donde el cristal nos daba una visión panorámica de un Madrid que formaba el perfecto decorado en una escena navideña. No pude evitar pensar que estaba demasiado sobrio para soportar todo eso, pero Emma se reía como una niña cuando una chica vestida de duende nos regaló una bolsa con unos globos y unas gominolas, lo que comenzó a contagiarme un poco de su felicidad.

El bus arrancó. La voz que salía del altavoz nos deseó felices fiestas en un tono que mezclaba entusiasmo artificial y acento de

Alexa cuando te lee un libro del Kindle. Pasamos por Serrano, donde las luces dibujaban una multitud de figuras geométricas elegantes, y luego bajamos hacia Cibeles. Fue ahí cuando la ciudad se convirtió en un desfile de color digno de ser fotografiado.

Emma sacó el móvil y empezó a hacer fotos sin parar. No para compartirlas en redes, o eso creo, sino por el gusto de atraparlo todo, como si deseara llevarse aquel instante para siempre en el recuerdo.

—Estás muy callado —observó, sin apartar la mirada del objetivo, guardándose una de las manos en el bolsillo de su gabardina.

—Estoy... bien. Es decir, estoy sorprendido de estarlo.

Ella no respondió, solo se recostó un poco más hacia mi lado, y su muslo rozó el mío con una naturalidad que no supe si achacar al traqueteo del bus o a que ella deseaba sentirme cerca. Fuera como fuese, no aparté la pierna y sentí cómo ella tiritó. No fue teatral, sino el tipo de escalofrío real que no puedes fingir en un set de rodaje.

Saqué los guantes que llevaba en el bolsillo y se los entregué, además de quitarme la bufanda para pasársela después. Emma se la acercó al rostro, sin disimulo, antes de ponérsela, aspirando el olor de mi perfume, y luego la enrolló en su cuello con una sonrisa encantadora, lanzándome una mirada fugaz que me hizo pensar que aquel viaje no había sido una mala idea.

Al llegar a la Puerta de Alcalá, el bus se detuvo unos segundos para que pudiéramos admirar la estructura, iluminada con motivos navideños y cierta pomposidad al gusto de los gobernantes. Emma se puso de pie, disfrutando como una niña en su primera excursión, y me dijo:

—Hazme una foto con tu móvil, que la cámara del mío no es buena.

Saqué el teléfono antes de que alguno de los elfos viniera a regañarle por estar de pie, y ella posó con la chispa de alguien que no interpretaba. Sonrió, se giró un poco, se sacó el cabello por encima de la bufanda, y su sonrisa me dio más luz que las artificiales que nos acompañaron durante todo el trayecto. Era tan bonita que

mi dedo quedó prendido al botón de la cámara, disparando en ráfaga.

—Me gustaría tener una contigo —hizo un gracioso mohín que agrietó otro poco mi armadura.

Disparé un par de veces más cuando me puse a su lado, y me agradó que no me pidiera verlas, pues confiaba en que saldrían bien. El bus arrancó de nuevo y yo la miré de reojo. Había algo en su gesto, en su forma de contemplar la ciudad desde ese trono improvisado, que me recordó al niño que fui: al pequeño revoltoso que creía en dragones, en la magia de la Navidad y en eso de que las madres eran eternas.

Quizá fuera eso lo que me mantenía allí. Esa sensación de estar con alguien que sabía mirar sin juzgar, que se permitía desear sin vergüenza y que era capaz de convertir una noche absurda en un relato que me gustaría releer.

Y, aunque no lo dije en voz alta, supe que, si aquella noche acababa allí, yo intentaría buscar cualquier excusa para empezar otra.

Capítulo 13

El motivo de que la acompañara hasta su calle no era porque quisiera prolongar la noche en ningún otro lugar, ni porque llevara una intención sexual en el pensamiento que mis labios callaban, aunque algo de eso, enterrado bajo capas de inseguridad y cautela, sí me latía dentro. Lo hice por simple decencia, o quizá por esa culpa que a veces puede confundirse con la cortesía.

Reconozco que eso era lo que me repetía a mí mismo en cada paso, ya que para mí era imposible distinguir si deseaba vivir con ella otro rato o temía que el que estábamos compartiendo se terminara.

Emma vivía en Malasaña, en una calle con bastantes locales con las puertas *grafiteadas*, con más ínfulas de presumir que talento, de bares que nunca cerraban y ventanas con persianas a medio subir, dejando entrever apenas un destello de la vida privada de quienes ocupaban los pisos. Igual que Emma mostraba a medias algo que yo no terminaba de comprender.

Caminamos desde la parada del autobús hasta su calle como dos personas que se conocen desde antes. Y, en parte, era así, porque yo había visto todas sus películas. Pero, claro, siempre conocemos al personaje, nunca a la persona. Y Emma era tan fácil… ¡No, joder! No fácil de facilona, en plan despectivo, sino fácil de amable, de generosa, de fácil de querer.

Ella iba en silencio, con las manos en los bolsillos, y el vaho de nuestras respiraciones se mezclaba en el aire como una conversación silenciosa que no nos atrevíamos a mantener en voz alta.

Tampoco es que fuera necesario.

Pasamos bajo una de las farolas y me percaté de cómo mi sombra se alargaba hasta cubrir la suya, y me miró, al darse cuenta, como yo, de que ellas sí eran libres de expresar el deseo que nosotros tratábamos de ignorar. En ese instante vino a mi cabeza

cómo su espalda se arqueaba, cabalgando sobre mí en nuestra noche de pasión. Me vi obligado a sacudirme aquella imagen de la mente por una inoportuna sensación de calor en cierta zona de la parte inferior de mi anatomía.

—¿Un chocolate? —sugirió al llegar a la esquina, señalando con la barbilla un local pequeño, con luces cálidas y unas estufas exteriores encendidas junto a un par de mesas.

Asentí y entramos. Ella pidió dos, y, mientras esperaba, se quitó los guantes con una lentitud que me supo a sensualidad. Salimos con los vasos de cartón humeando entre las manos para sentarnos en los taburetes metálicos en los que se apreciaba algo de humedad. Aun así, tomamos asiento en ellos, porque lo incómodo a veces también tiene su encanto, y porque sentarme frente a ella, a pesar de que se me entumeciera el culo del frío, era mejor que dejar que la noche terminara demasiado pronto.

Saqué un cigarro, puesto que la ocasión lo merecía, lo encendí, le di la primera calada y Emma me lo arrebató de la mano para llevárselo, dejándome un roce en los dedos que provocó que mi pulso se acelerara. Le dio una calada breve, cerró los ojos mientras dejaba escapar el humo y me lo devolvió mirándome de reojo. Seguimos así: tú, yo, tú.

Unas noches antes me había sentido un hombre en un tejado, viendo la vida pasar de largo por su lado, y ahora se me ocurrió que la vida era lo que pasaba allí: que lo que compartíamos era el mismo aliento, un calor tibio que viajaba de boca en boca disfrazado de humo. No sabía que se podía llegar a besar así, pero con Emma descubrí que existía una forma deliciosa de hacerlo sin que las bocas se rozaran.

—¿Qué hacías en Navidad cuando eras pequeño? —preguntó ella, soplando sobre el borde del vaso porque el chocolate estaba demasiado caliente para beberlo sin cuidado. Con ese gesto inclinó la cabeza lo justo para que un mechón se le escapara sobre la cara, obligándome a luchar contra las ganas de apartárselo con los dedos.

—Montaba el belén con mi madre. Sin figuras religiosas, solo animales y árboles de plástico. No creo en los ángeles ni en todo lo demás. Al menos no creía antes… —me detuve. Callé justo a tiempo.

Emma me miró arqueando las cejas, haciendo más grandes aún sus dulces iris marrones, en una invitación a que siguiera hablando que yo no estaba dispuesto a aceptar.

—¿Dónde está tu madre? ¿Vive contigo?

En silencio, me llevé la mano al pecho y tragué el nudo de la garganta que se me acababa de formar.

—Sí. Vive siempre aquí.

Ella hizo el ademán de abrazarme, pero la interrumpí pasándole el cigarrillo, ya que lo mío no era la compasión ni el drama.

—A mí siempre me regalan jerséis y calcetines que dejan bajo el árbol de la eterna Navidad. —La miré sin entender—. Mis padres meten el árbol ya montado en el trastero cuando acaban las fiestas, y al año siguiente solo hay que sacarlo de la bolsa y ya está adornado. —Sonrió, y aquello fue motivo suficiente para que el frío doliera menos y para que el roce de su rodilla contra la mía dejara de ser un accidente y se convirtiera en una declaración muda.

Con cada calada que nos pasábamos, la distancia entre nosotros se acortaba un poco más.

El cigarro se consumía en nuestras manos, y, con él, los minutos de tranquilidad. El silencio se me hizo demasiado largo, y entonces ella se volvió hacia mí. Su mirada no tenía ese brillo cinematográfico de escena final; es más, estaba empañada, dejando ver su vulnerabilidad, y aun así se me antojaba igual de rutilante que la iluminación que vimos desde el bus.

—¿Quieres subir?

Su pregunta me dejó sin aliento. Me habría gustado decir que me pilló por sorpresa, pero lo que me pilló fue el miedo.

—¿Por qué? —pregunté, con ese tono que ni yo soporto en mí mismo—. ¿Buscas productores para tu próxima película?

Ella parpadeó. No de incredulidad, sino de pura decepción.

—Vete a la mierda, imbécil.

No gritó ni se movió, pero el golpe fue seco, directo, como un portazo sin necesidad de que hubiera siquiera una puerta. Volvió la cara al otro lado, tomó el último sorbo de chocolate, buscando,

seguramente, que el dulzor de la bebida pudiera atenuar el momento amargo que estaba viviendo.

Apreté los labios para no seguir metiendo la pata, al sentirme como un completo idiota. Sí, eso es lo que era.

—No quise decir lo que… —reaccioné, demasiado tarde y demasiado poco. Porque ella merecía que me tirara al suelo para que pudiera clavarme los tacones en la espalda y usarme de alfombra.

—Sí, era lo que deseabas decir, porque lo dijiste —respondió ella—. Tú piensas que todo es un truco, una estrategia. Que si te doy algo es porque quiero algo a cambio, como si no pudiera querer solo… no sé, un poco de compañía. Una noche de calor tras una mierda de cigarro compartido.

Volvimos a callar, y Emma me miró de nuevo. Esta vez con los ojos rebosantes de lástima al contemplar al pobre cretino que tenía delante.

—¿Sabes? Pensé que eras más valiente. Que después de tanto disfrazar lo que sientes, por fin te quitarías la máscara, pero parece que estás más cómodo con ella puesta. Por mí, puedes seguir siendo como eres.

No respondí. ¿Qué podía decir? ¿Que tenía razón? ¿Que no me fiaba ni de mi sombra y que, cada vez que alguien se acercaba demasiado, me preparaba para la traición que, tarde o temprano, siempre llegaría?

—Nunca aprendí a confiar del todo —musité, más para mí que para ella.

—Pues aprende. De lo contrario, acabarás solo. —Se levantó del taburete—. Aunque ahora que lo pienso, igual es eso lo que buscas. Si ese es el caso, enhorabuena, porque esta noche dormirás así: solo.

Tiró el vaso a la papelera con una puntería que ya quisieran muchos jugadores de *basket* y se alejó, deteniéndose unos segundos frente a la puerta de su edificio. No dijo nada y desapareció.

Me quedé ahí, fumando lo poco que quedaba del cigarro, con su sabor en la boca y un calor persistente en los labios, con la

sensación de que el beso que no ocurrió seguía ahí, reclamando su sitio. Pensé en lo bien que se me daba sabotear lo bueno y en cómo el miedo te convierte en alguien como yo: un tipo que prefería mirar la vida desde la azotea antes que implicarse en eso tan agridulce que puede ser el hecho de vivir.

A pesar de todo, no me arrepentía de haberla acompañado esa tarde, porque incluso las derrotas tienen su encanto cuando huelen a chocolate, tabaco compartido y a la piel sedosa de Emma.

Me quedé mirando hacia su edificio y negué con la cabeza mientras aplastaba la colilla en el cenicero que había sobre la mesa. Emma era de esas personas que no se dan por vencidas y, por suerte para mí, había dicho que esa noche dormiría solo, no que jamás volvería a hacerlo conmigo, y esa era mi esperanza.

Capítulo 14

Me costó un rato reconocer mi casa cuando entré. Estaba totalmente diferente, y me asaltó, hasta agobiarme, ese olor a madera nueva y a textiles caros de aspecto sobrio. El equipo de decoración ya casi había terminado su trabajo, logrando que mi piso fuese muy similar a un espacio de catálogo bien ejecutado, funcional y sin perder el encanto nórdico que, según el decorador, era la hostia. Vale, no lo dijo así, sino que este espacio sería algo como el epítome de la sofisticación.

Me quité el abrigo y lo dejé sobre el respaldo de la silla tapizada del comedor, que hacía juego con el sofá color ceniza. Encendí la luz del salón, pero enseguida la apagué, porque me gustaba más el resplandor anaranjado de la calle colándose por las ventanas, ese tono entre melancólico y cálido que Madrid me regalaba.

Decidí salir al balcón para permitir que la sala se ventilase y ver el mercado navideño que habían montado frente al Corte Inglés. El lugar bien podía pasar por una maqueta, con casetas de madera y guirnaldas colgando como en las películas de sobremesa, mientras villancicos salían por altavoces minúsculos, pero insidiosos, que tendría que soportar algunos días más, y todo porque la alegría en estas fechas es un mandato y no una elección.

El humo del cigarro que acababa de encender subió y se disipó sin gracia. No era lo mismo fumar solo que hacerlo a medias. Inevitablemente, eso me llevó a pensar en Emma: en mi bufanda anudada en su cuello, que por cierto no me devolvió, ni los guantes; en la foto que le tomé con la Puerta de Alcalá detrás; en su voz seca diciéndome que me fuera a la mierda y, también, en lo que no me dijo; en cómo compartimos ese cigarro como si nuestras bocas se buscaran sin hacerlo evidente. Fue justo ahí cuando noté que algo le faltaba al piso. No era una lámpara o una alfombra. Era otra cosa. A

riesgo de sonar cursi, diría que era el brillo de su mirada, o la vida que irradiaba cuando sonreía.

Saqué el móvil del bolsillo del pantalón, busqué su contacto y lo encontré, pero me quedé mirando la pantalla un rato sin hacer nada. Un escalofrío me recorrió la columna, y recordé aquel otro frío de hacía tantos años.

Era un crío de unos seis años y estábamos en Navacerrada. Había nevado copiosamente aquellos días. A mí, la nieve me daba miedo porque estaba fría y me escocía la cara, como si tuviera pequeños fragmentos de cristal incrustados. Mi padre me gritaba desde la ladera: «¡Vamos! ¡No seas cobarde!», mientras me ponía los esquís con torpeza y notaba cómo las botas pesaban como bloques de cemento. Recuerdo la caricia de mi madre en la mejilla. Ella, tan guapa, con ese gorrito rojo de lana que había tejido a juego para ambos ese invierno. La primera vez que pisé la nieve no supe si era algo bueno o malo, porque sentía la misma mezcla de belleza y amenaza que ahora, algo así como lo que pasa cuando uno se enamora y se da cuenta demasiado pronto. Recuerdo resbalar, ponerme de rodillas, oír las risas de otros niños y el grito lejano de mi padre repitiendo que tenía que aprender, que no podía ser siempre el débil, que la vida no era para blandos.

Desde entonces, cada vez que alguien me habla de escapadas a la nieve, sonrío y asiento, pero nunca he vuelto a esquiar, porque la nieve me sigue pareciendo hermosa, como Emma, como la gente feliz en los mercados de Navidad, como la ilusión que no me atrevo a sentir porque, en el fondo, creo que no tengo derecho.

Le di una calada larga al pitillo y volví a mirar el mercadillo, donde una niña, ataviada con una llamativa chaqueta verde metalizada, tiraba del brazo de su madre, lo supe por el parecido entre ambas, hasta el puesto de los donuts. A ellas se unió el que parecía el padre, además de una chica joven que cogió del brazo a otra mujer, a la que miraba con expresión de orgullo, como si gritara en silencio: «¡Esta es mi mamá!». Qué suerte, me dije, y también qué envidia, porque yo no tenía conmigo al motivo de mi orgullo y, por mi maldita estupidez, tampoco me atrevía a llamar a Emma.

Metí el móvil en el bolsillo y no la llamé, no todavía. Me quedé allí, en el balcón, viendo cómo los demás celebraban algo que yo no lograba ni empezar a sentir. Finalmente, entré y apagué la colilla en el cenicero de diseño que colocaron sobre la mesita de centro. El frío ya se había metido conmigo, pero esta vez no me importó.

En un arranque, saqué el teléfono, abrí el WhatsApp y le envié dos simples palabras:

—¿Me perdonas?

Emma me dejó en visto.

Capítulo 15

Los días pasaban y ese jueves estaba siendo frenético. Desde las siete de la mañana me encontraba encadenado a una mesa de cristal, frente a la pantalla del ordenador, con un café que no me apetecía tomar y una sucesión interminable de correos, llamadas y nervios.

Las manos me dolían de tanto escribir mensajes pasivo-agresivos con sonrisita de cortesía, más aún por aquello de que estábamos en fechas especiales. El acuerdo con la productora japonesa se me estaba haciendo eterno. Los asiáticos eran amables, sí, pero difíciles de interpretar, especialmente porque yo, que debería estar centrado en el asunto, tenía las ideas repartidas entre lo que solté aquella noche, lo que me callé, lo que me habría gustado responderle a Emma y lo que no sabía si todavía quería decirle.

El despacho era una pecera de diseño con vistas a un cielo tontorrón que amenazaba lluvia desde hacía horas, sin decidirse a mojar las aceras. Y ya, en la mesa de reuniones, todos sonreían menos yo, que hacía lo que podía, moviendo papeles de una carpeta a otra, a la vez que asentía con cara de entendido y lanzaba frases sueltas como anzuelos, aunque nadie picaba, complicándome la mañana.

A las doce, en mitad de una intervención en la que ni siquiera recuerdo el punto que estaba defendiendo, sentí el tic nervioso en mi párpado izquierdo, señal inequívoca de que algo no iba bien. Así que me excusé dejando caer un «ahora vuelvo», que sonó más a «necesito un respiro», para esconderme en el baño como un desertor en plena batalla.

Me apoyé en el mármol del lavabo para echarme agua en la nuca y me miré en el espejo con cierta benevolencia. Todavía no había ojeras, pero estaban en camino. Al aflojarme la corbata, una de esas tristes y apagadas que elegí por inercia, respiré hondo, repitiéndome que tenía que cerrar ese acuerdo y que debía volver a

ser el tipo que todos admiraban por lograr tratos imposibles sin ceder un ápice de terreno.

Sin embargo, cuando estaba a punto de salir, escuché voces en el pasillo. Ana, la CEO, con esa voz neutra que la caracterizaba, y con la que podría pasar perfectamente por un anuncio de la megafonía de un aeropuerto, decía: «…bueno, ya se veía venir». Y otra voz, la de Marta, mi secretaria, le preguntaba si de verdad nos habíamos separado Almudena y yo. Ana respondió que sí, que yo ya estaba instalado en Nuevos Ministerios, porque se lo había contado su amigo el decorador, y Marta, en un tono más bajo, cerró la conversación con un «no cualquiera lo soporta».

Me quedé congelado, no tanto por la noticia, que ya era vieja y conocida por todos, como por la frase, por el runrún de esa sentencia, que no era más que una forma educada de decir: «Él es insoportable».

Mi asistente, que me conocía mejor que nadie en la oficina; Marta, que tantas veces había visto cómo le cubría errores de agenda o escapadas precipitadas para ir a buscar a su hijo, había dicho eso, y en ese instante algo se quebró en mi pecho.

Salí sin hacer ruido y me reincorporé a la reunión como quien vuelve a una obra de teatro en la que ya se han dicho todos los textos importantes y ya solo falta rematar, hasta que, al fin, cerré el trato, corté la videollamada y hubo aplausos, felicitaciones y palmadas en la espalda que sentí demasiado cerca de las puñaladas. Sonreí con una energía que no tenía, agradecí las palabras de la directora financiera sobre lo brillante de la negociación y no pude más que pensar que lo mejor que sabíamos hacer todos allí era fingir.

Iba a mi oficina, así que no me quedó más remedio que pasar por delante de Marta, que me obsequió una sonrisa, desconozco si ignorante o consciente de que yo lo había escuchado todo.

De cualquier manera, me limité a fingir que nada había pasado.

Unos minutos después encendí un cigarro en la azotea, y en ese lugar donde suelo sentirme a salvo, el viento sopló como si también tuviera algo que decirme. Valoré lo descabellada que era la

idea de llamar a Emma para confesarle que era verdad que había sido un imbécil, como dijo, que lo seguía siendo porque eso no se cambia en pocos días, pero también que a veces no sabía cómo dejar de serlo. Luego apagué el cigarro, volví al despacho y pedí otro café que sabía tan mal como el anterior, pero que al menos era sabor a rutina, y ese era el terreno de juego en el que yo era todo un especialista.

Saqué el móvil y marqué su número, pero, antes de que diera tono, decidí colgar. No estaba preparado para su respuesta, fuera cual fuese esta.

Capítulo 16

La tarde avanzaba y, desde la ventana de mi oficina, se veía en la carretera la serpiente luminosa del atasco acostumbrado que no cedía. Algunos estarían desesperados en sus coches, pero yo no lo estaba menos, encerrado en mi despacho con reuniones en modo bucle que me habían dejado el cerebro reseco y las ganas de seguir allí al mínimo.

Había colgado la última llamada hacía veinte minutos, pero seguía revisando un informe sin leerlo de verdad, como cuando hojeas una novela de la que ya te sabes la trama y el final de memoria. Me froté las sienes, busqué el tubo de ibuprofeno en el cajón y ahí fue cuando Marta entró, con su rostro inusualmente cansado.

—Te recuerdo que esta noche tienes la cena con la gente de Kaos para el nuevo proyecto del próximo verano —me informó con tono neutro, pero con ese deje final que quería acusarme de algo que yo no entendía.

La observé mientras se acomodaba en uno de los asientos frente a mi mesa, cruzando las piernas con naturalidad.

Marta ya no me miraba como al principio. Recordaba su primer día allí: llegó con una carpeta azul bajo el brazo, un moño mal hecho y esa expresión de quien aterriza en el lugar donde quiere quedarse mucho tiempo. Me miraba como se mira al *crush* de tu serie favorita, con esa especie de fascinación que no tiene que ver tanto con la persona real que tienes delante como con lo que supones de ella. Yo era el tipo elegante, decidido, carismático e inalcanzable. No era el Joel Jiménez que veía yo cuando me miraba al espejo cada mañana.

Pero las fantasías, como los trajes de lino, acaban mostrando arrugas de manera inevitable y con rapidez, al poco de usarlo; es algo que va en su naturaleza. Lo jodido de todo esto es que yo no soy un personaje, sino una persona, y eso me afectaba.

Ahora me miraba con cautela. No era desdén ni hartazgo, tampoco pena. Era una mezcla más sutil, como de decepción y esperanza, como si dijera: «Pensé que eras otra cosa», y lo peor era que yo también lo pensaba muchas veces.

—¿A qué hora tengo que estar allí? —pregunté sin mucho ánimo.

—A las nueve, pero será mejor que llegues un poco antes para que tengas todo controlado. Si cerráis el trato, recuerda pedir que te hagan unas fotos del momento para las redes.

Claro, era imprescindible moverse de cara al escaparate. Vivíamos de ello. Siempre había que tener a mano una sonrisa que durase lo que necesitaba el flash, y luego podías seguir siendo el mismo desastre de siempre.

Marta repasó conmigo la agenda del día siguiente, como hacía cada jornada, pero yo solo la escuché en parte. Mis pensamientos se centraban en ella, en cómo se había endurecido sin decir nada y en el modo en el que fue recogiendo la admiración que una vez me profesó, lo mismo que si fueran migas de pan que ya no merecían estar en el mantel cuando uno ya tiene el estómago lleno y quita la mesa.

Todos fingimos, y eso es una verdad indiscutible y universal.

Fingimos entusiasmo cuando estamos cansados, fingimos no notar las distancias que se nos imponen, fingimos ganas donde solo hay compromiso y fingimos ser alguien que ya no somos para mantener lo que creemos que aún vale la pena conservar.

Yo mismo era un actor más en esa pequeña tragicomedia de parqué reluciente y ventanales con vistas. Había aprendido a responder con tono amable mientras pensaba en irme a vivir a otra ciudad y mandar este mundillo a la mierda; a bromear sobre el futuro mientras los hechos del pasado me sobrepasaban y salían a golpearme el estómago desde cualquier esquina de la memoria.

—¿Quieres que te envíe el dossier por correo también? —preguntó Marta, profesional hasta la médula a pesar de todo.

—Sí, por favor. Y dile a Javier que prepare un resumen con los datos de visionado de las últimas producciones. Nada denso. Me vale algo con lo que pueda improvisar si me preguntan.

Ella asintió y se levantó, a punto de irse. Y, en ese momento, cuando giró la cabeza hacia la puerta, algo me apretó por dentro. Me sentí como un intérprete de monólogos: no porque Marta no estuviera de mi lado en escena, sino porque ya no le apetecía estar en mis actuaciones ni como público.

Me pregunté si todo había sido así siempre. Si todas las relaciones humanas eran puntuales campañas de marketing en las que vendíamos nuestra mejor versión, colocábamos los éxitos en la portada y escondíamos las miserias en letra pequeña hasta que alguien, tarde o temprano, las leía. Entonces, todo se desmoronaba o se mantenía igual, pero pocas veces mejoraba.

Marta salió y cerró la puerta con suavidad. Ella era así: suave y silenciosa. Me quedé un rato más observando mi reflejo en la pantalla del ordenador, que se había puesto en negro, devolviéndome la imagen de un tipo elegante, serio y con el ceño ligeramente fruncido. Y, por un momento, me parecí a mi padre: a ese hombre que decía que ser fuerte era no temblar nunca y que pensaba que mostrar cansancio era una debilidad de personas de segunda clase. Pero incluso él, una vez, huyó aterrorizado y tembló, aunque fuera por dentro.

Quizá Marta se había desencantado de mí porque descubrió que el tipo que ella admiraba no era más que una máscara bien puesta. Y, al ver que debajo había un ser humano normal, con sus inseguridades, sus cansancios y sus torpezas, no supo qué hacer. O no quiso darle más vueltas.

Pero la entendía, porque yo tampoco sabía siempre qué hacer conmigo mismo.

Me levanté, me estiré y fui hacia la ventana. Madrid seguía allí fuera, indiferente a mis reflexiones, frustraciones y esperanzas, que también las tenía.

A lo mejor, después de la cena, me pasaba por algún sitio. O volvía a casa y descorchaba un vino. Aunque también era posible que, simplemente, caminase un poco. A veces bastaba con eso: andar sin rumbo hasta que las cosas que guardamos dentro se acomodaran solas. ¿Me entiendes? Esas veces en las que paseas, los

minutos transcurren y llegas a casa sin saber por dónde anduviste, pero llegas sintiéndote mejor.

Mientras tanto, seguiría fingiendo lo justo para que no se me notara el cansancio en lo que quedaba de jornada. Lo suficiente para que, si alguien me miraba, pareciera que todo estaba bajo control, como siempre, aunque no lo estuviera.

Capítulo 17

El tráfico seguía imposible y eran más de las ocho de la tarde. Odiaba la falta de puntualidad y, en esta ocasión, dudaba de si yo podría llegar a la cita a la hora acordada. Por mucho que intenté salir del despacho con antelación, una llamada de última hora y la absurda necesidad de revisar por cuarta vez la presentación me habían dejado atrapado en un atasco que taponaba la Castellana.

Al llegar al hotel, uno de esos con fachada de piedra gris y portero uniformado que te abre la puerta como si fueses alguien que vale la pena, me coloqué el abrigo sobre los hombros y me ajusté la corbata como el buen guerrero se ciñe su reluciente armadura antes del combate. El restaurante ocupaba el último piso y, ya en el ascensor, me miré en el espejo, apreciando unas marcadas ojeras mal disimuladas, bajo una mirada cansada pero firme, y la seguridad de quien sabe lo que hace, aunque la mayoría de las veces tan solo siga órdenes en modo autómata.

Allí estaban los responsables de la productora con uno de los agentes que colaboraban con nosotros. Un tipo grande, a lo alto y a lo ancho, que hablaba con entusiasmo impostado, tratando de que la pequeña productora que había confiado en él se abriera paso entre los gigantes del sector.

Yo ya le había echado un ojo a la propuesta que traían y me gustaba. Prometía algo distinto, con ese toque de novedad y atrevimiento que tanto buscamos en las plataformas. Solo había un problema: mientras más leía los detalles, más se me venía a la mente el rostro de Emma Luque como protagonista del proyecto. Si alguien podía darle la ternura y la garra que el papel exigía, esa, sin lugar a duda, era ella.

Me acerqué a la mesa y nos saludamos con la cordialidad justa, esa que debe hacerte ver disponible, pero no dispuesto a todo por firmar.

Nos sirvieron un borgoña delicado, junto al plato fuerte del menú, que era uno de esos con nombres largos y cantidades breves, consistente en *foie* con reducción de frutos rojos y solomillo al vacío con cremoso de patata. Toda una delicia de alta cocina, que me limité a comer sin ponerle pegas, ya que llevaba varios días en los que mi dieta había consistido en cafés y reuniones.

Entre bocado y bocado, comentábamos los puntos del contrato, aderezado con chistes malos del agente y falsas confidencias.

—Vuestra idea me interesa —expresé tras dar un sorbo al vino —. Tiene el tono adecuado y creo que puede gustar. Ahora bien, lo que necesitamos es talento, y para eso no me sirve cualquier rostro. La protagonista debe ser creíble, porque en ella recae gran parte del peso de la producción.

En ese momento, entró ella. Emma.

Apareció por la puerta del fondo del salón, iluminando el lugar con su brillo personal. Llevaba un abrigo color crema, el pelo suelto y caminaba con ese ritmo tan característico que decía que el mundo podía esperar. Iba acompañada por Álex de la Ermita, el actor que rodó con ella *Jódeme como quieras*, que llegaba perfectamente peinado, con el bronceado naranja que en él era usual, una sonrisa de cartel de película y un brazo que rozaba el de ella con una familiaridad estudiada.

Los vi sentarse a unas mesas de distancia, y entonces un fotógrafo entró en la sala, sentándose en la otra esquina para sacar la cámara con la que inmortalizar un presunto robado. Emma sonreía a Álex, pero no lo miraba como me había mirado a mí aquella noche en el bus. Esa evidencia me atravesó con la misma rapidez con la que el vino bajaba por mi garganta. Conmigo tenía una mirada distinta, sin cálculo, con calidez, como si el momento valiera la pena.

Volví a centrarme en la conversación antes de echar a perder el trato.

—Si logran que ella, Emma Luque, sea la protagonista —exigí, señalándola con la copa aún en la mano—, les aseguro que será el gran éxito del próximo año, al asegurarles que contarán con nuestra

total implicación. Toda. ¿Entienden? Hagan lo necesario si les interesa trabajar con nosotros.

Mis interlocutores giraron la cabeza hacia ella, y yo no disimulé mi sonrisa de satisfacción. Me serví otra copa mientras ellos imaginaban presupuestos que se inflaban, y entonces les puse una segunda condición:

—Por supuesto, bajo ningún concepto, ella deberá saber que nosotros exigimos su participación. —Y es que, por orgullo ante lo que yo le había dicho la otra noche, ella podría rechazar el papel, cuando estaba más que claro que aquel trabajo estaba hecho a su medida.

Al cabo de un rato, me levanté. No había nada más que decir. Ya había dejado todo más que claro en cuanto a exigencias, así que caminé en dirección a la salida con el abrigo colgado del brazo y la bufanda suelta sobre la chaqueta. Al pasar junto a su mesa, ella me vio, así que me detuve un segundo y asentí con la cabeza a modo de saludo sobrio y formal, como si fuésemos dos desconocidos sin momentos íntimos en común.

Ella respondió con una sonrisa canalla y unos ojos brillantes que me erizaron la piel bajo la camisa, justo antes de que Álex se girara y me reconociera también. No dije nada, puesto que no era necesario, y salí.

Fuera, la noche arrastraba el olor a castañas asadas y a ventas apoteósicas en las tiendas, de las que muchos salían cargados de bolsas. Encendí un cigarro sin querer pensar en cerrar más tratos, ni en tener que estudiar más *scripts*. Deseaba espantar las cifras de mi cabeza para dejar el hueco solo para regodearme en ella, en Emma, y en cómo me devolvía la sonrisa sin que se le notara el cabreo conmigo. O quizás es que ella ya me había perdonado. Esto último me hizo sonreír como un tonto en mitad de la acera, porque esa noche Madrid parecía escrita por un guionista que aún creía en los giros generosos de esa fiera llamada destino. Y yo estaba dispuesto a dejarme escribir.

Me metí en el coche, aún caliente a pesar del frío exterior, y estaba a punto de arrancar, con la vista perdida entre los faros

reflejados en el parabrisas, cuando escuché el golpecito. Sutil, apenas un roce en el cristal. Miré a la puerta y allí estaba Emma.

Se quedó esperando sin decir nada, y yo tampoco pregunté.

Abrí y ella subió con total naturalidad y cero resquicios de rencor. El roce de su abrigo al sentarse hizo evidente su perfume cálido, que me golpeó más de lo que quise admitir.

—¿Puedes acercarme a Plaza de España? —pidió, abrochándose el cinturón sin mirarme. Su voz me sonó a regalo de Navidad por anticipado.

Asentí e inicié la marcha. Mis dedos se aferraban al volante como si de eso dependiera no descomponerme, y me atreví a mirarla de soslayo. Sí, seguía teniendo ese rostro perfecto y dulce que la hacía magnética. El maquillaje discreto, el pelo aparentemente descuidado, que, seguro que había cuidado demasiado, y mi bufanda enredada con un desorden estudiado.

—Estabas con Álex —solté sin pensarlo, sin enjuiciar, solo porque no podía callarme.

Emma rodó los ojos en un gesto espontáneo y característico en ella.

—Sí. Todo es un plan de la productora. Quieren que vendamos la secuela con el típico «¿será verdad o solo es un montaje?». Nos tratan como si fuéramos adolescentes en un *reality*.

Me limité a escucharla sin interrumpir, porque temía que, si lo hacía, mi enfado revelaría demasiado.

—Y tú te prestas —continué, sin poder contenerme. El sarcasmo siempre me había protegido.

—No tengo muchas opciones. —Hizo una pausa y bajó la vista hacia sus manos, que jugaban con la bufanda—. Ni tantos guiones sobre la mesa.

—Muy coherente con lo que hablamos el otro día —ironicé, casi deseando que me dijera que parase el coche para bajarse tras haberme abofeteado.

Ella giró la cabeza hacia mí, haciéndome sentir el peso de sus ojos, y ese silencio fue como un roce físico.

—A veces hay que hacer cosas que no nos gustan. Pero eso es distinto a esto. Si no me gustaras, no me encontraría aquí contigo,

aunque no estoy dispuesta a soportar ciertas cosas por mucho que me gustes —zanjó al fin, sin elevar la voz, soltándome la confesión como una pedrada para que espabilase.

Tragué saliva, desviando la vista al semáforo que cambiaba a ámbar. Emma me había desarmado en un segundo, como siempre.

—Lo de fingir, empieza a ser deporte olímpico en esta ciudad —repuse, más ligero de lo que sentía, porque necesitaba disfrazar la recién estrenada grieta que la conversación estaba abriendo en mi ya dañada armadura.

Entonces rio suavemente, sin malicia. Esa risa breve era un recordatorio de lo mucho que podía encenderme con tan poco. Apoyó la frente contra la ventanilla, y en su reflejo me pareció verla sonreír de verdad, a pesar de que durase apenas un destello.

—¿Te caigo bien? —quise que fuera totalmente sincera, porque, si iba a lanzarme a la piscina, lo mínimo que necesitaba saber era si esta tenía agua.

—Mucho —respondió casi al instante—. Admito que me echa un poco para atrás la manía que tienes de aparentar que no necesitas a nadie. Como si eso te hiciera más atractivo, y quizá es así en tu trabajo, pero no quiero que lo hagas conmigo.

—No es manía. Podría definirlo como un mecanismo de defensa —confesé, con un esbozo de sonrisa—. Soy mejor tío en las distancias largas.

—Pues a mí me pareces más guapo de cerca —susurró, clavando en mi boca su mirada, lo que hizo que se me secara de golpe y me muriera de ganas de besarla.

El resto de la conversación se volvió liviana, apenas algunos comentarios sobre el frío, el caos navideño o sobre la experiencia en el Naviluz. Ninguna palabra era lo que parecía, ya que, en realidad, solo eran excusas para estirar los minutos, para no admitir que lo que importaba ya se había dicho en la tensión de las entrelíneas.

Cuando llegamos a Plaza de España, aparqué en un lateral oscuro, lejos del bullicio, donde Emma se desabrochó el cinturón con calma y me sostuvo la mirada por primera vez desde que entró.

—¿Entonces, mañana? —dejó caer de buenas a primeras.

—¿Mañana qué?

—¿Ya no te acuerdas de nuestra cita? —No habíamos hablado de vernos, pero me hizo gracia y le seguí el rollo por verla feliz. Y es que, de todas las curvas de su cuerpo, la que más me ponía era la que formaban sus labios al sonreír.

—Estaré aquí mañana a las dos, tal y como habíamos quedado. Espero que la gran estrella Emma Luque no me deje plantado con las flores en la mano en esta esquina.

—¡Qué va! Pero en vez de flores, trae unas castañas, me gustaría compartirlas contigo —susurró con voz cantarina, y me sacó la lengua, divertida—. Aquí estaré, puntual.

Abrió la puerta y bajó sin más. No hubo beso, ni roce de manos, ni nada que pudiera llamarse contacto. Solo ese gesto breve con los dedos antes de cerrar, y mi bufanda ondeando al viento en su cuello mientras se alejaba.

Me quedé ahí, con el motor encendido, con el calor del asiento vacío impregnado todavía de su olor, y supe que, aunque intentara negarlo, ella ya había entrado en mi vida.

Emma. Siempre Emma. Apareciendo como un accidente que uno provoca sin querer, tocando cristales, haciendo que quiera volver a verla y recordándome que hay cosas que no se pueden controlar, por mucho que yo lo intente.

La vibración del teléfono me sobresaltó y atendí la llamada del abogado de la familia desde el sistema del coche.

—¿Joel?

—Dime, Braulio.

—Él saldrá en los próximos días.

Me pasé las manos por el pelo, invadido por la ansiedad. La noticia me había dejado helado.

—Le quedan catorce putos meses y cinco días. ¿Me lo explicas?

—No ha dado ningún problema. Joel, te confirmaré el día cuando sea seguro.

Corté la llamada y golpeé el volante con desesperación. ¿Por qué ahora?

Capítulo 18

Eran poco más de las doce de la tarde del viernes cuando Marta entró en mi despacho trayendo esa carpeta roja que siempre me anunciaba cosas que preferiría olvidar. Dejó la puerta entornada y, como si nada, fue directa al grano.

—El lunes tienes el vuelo a Nueva York para evaluar el rodaje de la película de Patrick Clark y realizar la valoración de la posible adaptación posterior como miniserie. No lo olvides.

Resoplé, y lo hice consciente y en serio. No era ningún gesto teatral, sino una verdadera señal de desesperación. No recordaba el viaje, y muchas cosas importantes habían pasado a segundo plano desde que Braulio me llamó la tarde anterior para darme la fatídica noticia. En ese momento decidí que iría a visitar a mi abuela a la residencia al día siguiente. Era más que consciente de que ella ya no era quien fue, sin embargo, ella tenía derecho a saber que el asesino de su hija quedaría libre de un día a otro.

Miré el reloj, todavía eran las doce y cuarto. Mi vista hizo el recorrido desde mi muñeca a la carpeta y, de ahí, de nuevo a Marta.

—Puedes irte. Disfruta del fin de semana. —Me levanté del sillón para dar más énfasis a mis palabras, ante las que ella se limitó a alzar una ceja.

—¿En serio? —dudó.

—Nos lo hemos ganado.

Y con eso, di por finalizada la jornada, recogí lo que necesitaba para el viaje y bajé al garaje, donde Enrique, el portero, me saludó desde la garita, antes de abandonar el lugar con una calma extraña, que no se rompía ni con los numerosos semáforos en rojo con los que me fui encontrando.

Dejé el coche cerca de Plaza de España y caminé hasta la entrada en la que había quedado con Emma.

Ella estaba allí, puntual, y yo aún no había comprado las castañas. La contemplé mientras miraba postales de atardeceres

falseados con filtros desde los miradores de la capital y llaveros con ositos madrileños en un quiosco de souvenirs. Su chaqueta corta, de un vivo rojo, la convertía en parte del decorado navideño.

Estaba justo al lado de la pista de hielo, esa que montan todos los años en la plaza, donde los niños se caen y se levantan entre risas.

Cuando me vio, sonrió, sin ser consciente de que en mi estómago revoloteaban las mariposas esas del encoñamiento con alguien. Para mí fue una sorprendente novedad notarlas allí.

—¡Hola, guapo! —Se acercó a saludarme con un abrazo que deseé que me absorbiera.

—Hola, guapa. —Lo sé, no fui nada original.

—Hoy vas a patinar conmigo —me informó.

—Ni de coña. No sé. —Di un par de pasos atrás, recordando mi desventura en la nieve.

—¡Anda ya! Mira ese señor de ahí. Le echo unos sesenta y muchos, y míralo, dando más vueltas que una peonza. ¡Si él puede, tú también!

—No te lo tomes a mal, pero…

Antes de poder terminar de responder, ya estaba en una cola con olor a gofres y a *spray* desinfectante de botas. Emma pagó las entradas, y cuando le dije que invitaba yo, levantó la mano.

—Hoy soy yo la niña caprichosa. Déjame disfrutar de esto. Tú me invitas a comer más tarde.

Una niña caprichosa, de labios rojos y tentadores y una alegría contagiosa. Y es que Emma poseía ese tipo de inocencia ante el que costaba contenerse.

Me ofreció su mano, abrigada con los guantes que yo le dejé aquella noche de la ruta, que no me había devuelto, y entramos en la pista. El hielo no era tan hielo como uno imaginaría. En nada se parecía a la nieve de la pista de esquí de Navacerrada.

En la plaza, que comenzaba a llenarse de gente, sonaba a todo volumen por los altavoces la canción esa que se te queda en la mente durante todas las fiestas como una mosca cojonera. Sí, esa misma, la de Mariah Carey que todo el mundo conoce.

Emma me agarró de las dos manos y yo, que me jactaba de equilibrista en los tratos de negocios, estuve a punto de besar el suelo tres veces seguidas.

—No mires abajo —me advirtió, riéndose.

—¿Estamos patinando o haciendo escalada? ¿Qué tiene que ver lo de mirar hacia abajo? Debo mirar por dónde se mueven mis pies —solté, descompuesto. Su respuesta fue una carcajada.

—Dicen eso siempre que tenemos miedo. Por eso te lo aconsejé. —A ambos nos entró la risa floja, haciéndome más llevadero el mal trago.

Dimos unas vueltas más. Yo, agarrado a la valla por no agarrarme al manillar del dichoso pingüino de colores que usaban los niños como apoyo; y ella, alejándose a ratos, girando, haciendo piruetas y volviendo, para regalarme una visión más irreal si cabía de la mujer que me acompañaba.

Yo la seguía con esa torpeza que debía de tener cierto encanto, porque algunas madres señalaban sin ningún tipo de discreción hacia mí, haciendo reír a sus pequeños. Vista la tesitura en la que me hallaba, no me quedó otra opción que la de reírme de mí mismo. Era eso o que mis recuerdos me anularan por lo que había vivido, y en esa ocasión yo estaba saliendo victorioso.

Al detenernos un instante junto a la barandilla, vi a la niña de la chaqueta verde que me llamó la atención en el mercado desde el balcón del piso. Le pedía a su madre que la dejara entrar, mientras el padre le daba un sorbo a un café humeante. Junto a ellos, la otra mujer se agachaba para decirle a la chiquilla que no podía entrar porque no tenía guantes.

El mundo era sorprendentemente pequeño. Una ciudad como Madrid, que presumía de infinitas posibilidades y de que jamás te cruzarías con un conocido por azar, me ponía al mismo simpático grupo de nuevo delante. Y mientras Emma me tomaba de la mano para seguir patinando, yo pensé en que, a veces, vivimos sin reparar en los detalles y en cómo esa familia aparecía justo ahora, precisamente allí, como si la ciudad no fuera más que un escenario donde los actores que hacían de extras participasen una y otra vez en el rodaje de tu vida.

—Te has quedado pillado —dijo Emma, notando mi desconexión.

—Pensaba en estadística y en probabilidades. Sabes que soy de números. ¿Cuántas coincidencias se consideran casualidad?

—¡Vaya! ¿También sabes hablar en jeroglífico?

—¡Te reto a que logres desencriptarme!

Se rio, me empujó con suavidad y me obligó a seguir patinando bajo el sol del mediodía, que se reflejaba sobre el hielo como en un espejo. El cielo, a pesar del frío, estaba despejado, y la vida, por un rato, llegó a parecerme que podía ser más sencilla.

En cuanto terminó nuestro tiempo, nos sentamos en un banco de madera, en el límite de la pista. Ella se quitó los patines y los guantes, que volvió a meterse en el bolsillo de la chaqueta como si fueran suyos, y yo quise ser los guantes para que ella me guardara y me considerase de su propiedad.

—Estás bien, ¿no? —preguntó.

—Estoy... menos yo. Menos muermo, sí.

—¡Entonces vamos genial!

No dije nada. Solo la miré. A ella, a los niños, a la pista, a la ciudad. La vida a veces se vuelve generosa y te regala una tregua.

Capítulo 19

Los rayos tibios del sol de invierno me calentaban la cara de forma agradable. Alcé la vista al cielo y cerré los ojos por un segundo mientras caminábamos por la acera de la calle Princesa, sintiendo cómo Emma se colgaba de mi brazo. Iba tarareando una melodía que no fui capaz de identificar, como si su cabeza estuviera poniendo banda sonora a la escena. Su mano descendió hasta enredarse con la mía dentro del bolsillo del abrigo, pero no dije nada. Me gustaba tanto su cercanía que no quise romper el hechizo con palabras.

Nuestros pasos eran lentos, y eso era un lujo porque, por primera vez en mucho tiempo, mi tiempo no era de nadie, solo mío, y había decidido pasarlo con ella, bajo ese sol inofensivo que nos ponía de buen humor.

Nuestro destino era un restaurante asiático del que ella me había hablado con entusiasmo. Bufé libre, había dicho, como si el exceso estuviera permitido en las fiestas. Yo me dejé arrastrar por su antojo, porque había algo hipnótico en verla disfrutar. Tenía la sensación de que cualquier cosa era posible a su lado. Y yo, que siempre había vivido dentro de una férrea rutina, encontraba un extraño alivio y emoción en rendirme a sus encantos.

Me soltó al entrar en el local, que era mucho más amplio de lo que aparentaba desde fuera. Sin lujos, pero todo parecía recién estrenado, tanto las mesas de madera, como el toque verde de las plantas que decoraban las dos salas, o las lámparas que daban una luz cálida y acogedora.

Emma quiso sentarse al final de la segunda sala, lejos de la cristalera que dejaba pasar el resplandor blanquecino del mediodía. Nos asignaron una de las últimas mesas y ella fue directa a abrir la *App* con la soltura de quien lo había hecho mil veces. En cambio, yo me limité a observarla, pues no solía frecuentar esos lugares. El menú era un inabarcable catálogo de nombres y fotografías que me

abrumaba, pero a ella le brillaban los ojos con cada opción que mencionaba.

—Puedes pedir todo lo que quieras —habló entusiasmada—. La única regla es que no puedes dejar nada en el plato. Si lo haces, te penalizan y te toca pagar un plus.

—Si pido las sobras para llevar, no tengo que pagar la penalización, ¿no?

—¿Quieres llevarte la cena? —enarcó una ceja, divertida—. Eres un rata. No. No puedes llevarte nada a casa —rio, rodando los ojos, sin saber si yo estaba de broma, pero a mí me encantaba provocarla.

Ella pidió como si no hubiera un mañana, llenándose al instante la mesa de platos con rollitos, *nigiris, gyozas, baos* y tempuras, a los que yo añadí unos tallarines. Al final, terminamos riéndonos de nuestra propia exageración en ese juego absurdo en el que era tan fácil entrar con ella. Porque solo con Emma, que me daba alas, lo absurdo tenía un encanto tan especial como la ilusión que brillaba en sus ojos cuando derrochaba felicidad.

Cuando llegaron los primeros *makis*, levanté la vista y, en la mesa cercana, reconocí al mismo grupo que había visto antes en la pista. La niña de ojos marrones nos miraba con curiosidad, atenta a nuestros platos.

—¡Madre mía, se van a poner como el Kiko! A esos les dolerá después la barriga, seguro —comentaba en voz baja a su madre.

—Limítate a comer, Aurora. Aún queda arroz ahí. —Le señaló ella uno de los cuencos.

—Pide *nigiris* de salmón, Tere, que a Danna le gustan —le decía a la otra mujer, con cara de pequeña pilla.

—Danna tiene el arroz que pidió y no lo ha tocado aún —la niña resopló, resignada.

—Pide *makis* con cebolla crujiente por encima. El arroz está pasado —expresó la aludida.

«Joder, menos mal que no pedí arroz», pensé.

Estaba liado con mis tallarines cuando las cuatro se levantaron y comenzaron a ponerse las chaquetas para salir, acompañadas por el hombre que iba con ellas.

—Papá, quiero unos palillos para llevármelos de recuerdo —suplicó la pequeña.

—Luego vamos a un chino y los compramos —respondió él.

—Ya estamos en un chino —rio ella, negando con la cabeza.

—¿Quieres palillos? Toma estos —Tere echó mano de los palillos nuevos de la mesa de al lado y los metió en la mochila de la niña, haciéndola sonreír mientras le pedía que guardara silencio. Yo sonreí con las dos.

Tres veces en pocos días me había cruzado con el grupo, y ya comenzaba a preguntarme cuándo y dónde volveríamos a coincidir.

—¿Tienes hijos? —la voz de Emma volvió a captar mi atención.

—No. ¿Por? —respondí, cogiendo una de las gyozas de gambas.

—Vi cómo mirabas a la niña. Además, la otra noche me dejaste entrever que tenías una ex…

—Todos tenemos un ex en nuestras vidas —contesté, sin ganas de que ella se colara en aquella cita.

—¿Qué pasó con ella?

—Que igual que me eligió me *deseligió*. Cambió de pareja lo mismo que cambiábamos cromos de pequeños —me encogí de hombros—. Prefiero que ella no esté en esta mesa, Emma. Mejor, cuéntame algo de tu vida, de tus padres o de tu profesión.

Ella se metió un *maki* en la boca y cerró los ojos, emitiendo un gemido de placer de lo más *sexy*.

—¿Qué? —meneó la cabeza, al ver cómo la contemplaba.

—Si haces eso cada vez que comas, no puedo asegurarte que pueda concentrarme en la conversación —le regalé mi media sonrisa matadora, y ella se sonrojó.

—Mis padres viven en Aranjuez. Son profesores de instituto. Yo quise ser peluquera, astronauta, doctora y cocinera, pero cuando terminé el bachillerato decidí que lo mío era esto. No siempre ha sido fácil, pero llevo una racha decente. Ayer me llamó mi agente para ofrecerme un nuevo trabajo —sonrió triunfal.

—¿Cómo está eso? —pregunté, mientras el olor de los *baos* me hacía dudar si probarlos o no.

—¡Están buenísimos! Son de pulpo —se relamió, mientras masticaba uno como si fuera la última comida del planeta.

Asentí, disfrutando con su disfrute. A veces, el silencio era lo único que no estropeaba lo perfecto.

Pensé en la suerte, en esa forma tonta, casual y misteriosa que tenía de presentarse. La suerte de que hubiéramos quedado ese día a las dos, aunque no recordase haberla invitado, yo y la de no haber evitado a Emma aquella noche en la que empezó todo en una cama.

Mojé en la soja un *nigiri* de salmón, con una sonrisa que no era fingida, ya que estaba viviendo un rato bastante bueno. Por un momento, no hubo rupturas, oficinas, reuniones estériles, ni asesinos fuera de la cárcel. Solo Emma, su bufanda robada y mi mano sobre el mantel, tan cerca de la suya que se moría de ganas de acariciarla.

Ella encargó el postre con la misma alegría desbordante con la que había pedido todo lo demás, y el camarero nos trajo un plato con mochis de colores y helado de té verde.

Emma probó uno y arrugó la nariz, divertida, como si el sabor le resultara insoportable e irresistible a la vez. Me pasó un poco con su cuchara y yo lo acepté, solo por el gesto de compartir. Entonces la vi sonreírme, lo que me llevó a comprender que aquella escena, con toda su sencillez, quedaría grabada en mí más que muchas otras.

Después de comer, salimos a la calle y subimos de nuevo por Princesa, con el sol inclinándose poco a poco hacia la tarde. Miré al Riu cuando llegamos a su altura, recordando la noche que vivimos allí.

—¿Quieres subir a la terraza a tomar un combinado? —ofreció ella, al percatarse de mi gesto.

—Hoy no quiero ser el hombre que ve la vida desde el tejado. Me parece increíble, pero me está gustando vivirla aquí abajo contigo.

Caminamos un buen rato, y yo me descubrí agradeciendo la simpleza de ese andar compartido. Emma se apoyó otra vez en mi brazo, y algo tan simple se convirtió en lo más grande.

No sabía cuánto duraría todo aquello, o si la fortuna, impredecible como era, me permitiría conservarlo, pero, por primera vez en mucho tiempo, no me importó. Ese día, al menos, había sido mío, y quedaría para siempre en mí.

Capítulo 20

El frío de la noche me golpeó la cara al bajar del coche, trayendo consigo el tufo a fritanga de pescado, beicon y pimientos verdes fritos del bar cercano a su bloque, y es que una parte del corazón de Malasaña eran los bares, a reventar, y las vidas que imaginas al pasar bajo sus balcones.

Emma caminaba delante de mí, con paso firme y el pelo suelto moviéndose con el aire como una bandada de pájaros que vuelan libres, y yo no podía pensar en otra cosa que no fuera seguirla.

El portal era viejo y la luz fluorescente temblaba en su interior. Emma buscó las llaves en el bolso con torpeza, sacando incontables cosas, a pesar de lo pequeño que era, y maldiciendo entre dientes. Me reí por lo bajo, nervioso, con la sensación de estar a punto de cruzar un umbral del que no habría vuelta atrás.

Subimos las escaleras rápido, casi corriendo, deseosos de intimidad. Yo iba detrás y ella delante, lo que implicaba que cada movimiento de su culo perfecto era combustible que avivaba el fuego que yo llevaba por dentro. El vaivén de sus caderas, el taconeo rítmico en los peldaños y la cadencia de su respiración me aceleraron el pulso, porque mi cuerpo anticipaba lo que iba a pasar antes de que sucediera.

Su piso era pequeño y caótico, aspectos que no lo hacían menos acogedor. Me fijé en que tenía una manta tirada de cualquier manera en el sofá, más de una docena de libros apilados en el suelo y una taza de café, a medio tomar, sobre la mesa. Pero existía algo vivo en ese desorden, que se me antojó fiel reflejo de su personalidad. Su desorden y el mío eran diferentes, pues, mientras el suyo era externo, en todo lo que la rodeaba, el mío estaba dentro de mí, oculto a la vista del resto.

—¿Quieres una cerveza? —me ofreció, dejando el bolso colgado en el respaldo de una silla.

Asentí, más que nada, porque cualquier cosa que me alargara un minuto más a su lado era una buena idea, e hizo que la acompañara hasta la cocina, donde abrió la nevera con energía y sacó dos botellines.

Nos apoyamos en la encimera, frente a frente, y brindamos sin decir nada, tan solo con el gesto y la mirada. Bebimos en silencio, observándonos. Yo lo hice por sus ojos, que estaban fijos en los míos con una intensidad que me desarmaba, aunque no había prisa, no todavía, y traté de contener mis impulsos de besarla.

Me fijé en su boca, en cómo se humedecía los labios tras beber, en la gota de cerveza que resbaló por la comisura, y tuve que redoblar esfuerzos para no lanzarme. Ella se dio cuenta, soltó un suspiro profundo y sonrió con picardía, como si disfrutara sometiéndome a su cruel tortura.

—¿Qué miras? —preguntó, divertida.

—Tú ya sabes lo que miro —contesté sin apartar los ojos.

—Ni idea —se encogió de hombros con expresión de inocencia calculada.

—Estaba pensando en dos puntos cardinales —solté antes de darle un trago a la cerveza.

—¿En serio?

—Totalmente en serio —asentí—. Pensaba en las ganas que tengo de besarte, sin dejarme nada, de sur a norte, y viceversa.

El silencio que siguió fue eléctrico. Ella bajó la mirada un segundo, luego la volvió a subir, directa, ardiente y desafiante. Con intención, rozó mi mano con la suya al dejar la botella sobre la encimera, y sé que fue un roce mínimo, pero suficiente para provocarme, porque no había sido un acercamiento accidental.

Nos quedamos quietos, a apenas unos centímetros, en ese punto exacto en el que el ruido de la calle se apagó y nuestros latidos se volvieron ensordecedores.

Ella dio el primer paso al subir su mano hasta mi cuello para que sus dedos recorrieran la línea de mi mandíbula con una suavidad que contrastaba con el fuego de su mirada. Yo me incliné, despacio, como si me acercara a un abismo contra el que me

encantaría estrellarme, y allí fui, directo, en un salto mortal del que sabía que no me arrepentiría.

El beso que rompió el hielo no fue suave, sino un derroche de deseo, como si lleváramos una vida esperando ese momento. Las ganas se abrieron camino entre nosotros con violencia, con urgencia, dándole vía libre a nuestras bocas para que se buscaran, se mordieran y se devoraran a placer. La cerveza en mi lengua se mezcló con el sabor de ella, y me supo a algo amargo y almibarado a lo que podría llegar a volverme adicto.

La botella se me resbaló de la mano y golpeó la encimera con un ruido sordo, pero no nos inmutamos, porque ya no había nada más allá de ese beso.

Ella me empujó contra la pared de la cocina, besándome como si quisiera marcarme, y yo la sujeté por la cintura, ascendiendo por la espalda, donde mis manos buscaron desesperadas la curva de su piel bajo la ropa. Su cuerpo ardía, el mío también, y todo era una colisión, un encontronazo en el centro de un remolino, una absoluta imposibilidad de frenar lo que sentíamos.

Nos reímos entre jadeos, torpes, y casi tirando una maceta al suelo, igual que dos adolescentes que no saben dónde empiezan, ni dónde acaban, o dos adultos que desean sentirse vivos y dejar a un lado el autocontrol.

Me llevó hacia el salón a trompicones, besándonos, chocando con los muebles, y el sofá nos recibió, dispuesto, como un campo de batalla que recibe a sus más valientes guerreros. Ella se sentó sobre mí y me sacó el jersey, al que siguió mi camiseta.

—Te quiero ahora —me susurró al oído, volviéndome loco, porque ese «ahora» fue la orden que yo esperaba. Esa en la que sabía que ya era mía.

Su boca me devoraba, con ansia, pero a la vez con magia. ¿Sabes de esas veces que un beso es como ver una lluvia de estrellas fugaces? Pues algo así. Un milagro que iluminaba mi oscuridad, siendo innecesarias las palabras para exprimir al máximo ese viaje en el que descubres lo aburrida que había sido hasta el momento tu galaxia.

Sus manos me exploraban con urgencia, al tiempo que yo la besaba como si quisiera tatuar mis labios en su piel. Entonces, cuando nos dimos cuenta, la ropa se encontraba en el suelo, sin orden ni cuidado.

La tumbé debajo de mí y la repasé una vez más con la mirada antes de que mis labios comenzaran su travesía por su cuello, su clavícula, sus pechos, su vientre y su sexo, cumpliendo la promesa que le hice de apropiarme de su piel por completo. Ella gemía mi nombre, me apretaba contra su cuerpo, me pedía más. Y yo no podía parar, no deseaba hacerlo. La saboreé, recorriendo todas sus curvas con la lengua, con los labios y las manos, alimentándome de cada gemido.

Cuando entré en ella, fue como llegar a ese lugar acogedor donde sabes que te esperaban. Emma se arqueó, gritó y me recibió con una entrega tierna y feroz, si es que esas dos palabras se pueden poner juntas.

El sofá chirrió bajo nuestros cuerpos y los jadeos llenaron la sala cuando ella me arañó la espalda y mordió con hambre mi hombro, exigiéndome más con cada movimiento, logrando que la embistiera con la fuerza de todo lo que no había sentido hasta entonces.

No había suavidad ni romanticismo. Aquello era puro deseo, brutal y sincero.

Nos movíamos al mismo ritmo, como si hubiésemos esperado la vida para encontrarnos en ese punto exacto de nuestra ruta. Ella me pedía más, y mi placer era entregárselo.

El sudor resbalaba por nuestros rostros, las respiraciones eran gritos ahogados y un calor sofocante me invadió el estómago.

Los fuegos artificiales del orgasmo llegaron para los dos al mismo tiempo, y fue como si el universo entero se hubiera puesto de acuerdo en regalarnos ese instante. Ella gritó mi nombre, yo me hundí en su cuello y todo lo demás dejó de existir.

Nos quedamos exhaustos, temblando, pegados el uno al otro en esa sala en la que había ropa por el suelo, cojines tirados, aire cargado de sexo y fuerzas que recobrar para resarcirla con un segundo asalto más delicado y lento.

Ella apoyó la cabeza en mi pecho, todavía jadeante, y sus dedos dibujaron círculos distraídos en mi piel. Yo pasé la mano por su cadera, lentamente, intentando grabar en la memoria cada segundo.

—Joder, Joel… —expresó con una risa áspera—. No sabes cuánto te necesitaba.

No le respondí. Sabía perfectamente lo que quería decir, ya que yo también la necesitaba con un hambre que me daba miedo.

El sonido de la sirena de una ambulancia se coló por la ventana, pero dentro de esa burbuja solo estábamos nosotros, sudorosos y relajados. Entonces entendí que aquello no era solo sexo, sino mucho más. Algo que podía arrasarme, sí, pero también podría salvarme.

Emma se levantó, elegantemente desnuda, y fue hasta la silla en la que yo había dejado mi abrigo. Intrigado, al ver que se lo ponía, la seguí con la mirada hasta que salió al balcón, donde encendió un cigarro del paquete que yo llevaba en el bolsillo. La visión de ella, allí, con la calle de Malasaña como fondo y el cielo como lámpara, con mi abrigo, no sé cuántas tallas más grande, y el cigarrillo en la mano, fue la culpable de que me invadiera la convicción de que, a partir de ese instante, Emma iba a ser mi mayor vicio.

Me puse el pantalón y el jersey y fui a su lado, para que me pasara una calada.

—¿Te quedas? —preguntó, y soltó el humo a la luna.

Yo asentí, hipnotizado por la sensualidad que emanaba. Y es que, mientras otros buscan a esa diosa que les ponga la vida patas arriba, yo sentía que la sonrisa de Emma llegaba para ordenar la mía.

Capítulo 21

Todavía llevaba en la piel el calor de Emma, su risa y la dicha de haber pertenecido, así fuera por unas horas, a una vida que no era la mía. En el coche, de regreso a casa, me sorprendí sonriendo como un idiota al recordar la luz que me mostraron sus ojos, estando en la cama, justo antes de quedarse dormida. Pero la alegría era una frágil ilusión, y pronto el veneno de la llamada de Braulio regresó a invadir cada rincón de mi cabeza.

El criminal que mató a mi madre iba a salir libre, así que necesitaba ver a mi abuela antes de que eso ocurriera. El único problema era que no sabía cómo me la iba a encontrar ese día.

La residencia se hallaba en uno de esos pueblos bucólicos de la sierra, entre pinares, junto a un riachuelo. El aire era distinto allí, más puro y, sin embargo, no me facilitaba el hecho de poder respirar con facilidad, debido al remolino emocional en el que se me había convertido el estómago. El edificio, de piedra gris, se me antojó deprimente en aquel momento. No sabía si era porque estaba recién salido del abrazo cálido y colorido de la chica que disfrutaba del proceso de sonreír, con la maravillosa lentitud con la que lo hacía, para volverme loco cuando al fin apreciaba en sus mejillas los deliciosos hoyuelos que se le formaban.

En la entrada, un anciano en bata azul, con su inicial bordada a la altura del pecho, discutía con una enfermera porque no quería ponerse la bufanda, y ella se negaba a dejarlo salir a tomar un poco de aire sin abrigarse el cuello.

Al cruzar el *hall*, supe que las ollas trabajaban a toda máquina en la cocina, preparando la sopa castellana que acostumbraban a tomar cuando llegaba este tiempo. Nunca he sabido por qué estos lugares tienen la capacidad de recordarte que el final de todos acaba llegando de manera similar, con sopas, arrugas y nostalgia.

Encontré a mi abuela en la sala común, sentada en su silla de ruedas junto a una ventana. Tenía el pelo corto y muy blanco, tan

fino que parecía un diente de león, y descansaba sus manos temblorosas en el regazo.

—Abuela —Me acerqué a ella y le hablé bajito.

Alzó la cabeza con lentitud, como si mi voz le llegara desde un lugar lejano, y sus ojos, de un azul ya casi apagado por los años y la tristeza, tardaron en enfocarme.

—¿Joel? —preguntó, pareciéndome durante un instante que brillaban.

Me agaché para besarle la frente a la mujer que veneraba.

—Sí, soy yo.

Me observó en silencio, quizá reconociendo mi rostro, pero confundiéndolo a la vez con otros mil que se le emborronaban en la mente. Después sonrió, abriendo mucho los ojos como muestra de sorpresa.

—Has crecido mucho, pequeño.

Quise responderle con una sonrisa, pero no podía, porque no me resignaba a que el olvido me arrebatara a la mujer más fuerte que había conocido. La que me llevó de la mano al colegio cada mañana cuando mi madre murió y la que me arropaba todas las noches antes de dormir. Se me partía el alma al verla allí, atrapada en un cuerpo que la traicionaba y en una memoria que se deshacía como un castillo de arena en la orilla de la playa.

—Abuela —dije, con un nudo en la garganta—. Tengo que hablar contigo de algo.

No estaba seguro de si era correcto cargarla además con aquello, pero necesitaba decirlo, y que ella supiera lo que estaba a punto de ocurrir.

—Él —titubeé—… va a salir de prisión.

Sus manos se crisparon apenas un segundo sobre la manta a cuadros verdes que le cubría las piernas. Sus ojos se desviaron hacia la sierra, a través de la ventana.

—El tiempo es una alimaña de lo más rara —murmuró—. Corre y se esconde… y de pronto vuelve.

Me senté frente a ella, inclinándome, buscando atrapar esas palabras antes de que se perdieran en el aire para siempre.

—¿Lo recuerdas? —insistí—. ¿Recuerdas lo que pasó con mamá?

Ella giró la cabeza, y, durante un instante, me heló la sangre, porque me miró como antes. No como una anciana perdida en su demencia, sino como la mujer que sabía más de lo que jamás salía de su boca.

—Todos creen lo que yo dije —susurró.

La frase me atravesó como una flecha lanzada de manera certera al corazón.

—¿Qué me quieres decir? No te entiendo. ¿Por qué motivo no iban a creerte? —Me pasé la mano por el pelo, alterado.

Pero no respondió enseguida, sino que bajó la mirada hacia sus manos, temblorosas.

—Aquella noche no hubo una sola víctima. Fueron dos.

—¿Dos? —repetí, casi sin voz—. No comprendo. ¿Qué quieres decir?

—Era lo que debía hacer por mi hija. Él la engañó, y yo… —suspiró, cansada, y cerró los ojos un instante. Cuando volvió a abrirlos, ya no había la misma lucidez en ellos. Esa claridad fue igual de fugaz que el fuego de una cerilla.

—Sigue, abuela. —Tomé su cara entre mis manos.

—Estoy cansada, Joel —se excusó en voz baja, buscando con la mirada a la enfermera que pasaba por el pasillo—. ¿Podría…?

La mujer de uniforme se acercó con gesto amable y me sonrió, pidiéndome que tuviera paciencia con ella.

—Es mejor que descanse un poco —me aconsejó con amabilidad.

Yo me quedé sentado en una butaca, incapaz de moverme, sintiendo la caricia que mi abuela dejó en mi mano antes de irse, como si con ese gesto pusiera un punto final a nuestro encuentro.

—Vuelve pronto, mi sol. Me ha gustado verte —susurró.

Salí de la residencia con la cabeza hecha un torbellino. El aire frío de la sierra me golpeó en la cara como una bofetada, pero no me despejó. «Dos víctimas». Esas dos simples palabras martillearon mi sien, despertándome un repentino dolor de cabeza.

Mientras conducía de vuelta, pensé en mi infancia, en cómo me había repetido siempre que papá era un asesino que había destrozado nuestra familia. Lo creí sin dudar, pues yo había presenciado aquella noche cómo mi madre se desangraba sobre las baldosas blancas de la sala de estar, mientras él huía como el cobarde que era. Lo odié con todas mis fuerzas, tanto de niño, como de adolescente y de hombre. Pero… ¿qué significaba aquello de las dos víctimas y de lo poco que conseguí hablar con mi abuela?

Encendí la radio, buscando distraerme. Una voz alegre hablaba de atascos y de música pop en español, apagándola al instante.

No soportaba la despreocupación en el mundo cuando por dentro yo llevaba esas dudas que me carcomían tras la conversación que acababa de mantener con ella.

Pero lo peor no era no tener respuestas, sino sospechar que todas las preguntas estaban mal planteadas y, desgraciadamente, no sabía cómo hacérselas de la manera correcta.

Capítulo 22

El domingo no vi a Emma, porque, según me contó, tenía rodaje, por lo que el lunes, cuando esperaba en la puerta de embarque del vuelo con destino a Nueva York, me puso una sonrisa en los labios recibir un par de mensajes suyos deseándome un buen viaje. Me pregunté, por puro aburrimiento convertido en deporte mental, si en una de esas películas que ella protagonizaba, la mujer aparecería corriendo por la terminal, jadeante, con la bufanda mal puesta, para detenerme con una confesión romántica que arrancase más de un suspiro al público mientras yo dejaba caer el pasaporte al suelo, vencido por la emoción.

Pero mi realidad no era una película barata, sino una que podría considerarse de alto presupuesto, con cámaras perfectamente calibradas, contratos con cláusulas absurdas y cenas donde se decidía el tono de lo que aún no se había rodado. No había terminales llenas de aplausos ni música ambiental, pues este guion hablaba de la pérdida, del milagro de renacer y de cómo un hombre que acostumbraba a mirar la vida desde lejos daba sus primeros pasos aprendiendo lo que significaba implicarse en eso de vivir. Ese no era el momento del amor, ahora solo había negocios que cerrar. Y el inicio sentimental de algo importante con Emma debía resistir unas fiestas con cada uno en su hemisferio.

El vuelo no fue incómodo, a pesar de que se me hiciera especialmente largo. Hubo silencio, me dieron una manta fina que no abrigaba y vino tinto servido con sonrisa agradable pero automática. Intenté dormir sin conseguirlo, por lo que decidí releer el guion de la película de Patrick Clark por enésima vez. «Serás mi historia». El título ya decía bastante, especialmente si le tapábamos el posesivo. Por otra parte, el personaje principal, o sea el mismo autor, tenía más matices de los que cualquiera esperaría, además de algún que otro punto en común conmigo.

Aterrizamos con una sacudida que me recordó lo vulnerables que somos en el aire. No obstante, cuando miré por la ventanilla y vi Manhattan encendida con miles de luces, algo se recolocó dentro de mí, volviendo a dirigir mi personalidad la parte de ejecutivo con entusiasmo por su profesión capaz de lograr lo imposible.

En la terminal, un conductor me esperaba con un cartel donde habían escrito mi nombre con un error ortográfico que me hizo sonreír: «Joel Jiménes» Cansado de no hacer nada, y necesitando estirar las piernas, subí al coche, y el mismo chófer me abrió la puerta al llegar al Plaza.

No era la primera vez que estaba allí, pero su elegancia y el ambiente que se respiraba en el interior continuaban impresionándome de la misma manera. Los techos altos, el mármol, la calidez de la madera y ese aroma sutil a lujo antiguo, pero actual, eran su mejor carta de presentación.

Subí a la *suite* y dejé la maleta sobre el banco tapizado de color azul al pie de la cama. Las cortinas estaban abiertas y, frente a mí, el ventanal ofrecía una vista perfecta de la Quinta Avenida, adornada con luces navideñas que brillaban con más brío, si cabe, que en Madrid.

La habitación era amplia y pulcra hasta el exceso, y estaba decorada con una alfombra beige, sobria y elegante, una lámpara de araña con cristales colgando con cierto aire teatral, dos sillones dispuestos para acoger una conversación que nunca tendría lugar, ya que yo estaba solo en la ciudad, y una cama enorme que me hizo ojitos para que me lanzara con un doble tirabuzón.

Me duché sin prisa, dejando que el agua caliente arrastrara parte del cansancio del vuelo, aunque no pudo llevarse ninguno de los pensamientos que iban conmigo.

La imagen de Emma se coló en mi cabeza sin previo aviso. Su risa, su manera de mirar cuando quería disimular interés y el modo en que me tocaba el brazo, como si ese gesto no dijera mucho más de lo que aparentaba o de lo que quería admitir.

Me tumbé en la cama, sobre las suaves sábanas y perfectamente lisas, llevándome la almohada a la nariz, en un gesto tonto, al buscar en vano el perfume de Emma en ella.

Nueva York era preciosa en Navidad, no se le podía negar el mérito. Tenía ese aspecto de clásico del cine con aire de ciudad que se sabía preciosa, pero a la vez solo accesible para los afortunados, ante quienes lucía todos sus encantos en un derroche de indiferencia, cine, soledad, historia, luces, sueños y escaparates. Sin embargo, habría sido infinitamente más hermosa si ella estuviera allí conmigo.

Cerré los ojos. Necesitaba descansar, ya que el día siguiente iba a ser largo. Repasé punto por punto lo que debía hacer, desde acudir al rodaje y a un par de reuniones, hasta realizar el informe sobre mis primeras impresiones, los tonos del diálogo, las posibilidades de adaptación para serie, y demás detalles que había que estudiar.

Capítulo 23

Buscaba relajarme con una ducha después de una larga jornada de trabajo. El agua caía con fuerza sobre mis hombros sin conseguir desprenderme del cansancio de los eventos a los que tuve que asistir ese día. Me incliné hacia delante y dejé que el chorro caliente me golpeara la nuca, buscando alivio a la rigidez de mi cuello, debido a que no había podido descansar en condiciones desde que llegué.

Nueva York bullía tras los cristales de las ventanas, distante y perversamente elegante, pero no era Madrid. Todo estaba marchando genial en mis asuntos, pero yo estaba demasiado lejos.

Pensé en mi abuela, en la llamada que me había hecho Braulio hacía unas horas, anunciándome la puesta en libertad del asesino de mi madre, y todo daba vueltas en mi interior, revolviéndome las tripas.

Me pasé las manos por la cara, respiré hondo y salí de la ducha con la necesidad de abandonar ese combate cuerpo a cuerpo conmigo mismo, porque sentía que las fuerzas se me agotaban por momentos.

El baño de la suite aseguraba aunar confort y lujo, pero nada de aquello me hacía sentir mejor, a pesar de estar rodeado de mármol blanco, toallas que parecían acariciar más que secar y detalles en oro que bien podían haber salido de uno de los doscientos cuartos de baño de un jeque árabe. Un lujo vacío que siempre me daba pereza y me imponía cierta distancia por la innecesaria opulencia que exhibía. Todo estaba tan cuidadosamente dispuesto que daba miedo tocarlo, como si cada uno de mis gestos pudiera arruinar la escena.

Me asomé a la ventana con la piel aún húmeda y el albornoz puesto. Afuera, las luces navideñas de la Quinta Avenida insistían en recordarme que el mundo giraba al ritmo de villancicos, como si

nadie pudiera sospechar que en estas fechas también hay quienes solo desean desaparecer, tal y como era mi caso.

Y entonces, como pasa siempre que bajo la guardia, llega ella. No Emma, sino mi madre.

Me veo con siete u ocho años, en la vivienda del pueblo. Era Nochebuena y en la mesa había sopa de fideos y cordero al horno. Llevo un jersey navideño de lana que pica y me atosiga, con los llamativos colores de la Coca-Cola. Ella, maquillada más de lo habitual y con el pelo recogido y adornado con unas bonitas horquillas brillantes, se esforzaba por mantenerlo todo en orden. Quería que esa noche fuera distinta.

Él llegó tarde y la sopa ya estaba fría. No me apetece comerla y juego con la cuchara en el caldo. Mi madre le echa en cara algo de un perfume que no entiendo, cuando se acerca a él para abrazarlo.

El plato voló. No sé qué ocurrió, porque tenía sueño y estaba en pleno bostezo, tan solo vi que se hizo añicos contra el suelo con un estrépito seco que me hizo dar un bote en la silla. Yo no entendía nada de lo que pasaba allí y eso hizo que rompiera a llorar.

Esa noche ella también lloró delante de mí. No lo hacía a menudo, pero esa vez se quebró, como el plato, sentada en el suelo, con las manos manchadas de grasa de los trozos de porcelana que recogía. La vi más pequeña que yo, frágil, diminuta. O eso parecía, porque, a continuación, se levantó, se secó las lágrimas con el dorso de la mano y se puso a gritar.

—Si crees que podrás salirte con la tuya, vas listo.

La angustia del recuerdo es tan nítida que hizo que me tambalease. Despacio, di un par de pasos atrás y me senté en la cama, sudando a pesar de la temperatura justa del cuarto. Apoyé los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos, respirando con esfuerzo.

No quería estar en Nueva York. No esa noche, ni mañana, ni ninguna otra. Madrid me llamaba con desesperación.

Miré el reloj del móvil para comprobar que quedaban setenta y dos horas. Tres días. Tres jodidos días para volver.

El tiempo tiene una lógica que me resulta de lo más cruel. Cuando duele, se arrastra, mortalmente lento, pero cuando

sonreímos, vuela, llevándose el instante con él.

Volví a tumbarme. Sin embargo, el sueño no regresaba. Podía cruzar océanos, ocupar una *suite* del Plaza en diciembre, con vistas al Central Park y al Empire State, y seguir atado al comedor de la casa en la que pasé mi infancia, oliendo al cordero con hierbas que asaba mamá, con el estómago encogido.

Me prometí no ser como él, y en parte lo he cumplido. No discuto ni grito, pero he elegido alejarme, huir del amor, de lo tierno, de todo lo que me comprometa más allá de los contratos. El dolor de entonces se convirtió en un manual de instrucciones para no volver a acercarme a nada que pueda herirme de nuevo.

Sonreí al pensar en ella.

En Emma con sus bromas, con su risa libre y lo labios manchados de salsa en un asiático. Con su forma de mirarme, como si jamás actuase.

Emma removía en mí una necesidad que creía anulada. Ella había avivado en mí las ganas de quedarme y de pertenecer a algo que pudiera llamarse relación.

Me giro sobre la almohada fría. Me gusta esa sensación en la piel, pues me recuerda que el tiempo sigue avanzando, aunque duela. Cada noche sin ella es una noche menos para volver a verla.

Supongo que habrá muchas definiciones del amor, pero, para mí, es el hecho de saber que alguien está al otro lado del océano, esperando sin exigencias. Que no va a correr al aeropuerto a detenerme, porque eso sería otra película; una plana, ligera y sin matices. Emma es diferente. Ella me dejaría ir si tengo que hacerlo, ya que esta es nuestra vida, y eso me gusta.

Respiro hondo, obligándome a cerrar los ojos de nuevo. Setenta y dos horas. Tres días más de rodajes, reuniones y sonrisas ensayadas. Luego, el vuelo de regreso a Madrid, y quizás a ella, si es que aún quería formar parte de mi futuro.

Ya era hora de comenzar a vivir sin miedos.

Capítulo 24

La habitación estaba mucho más silenciosa de lo que había imaginado para ser un set, y eso que ya había visto bastantes. En la *suite* del Plaza reinaba la tensión ante uno de los momentos clave del libro de Clark, y también de su vida, puesto que, como sabemos, la película estaba basada en hechos reales, según la novela que envió a la editorial en aquel momento crucial. Odio los destripes, así que te hablaré de esta grabación hasta donde pueda.

Las luces coloreaban las paredes en tonos cálidos y acariciaban el papel pintado con suavidad. Las cámaras, apostadas a los pies de la cama y en el salón, eran las únicas espectadoras reales de aquel instante.

El actor que interpretaba a Patrick se detuvo en la sala y soltó un monólogo acerca de un vestido que había regalado a su musa para acudir con él al estreno de lo que pensaba que era una peli basada en uno de sus thrillers. Su interpretación fue sublime.

El plano se cerró en su rostro, en esa expresión pícara que no necesitaba música ni aditivos.

No era el tipo de guion comercial o de cine que me habían descrito en las escuelas, ni el que levantaría premios en las galas, pero tenía alma, y eso era innegable. Desde mi lugar, tras el combo, observando el monitor, comprendí que a veces bastaba con que algo diferente pudiera sorprenderte de esa manera.

El director levantó la mano y marcó el corte. No hubo aplausos, porque nunca los había en rodajes así. pero el ambiente se aflojó un poco tras la finalización de la escena. Presencié asentimientos y miradas cruzadas entre los distintos responsables, señal inequívoca de que la escena había quedado mucho mejor de lo esperado.

Me despedí del equipo sin interrumpir el trabajo de quienes comenzaban a preparar todo para la escena en la que la actriz que

interpretaba a Violet llegaba, vestida de gala, para acompañar al autor en esa noche que terminó siendo una de las más románticas del libro, a pesar de que este fuera toda una sátira y ridiculización constante de las típicas novelas románticas con *spicy* de la actualidad. Estreché algunas manos, devolví sonrisas y salí.

No tenía que quedarme al siguiente plano, pues mi cometido allí había terminado, y ya casi podía apreciar el sonido de los adoquines de Malasaña bajo mis zapatos.

Bajé en el ascensor hasta la recepción y salí a cumplir con mi siguiente tarea allí.

Nueva York, en diciembre, me regalaba una abrumadora cantidad de imágenes de cine fácilmente reconocibles.

Miré hacia arriba, donde hileras de estrellas luminosas colgaban entre los edificios. Árboles de Navidad y trineos iluminados llenaban escaparates, y en cada esquina sonaba el *ding ding* de una campanilla usada por unos Santa Claus de lo más variopintos.

Caminé hasta Central Park con las manos en los bolsillos para protegerme del viento cortante, al haberme dejado los guantes en la habitación. Los árboles desnudos dibujaban siluetas de ramas negras sobre el cielo gris perla, y el suelo guardaba restos de la nevada breve de hacía un par de días, convirtiendo las aceras en peligrosas pistas de patinaje sobre el hielo sucio.

Crucé la verja de la calle 59 y avancé por uno de los senderos principales del Central Park. El parque se encontraba extrañamente tranquilo a esas horas.

Me fijé en una mujer que paseaba a su perro, con abrigos navideños a juego, y en un grupo de adolescentes que se hacía fotos con tazas de cartón rojo, y dos corredores pasaron veloces junto a mí, lo que me llevó a pensar en que ya llevaba demasiados días sin salir a correr por El Retiro.

Había quedado en ver a Lisa cerca de The Mall, donde los árboles formaban una alineación curiosamente perfecta. Ella ya estaba allí, con el abrigo abierto y una bufanda más estética que útil, como si fuera inmune al frío neoyorkino.

Nos sentamos en el interior del local, con dos humeantes tazas de café delante, y le hablé del proyecto, que ella escuchó con

educación, pero también con un poso de amargura, como si me suplicara en silencio que no tocara el tema en el aspecto personal. Apenas habló, limitándose a asentir a lo que yo le comentaba y, un rato después, con los restos del café ya fríos en las tazas, le dio un último sorbo a la suya y estrechó mi mano como despedida.

—Sé que trataréis el tema con el mayor respeto. Gracias. —Esbozó una pequeña sonrisa y salió del local.

Me quedé con la sensación de que algunas personas aparecen en el momento exacto y luego se disuelven, como un buen plano. Esperaba que ella tuviera más suerte y él apreciara aquello que estaba haciendo por su carrera.

Regresé al hotel a pie, cruzando por Columbus Circle hasta la Séptima Avenida. Al llegar al Plaza, sonreí, admirando la fachada, que era uno de los mejores decorados navideños que había visto allí.

Ya en mi habitación, abrí las cortinas y supe que me quedaban muchas cosas por ver allí. Quizás algún día fuera posible recorrer la ciudad con Emma.

Pensé en el rodaje, en el actor, en el plano que se me había quedado en la mente y, luego, en mí mismo, observando, actuando a mi manera dentro de otra historia.

—Es curioso ver el rodaje de una película cuando tu vida es otra —susurré.

Capítulo 25

En cuanto el avión tomó tierra y desembarqué, detuve un taxi a la salida de la terminal y me marché directamente a la oficina para dejar todo terminado cuanto antes e irme a comer esa tarde con Juanlu y su chica en Lavapiés.

En cuanto las puertas del ascensor se abrieron, lo primero que vi fue a Marta, que salía de mi despacho con una sonrisa festiva, acorde con el jersey que llevaba puesto, de un llamativo color rojo con un reno bordado en el centro. Fruncí el ceño al ver su gesto de complicidad conmigo, saludándome radiante, con movimiento de la mano incluido, y eso solo lo veía en ella cuando tenía alguna buena noticia que comunicarme.

—¿Soy el nuevo CEO de la firma? —pregunté, con el mismo matiz de felicidad que yo veía en su cara mientras me desabrochaba los botones del abrigo.

—No, aunque sé que no tardarás mucho en lograr ese puesto. Es algo que me parece muy bonito, y más en estas fechas. Tienes visita.

«Visita». Lo dijo con un entusiasmo tan arrollador que, en cualquier otro momento, me habría contagiado. Era diciembre, las luces de Navidad inundaban Madrid y yo mismo había sentido algo similar a eso que llaman ilusión esos días.

Sonreí sin querer.

—¿Y quién es? —pregunté, con ese deje infantil con el que ella me estaba hablando.

Marta se encogió de hombros.

—No pienso estropearte la sorpresa. Está en tu despacho y sé que te encantará. —Se subió las gafas y dio un paso al lado para dejarme entrar.

Me lo imaginé al instante: sería Emma, adelantándose sin avisar para verme en plena jornada, o quizá algún regalo de alguna de las productoras.

Me di cuenta de que la puerta de mi despacho estaba entornada. Respiré hondo antes de empujarla y la abrí, expectante por encontrarme con esa gran sorpresa navideña, pero lo que me encontré allí dentro no era, en absoluto, lo que esperaba.

Un hombre que estaba sentado en una de las butacas, con la espalda recta y las manos cruzadas sobre sus piernas, levantó la vista hacia mí apenas entré. El tiempo había hecho estragos en su rostro, en el que se apreciaban arrugas profundas y ojos cansados, como si la vida le hubiera pasado por encima como una apisonadora, pero lo reconocí de inmediato. Lo reconocería en cualquier parte, aunque nos hubieran separado un par de décadas.

Era el hombre al que un día llamé padre.

Me quedé clavado en la entrada, con el corazón latiéndome feroz bajo las costillas. No supe si cerrar la puerta y pillar el primer vuelo de regreso a Nueva York, o a cualquier destino lo más lejos posible de allí, o si lanzarme contra él con toda la furia que llevaba acumulada desde que era niño. Me giré y me dirigí, a grandes zancadas, hasta la mesa de Marta, donde cuchicheaba con una de las chicas de la limpieza.

—¿Se puede saber qué cojones te hizo pensar que podías dejar entrar a ese tipo en mi oficina? —alcé la voz, y ella me observó con los ojos abiertos como platos y el rostro desencajado, sin saber qué contestar.

—Yo pensé que… Me dijo que era tu padre y… —balbuceaba, nerviosa.

—¿Y piensas dejar entrar a cualquier psicópata que venga diciendo que es mi padre, Marta? —chasqueé la lengua, fastidiado, y ella se levantó, aún no sé para qué.

—No lo vi peligroso y me dijo que necesitaba hablarte. Puedo llamar a seguridad. Perdona, Joel. Ahora mismo lo arreglo. —Se limpiaba las manos en el pantalón, compulsivamente, viendo que había metido la pata.

—No hagas nada, ya lo solucionaré yo —murmuré, dirigiéndome al lugar donde el destino me había tendido aquella encerrona.

—Joel, hijo… —comenzó él, con una voz grave y ronca que no me produjo ninguna emoción escuchar.

—Jamás vuelvas a usar esa palabra cuando te dirijas a mí —apreté los dientes, cerrando la puerta para que nadie supiera qué pasaba allí.

—Te pido diez minutos —se puso de pie para acercarse a mí, e interpuse mi mano entre ambos como única forma de evitar que se me acercase.

—Tienes cinco. Suelta lo que sea y márchate —ordené, con un tono tan frío que ni yo mismo me reconocí, quedándome a la espera tras la mesa.

Él asintió sin hablar, como si hubiera previsto mi hostilidad antes de llegar allí.

—No te culpo por recibirme así. Sé que no tengo derecho a pedirte nada.

Me eché hacia delante, apoyando las manos sobre el borde del escritorio.

—Entonces no lo hagas. Te lo repito: suelta lo que hayas venido a decirme y vete.

El sonido de los teléfonos del exterior y los murmullos de las conversaciones se mezclaban con su respiración, pausada, pesada, que daba la impresión de que cada palabra que iba a pronunciar le iba a costar un mundo.

—Tu madre —empezó, bajando la vista—… lo que pasó aquella noche no fue como te lo contaron.

—Te recuerdo que yo estaba allí —la mandíbula me dolía de la presión y sentí cómo la sangre me golpeaba las sienes. Cerré los puños hasta sentir en mi carne la presión de las uñas—. No te atrevas a decir que no ocurrió, porque mi madre está muerta, y es por tu culpa.

—Déjame hablar, por favor —pidió, levantando la vista. Había una súplica en sus ojos, un destello por el que se colaba algo que se podría llegar a confundir con el arrepentimiento, si los monstruos tuvieran alma—. Ella descubrió que yo estaba con otra mujer. Intenté hablarlo muchas veces con ella, le dije que quería divorciarme, pero no lo aceptaba. Si quieres que te diga la verdad,

aguanté todo lo que pude en casa porque no quería perderte, a pesar de que te parezca que alguna vez fui duro contigo. Esa noche le confesé que iba a ser padre con la mujer con la que era feliz.

Cada palabra me taladraba, haciendo que el aire de mi oficina se volviera irrespirable.

—Y entonces, Joel —prosiguió, con la voz quebrada—, ella me atacó. Estaba cenando y tenía el cuchillo en la mano. Se lanzó contra mí, rabiosa. Yo intenté detenerla, forcejeamos y caímos. Ella… ella cayó conmigo encima, y el cuchillo… ¡Dios mío! Yo no quería que aquello sucediera. —Se cubrió los ojos con las manos, sobrepasado por aquel recuerdo.

Me aparté bruscamente, como si sus palabras fueran veneno.

—¡Cállate! —grité, notando cómo mi cuerpo convulsionaba por dentro—. ¡No uses a mi madre para limpiar tu mierda!

Él agachó la cabeza, apesadumbrado. Podría jurar que vi lágrimas en sus ojos.

—Nunca quise que ocurriera. Fue un accidente del que me declararon culpable porque tu abuela declaró que yo la había atacado a sangre fría. Pasé años en la cárcel pagando por algo que no fue como todos creen.

Me llevé las manos a la cabeza. Sentía un pitido agudo en los oídos y notaba que mi cuerpo estaba a punto de estallar.

—¿Pretendes que te crea y que borre todo lo que he vivido, todo lo que me han contado, solo porque ahora vienes a darme tu versión? Estás loco. Yo estaba allí. ¡Estaba allí y lo vi!

—Eras muy pequeño. No sé en qué momento llegaste, hijo, pero yo no hice nada por atacarla, solo me defendí.

—Yo… Mi abuela… —titubeé.

—No pretendo que me perdones —respondió con resignación —. Solo necesitaba contártelo para que supieras la verdad.

Me reí, pero fue una carcajada de amargura.

—¿La verdad? La única verdad es que mi madre está muerta, y que desearía que también lo estuvieras tú. De hecho, lo has estado para mí todos estos años.

Él respiró hondo, tragó saliva y asintió despacio.

—Lo sé. Y quizá siempre lo estaré para ti. Pero antes de irme hay algo más que debes saber.

No quería oírle más. Y, sin embargo, lo escuché.

—Tienes una hermana. Gabriela es veterinaria y vive en Pinto. Si algún día quieres conocerla, este es su número.

Sacó un papel doblado del bolsillo de su chaqueta y lo dejó sobre el escritorio, entre nosotros.

No lo toqué. Ni siquiera lo miré. Me quedé fijando la vista en sus manos, temblorosas, en el desgaste de sus uñas y en las arrugas de su piel.

—Eso es todo. Debajo también está mi número de teléfono. Viviré en la casa que fue de mis padres, en el pueblo, por si deseas que… —Sacudió la cabeza y sonrió con tristeza—. No sé… si algún día te apetece que nos sentemos a hablar.

Yo no me moví. No podía. La ofuscación era tal que apenas recordaba cómo se respiraba. Vi su silueta dirigiéndose a la puerta para abrirla con un gesto lento, y durante un instante tuve la sensación de que la oficina entera giraba ante mis ojos.

Cuando se marchó, el silencio que quedó fue angustioso. Me dejé caer en la silla y contemplé el papel que seguía ahí, esperando a que yo fuera lo suficientemente fuerte como para abrirlo. Mi padre había dicho «accidente», mi abuela siempre dijo «asesinato», y mi madre ya no podía decir nada, dejándome atrapado entre esas versiones, sin saber a quién creer.

Me llevé las manos al rostro en un intento de calmar la rabia, el dolor y esa especie de vacío que me revolvía el estómago. Quise gritar, pero no salió ningún sonido, solo un pensamiento:

¿Y si todo lo que sabía era mentira?

¿Era a eso a lo que se había referido mi abuela con lo de las dos víctimas? ¿Mintió ella para que lo condenaran y así para vengar la infidelidad que tuvo que soportar su hija?

Cerré los ojos e intenté recomponerme, pero la imagen de ese hombre sentado en mi despacho volvía una y otra vez a mí, como un plano que alguien hubiera dejado en bucle en el monitor de un rodaje maldito.

«Fue un accidente.»

«Tu madre me atacó.»

«Forcejeamos.»

«Cayó.»

Me levanté de golpe del sillón, porque el espacio de la oficina se me estaba quedando pequeño y me asfixiaba. Caminé en círculos, pasando una y otra vez frente al papel doblado que me negaba a mirar, pero cada vez que apartaba la vista, mis ojos volvían a caer en él.

Marta llamó suavemente a la puerta.

—¿Todo bien?

No respondí. Me quedé quieto, conteniendo la respiración, hasta que escuché sus pasos alejándose. No podía hablar. No podía arriesgarme a pagar con ella lo que acababa de suceder allí.

La imagen de mi madre apareció con una claridad que me sobrecogió. La vi en la cocina, sacando la fruta para el postre de la cena, con ese gesto de cansancio que siempre tenía. La vi conmigo de niño, acariciándome el pelo y riéndose a carcajadas con mi abuela. Y, de repente, la vi con un cuchillo en la mano, lanzándose contra él.

Sacudí la cabeza con violencia. No. No podía ser. Ella no era así. Ella nunca haría eso.

Pero ¿y si lo era? ¿Y si había llegado a ese punto de desesperación?

Apoyé la frente contra la ventana, mirando la ciudad a lo lejos.

No sabía en quién confiar, puesto que mi abuela me había repetido mil veces la misma versión, en la que él mató a mi madre porque era un mal hombre. Crecí con esa verdad dentro y construí lo que soy alrededor de ese odio. Sin embargo, ahora él venía a desarmarlo todo con una sola frase.

Me senté otra vez en el sillón, derrotado. El papel seguía allí, así que lo cogí, con los dedos temblorosos, y lo abrí.

«Gabriela», y un número de teléfono escrito con letra apresurada. Debajo, «papá», con el suyo y el lugar en el que hallarlo.

«Una hermana», se me repitió mentalmente en bucle. «Veterinaria». «Vive en Pinto». Una vida construida lejos de mi

desastre. ¿Sabría ella de mí? ¿Sabría quién era yo?

Guardé el papel en la cartera, sin pensarlo demasiado, como si así pudiera librarme de él al ocultarlo en un rincón donde no pudiera hacerme daño, aunque de sobra sabía que ya me lo había hecho.

Me levanté y salí del despacho. Marta me miró al pasar, con gesto interrogante, pero no me detuvo.

—Salgo, Marta. Discúlpame por lo que sucedió. Tú no sabías nada.

Fui directo al garaje y subí a mi coche, que había dejado allí antes de salir a Nueva York, arranqué y puse rumbo a la ciudad.

Tenía una hermana. ¿Cómo sería? Podría llamarla. Podría hacerlo ya mismo. Pero ¿qué le diría? ¿Que yo también era hijo de ese hombre y que acababa de enterarme de su existencia? ¿Le diría que mi madre murió y que no sabía si llamarla hermana o error?

Cerré los ojos, todo se quedó a oscuras y lo último que oí fue el sonido de un claxon.

Capítulo 26

Un destello blanco me cegó y un estruendo metálico me aturdió por completo. Sentí el cuerpo sacudido con violencia contra el cinturón y cómo mi cabeza golpeaba en el reposacabezas. Fueron unos segundos eternos en los noté cómo la vida entera se me escapaba en un zarandeo brutal.

El coche giró sobre sí mismo. Eso lo recuerdo como una sucesión de imágenes inconexas en las que el parabrisas se convirtió en una telaraña de cristales; el volante se escapó de mis manos y el asfalto dio vueltas, arriba y abajo, como si yo fuera la punta de flecha en una dolorosa ruleta en la que un latigazo me atravesó el hombro derecho.

El silencio llegó después, tan absoluto que me hizo temer que todo hubiera acabado para mí. Solo percibía el fatídico olor a gasolina, a goma quemada y a chapa caliente. Abrí los ojos con dificultad, temeroso de comprobar la gravedad de mi estado, y quise moverme, pero mi brazo estaba inerte. Sentí la humedad bajando por la cara, y me aterró no saber si era sudor, sangre o ambas cosas.

«Estoy vivo», pensé, incrédulo, pero la calma me duró poco. Voces lejanas gritaban y unos nudillos golpearon el cristal de la ventanilla.

—¡Eh! ¿Me escucha? ¡No se mueva! —se dirigió a mí una voz masculina entrecortada.

Cuando giré la cabeza, el mareo me hizo cerrar los ojos de nuevo. El sabor de mi saliva me indicó que estaba sangrando, por lo que traté de respirar hondo, notando cómo cada bocanada de aire me quemaba en las costillas.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que escuché la sirena. Mientras, yo solo trataba de aferrarme a la idea de no morir allí.

Desperté con la sensación de estar flotando en medio de una claridad que lo inundaba todo. Tardé varios segundos en darme

cuenta de que me encontraba en una cama de hospital, conectado a una vía y con el brazo derecho inmovilizado en un cabestrillo. Tragué saliva, pero mi garganta estaba totalmente seca y no había una parte de mí que no me doliera.

Me incorporé un poco, despacio, y me sorprendí al ver allí a Juanlu, sentado en una silla junto a mí.

En cuanto notó que me movía, alzó la vista y soltó un suspiro de alivio.

—Hostia, Joel… Pensé que no lo contabas.

Intenté hablar, pero la voz me salió ronca, como una especie de murmullo.

—¿Qué… ha pasado?

—Un accidente. Un coche se saltó el semáforo y colisionó con el tuyo. —Se pasó una mano por la cara, agobiado—. Si no fuera porque ibas con el cinturón, ahora mismo estaríamos hablando en otro sitio.

Cerré los ojos, asimilando la información, con los latidos del brazo que me hacían sentir como si me lo hubieran grapado.

—¿Estuve mucho tiempo inconsciente?

—Unas horas. Te operaron para recolocarte el hombro. —Sonrió, cansado—. Y tienes la cara como si hubieras peleado con Miki. ¿Te acuerdas? El grandullón aquel que nos zurraba de lo lindo en el instituto. Pero no te preocupes, que ya eres feo de por sí, así que no te dejó peor.

—Cabrón —musité, y no pude evitar soltar una risa ahogada, que terminó en un gemido de dolor, haciendo que Juanlu se inclinara hacia mí preocupado.

—Tío, me diste un susto de muerte. La que me avisó fue Laura, ¿te lo puedes creer? Estaba en urgencias cuando te trajeron. Vio tu nombre y me llamó enseguida para preguntarme si tú eras el Joel con el que habíamos quedado para comer.

El silencio se instaló entre nosotros. Yo miré al techo, repasando cada segundo anterior al accidente: el volante, el pitido del claxon, el pensamiento fugaz de mi hermana, la palabra «padre» retumbando en mi mente como un intruso al que no deseaba darle cabida.

—Juanlu… —dije, al cabo de un rato.

—Dime.

—Aunque el otro conductor se haya saltado el semáforo, debo ser sincero y decir que no lo vi venir, porque mi mente estaba lejos de la carretera.

Por primera vez en mi vida le hablé a alguien acerca de la muerte de mi madre y de lo sucedido con el que se hacía llamar mi padre.

Necesitaba desahogarme, y Juanlu, una vez más, me demostraba que siempre podría contar con su amistad.

La madrugada me encontró despierto en medio de ese silencio extraño, solo roto por las alarmas de aviso de las habitaciones con las que se te encoge el corazón con cada timbrazo de noche en los hospitales. Cogí el móvil de la mesita con dificultad y lo sostuve con la mano buena para abrir la aplicación de mensajes. El corazón me golpeaba el pecho como si escribir esas dos únicas palabras me estuviera suponiendo un esfuerzo sobrehumano.

«Necesito tiempo.»

Lo envié. Eso fue todo. No «papá» ni un saludo. Solo eso: tiempo.

Apagué el móvil y lo dejé de nuevo sobre la mesilla. No quería seguir emponzoñando mi vida con lo que fuera que hubiese pasado. No lo quería, pero necesitaba dejar de odiarlo. Me giré despacio en la cama, con cuidado de no mover el brazo, y cerré los ojos. Las lágrimas llegaron sin que pudiera impedirlo, y lo jodido es que no sabía si lloraba por mi madre, por él, por mí o por esa hermana desconocida que de pronto se había convertido en un punto imposible de ignorar.

Juanlu dormía encogido en el sillón y, por primera vez en mucho tiempo, agradecí a la fortuna que hubiera vuelto a ponerlo en mi camino.

Un accidente casi me había arrancado la vida, pero tal vez era también la forma que tenía el destino de obligarme a mirar de frente todo eso de lo que llevaba años huyendo.

Capítulo 27

El conductor del taxi se detuvo frente a mi edificio, y yo hice lo posible por sacar la bolsa con mi ropa, aunque con un brazo en cabestrillo cualquier acción era más torpe y hasta me costaba ponerme el abrigo sobre los hombros. Subí despacio, ya que en casa no tenía a nadie con quien reencontrarme, y encendí las luces al entrar. Como no podía ser de otra forma, todo estaba igual que cuando salí aquella mañana que parecía tan lejana, y, por alguna tonta razón, aquello me pareció descorazonador.

Me dejé caer en el sofá, agotado, y cerré los ojos un instante, hasta que el timbre sonó con insistencia.

Sabía quién era, pues yo mismo le había enviado la ubicación hacía un par de horas, con un mensaje escueto: «Estuve en el hospital estos días, pero ya estoy en casa. Fue una tontería en la carretera. Todo está bien».

Al abrir, me encontré a Emma con el abrigo puesto y mi bufanda liada al cuello, enfurruñada y con los ojos brillando de rabia.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —fue lo primero que soltó, sin un «hola» siquiera.

Me aparté para dejarla pasar, ya que, de lo contrario, estaba seguro de que se hubiera abierto paso con un empujón, y la bolsa que llevaba en la mano me golpeó sin querer la espinilla al pasar por mi lado. Seguramente sería comida o algún detalle que a mí se me antojaba innecesario. Sin embargo, viniendo de ella todo me parecía precioso.

—Emma… —empecé, buscando las palabras que le aplacaran el mosqueo que traía.

—¡Ni Emma ni Emmo! —replicó, dejando la bolsa en la mesa con un golpe seco—. ¿Te parece normal que me entere de tu accidente por un mensaje frío, sin que me hayas dado la opción de estar allí contigo? Las veces que hablamos estos días me dijiste que

estabas celebrando la Navidad con tu familia. ¿No te da vergüenza mentir con ese descaro?

Me senté, porque un leve mareo me recordó que mi cuerpo aún no estaba para enfrentamientos. Ella, en cambio, permaneció de pie frente a mí, como una juez esperando mi declaración.

—No quería estropearte la Navidad —murmuré al fin.

Sus cejas se arquearon, incrédulas.

—¿Estropearme la Navidad? ¿Me estás diciendo que casi te matas en la carretera, que pasas dos días en un hospital y que lo único que se te ocurre es pensar es en que yo cenase tranquila? —gesticuló, alterada.

—No quería que sufrieras por mí —volví a la carga de nuevo, consciente de que sonaba a excusa absurda.

Entonces se acercó, inclinándose hacia mí, y fue como pude distinguir que, además de estar furiosa, sentía miedo.

—Claro que sufrí cuando le pedí a mi hermano que me trajera, porque no sabía cómo iba a encontrarte. ¡Mira tu cara! Por Dios, si estás hecho un cuadro…

—¿Con eso pretendes animarme? —reí, y ella, al fin, pareció destensarse para sonreír conmigo.

Emma suspiró y, más relajada, se sentó a mi lado. El enfado seguía en el ambiente, pero se fue transformando en una ternura que me desarmó totalmente.

—No puedes hacerme esto, Joel. No puedes decidir por mí lo que debo o no debo vivir a tu lado. Sé que no tenemos nada serio aún, pero estos días he pensado mucho en ti. —Me miró fijamente, y sentí que sus palabras me afectaban más que el golpe del accidente —. Si tú quieres que estemos juntos, debe ser en lo bueno y en lo malo. — Tomó mi mano entre las suyas, aún heladas, y me besó con suavidad en la mejilla.

—Tengo miedo —confesé al fin.

Ella entrecerró los ojos, sin comprender.

—¿De qué?

—De arrastrarte conmigo y de que termines haciéndote daño por estar cerca de mí. Todo lo que toco se rompe. Mi familia, mis recuerdos, hasta yo mismo. —Me callé, incapaz de seguir.

Me fijé en que hacía un esfuerzo por bajar el nudo que se le había formado en la garganta.

—Yo decido dónde estar. Y ahora mismo quiero estar aquí. —Esbozó una sonrisa dulce—. No intentes salvarme de lo que no necesito que me salves. ¿Estamos?

La fuerza de su gesto me desmontó cualquier resistencia, algo que provocó que respirase hondo, apoyando la cabeza contra el respaldo del sofá mientras ella se levantaba un momento para quitarse el abrigo.

Pasamos un rato sin hablar, hasta que ella miró la hora en el móvil y fue a abrir la bolsa que había traído: sopa en un termo, pan tierno, un táper con filetes empanados y una tableta de turrón.

—¿Me dices dónde está la cocina y comemos juntos? Tenemos que celebrar nuestra comida de Navidad.

Disfruté de aquel regalo, conmovido de una manera que me resultaba difícil reconocer en voz alta. El calor de la sopa me recordaba mucho a Emma porque, al igual que ella, era ese alivio que reconforta cuando la vida te hiela por dentro.

—Gracias. —Fue lo único que se me ocurrió decir.

Emma juntó un poco más su silla a la mía y me susurró divertida.

—¿Deseas que te ayude a tomar la sopa?

—Si quieres, te digo en lo que me puedes ayudar más tarde —guiñé el ojo y reí al ver que se ponía roja.

—¿En serio? ¿Me dejarás que yo esté arriba? —partió un trozo de pan para ponerlo junto a mi plato.

—Será mejor que dejemos eso por hoy —murmuré, al darme cuenta de que no estaba para fiestas, y esa vez fue ella la que soltó una carcajada.

—Prométeme algo, Joel —habló, al cabo de un rato.

—Dime.

—Que la próxima vez me llamarás. Pase lo que pase. Prométeme que no me excluirás de tu vida cuando más necesitas que alguien esté a tu lado.

—Bien —concedí.

La miré, con la incómoda sensación de no merecerla, y reuní el valor para contarle allí mismo, sin anestesia, todo lo sucedido con mi padre. Algo que jamás había hecho antes con ninguna de mis parejas.

Me ofreció un trozo de turrón de Jijona, como si endulzar mis penas fuera la solución, y me escuchó todo el rato con atención, sin hablar, dejando que yo le contara todo lo que tenía que contarle.

—Solo le dije que necesitaba tiempo —zanjé el tema, aliviado, como si abandonar aquel lastre me hubiera quitado el peso de cargar el universo en la espalda.

—Me parece bien. Estaré a tu lado decidas lo que decidas.

Ella apoyó la cabeza en mi hombro sano y, por un instante, sentí que el mundo entero se resumía en ese gesto.

A esas horas, Madrid se encendía con las luces de Navidad, pues ya estaba anocheciendo, pero para mí el verdadero resplandor estaba allí dentro, en ese salón donde Emma y yo compartíamos confidencias y silencio.

Capítulo 28

La mañana siguiente amaneció lluviosa, pero mi interior era como un cálido día de verano mientras veía desperezarse a Emma entre las sábanas de mi cama. Nos besamos con intensidad y con prisas, pues ella debía prepararse para coger el tren con destino a Barcelona, debido a que tenía la grabación de su intervención como jurado en un concurso que se emitiría el día de Reyes. La acompañé hasta el portal, desde donde la vi marcharse a su casa en un taxi para preparar una pequeña maleta. Ya en el interior del coche, se giró una vez más para decirme adiós por la luna trasera con una sonrisa que me calentó el alma. Yo alcé la mano, en un intento de disimular que ya la echaba de menos.

Regresé al piso y encendí la tele, aunque la apagué enseguida, porque me resultaba insoportable ese ruido exterior que competía con el que tenía en la cabeza. Preparé un café que no llegué a probar y caminé de un lado a otro, con el brazo en cabestrillo, como un animal encerrado en su jaula. Fue entonces cuando decidí que no podía seguir postergando lo inevitable, así que entré en el cuarto para arreglarme. Debía ir a ver de nuevo a mi abuela.

***

Las residencias tienen ese algo que te revuelve el estómago al poner un pie en el interior. No sé si es el olor a productos de limpieza que se junta con el de la comida que sale de la cocina y del comedor, o es ese otro perfume a vida marchita y a sueños que se quedaron por el camino. Siempre llegaba a la conclusión de que no deseaba terminar allí, pasando mis días como un fantasma de lo que había sido.

Saludé en la recepción y pedí ver a mi abuela. La auxiliar, con ojeras marcadas y el pelo recogido en un moño informal, sonrió con ese gesto automático de quien ya ha repetido la misma rutina millones de veces, y me indicó el camino, como si no lo supiera ya.

Mi abuela estaba en la sala común, sentada en su silla de ruedas junto a la ventana, su lugar preferido. Tenía una mantita gris sobre las piernas y los ojos fijos en un punto indeterminado del jardín. Había otras ancianas alrededor, algunas dormidas con la boca entreabierta, otras se reían con algunos juegos de mesa, y también las había viendo telenovelas en un televisor pequeño situado en la esquina.

—Abuela —susurré, al acercarme.

Ella giró la cabeza despacio. Sus ojos se iluminaron por un instante al reconocerme.

—Joel, mi amor, has venido —sonrió con algo parecido a la felicidad —. Hace mucho que no te veía. Trabajas demasiado.

Asentí. ¿Para qué decirle que había estado allí hacía pocos días si no iba a recordarlo?

Me agaché para besarle la frente y sentí el frío de su piel, como si ella fuera un recipiente que encerraba el invierno.

—Sí, abuela. Estuve de viaje, pero tenía que venir a verte.

—¿Me trajiste roscas? Sabes que me encantan las de yema. ¿Has ido a Toledo? El mazapán también me gusta mucho —parecía animada a darme conversación.

—Estuve en Nueva York. —Acerqué una silla y me senté a su lado, cogiéndole la mano, de piel fina y cubierta de manchas de la edad, a través de la que se le transparentaba de manera llamativa las venas.

—Siempre andas liado en tus cosas —murmuró, arrugando el ceño un instante antes de acariciarme la mejilla con la punta de los dedos.

No hablamos durante un rato. Nos limitamos a mirarnos, porque no quería apresurar nada. Con el paso del tiempo había aprendido que con ella era mejor no forzar las conversaciones.

—¿Te duele mucho? —preguntó, señalando mi cabestrillo.

—No es nada grave. No te asustes, que fue una tontería.

Ella me observó unos segundos, y entonces, como si algo se abriera en su mente, preguntó:

—¿Eso te lo hizo tu padre?

—¿Cómo? —¿Por qué me preguntaba aquello?

—El hombro… —susurró—. ¿Fue él? ¿Te hizo daño porque yo mentí?

—Abuela… ¿qué estás diciendo? —insistí, con el corazón desbocado.

Ella parpadeó, y por un momento pareció confusa, como si no supiera dónde estaba. De pronto comenzó a mover las manos sobre la manta, nerviosa.

—Tu madre no quiso que él se fuera. Ella lo quería mucho a su manera —añadió, de repente, con una firmeza extraña en su voz.

—¿Entonces…? —atiné a preguntar.

Ella bajó la vista y sus labios se movieron despacio para pronunciar una frase que me heló la sangre:

—Ella no podía permitir que él se fuera. Yo mentí, y Juanillo lo sabe.

De un segundo a otro cambió el gesto, sonrió como una niña distraída y me habló de lo bonito que estaba el jardín con la lluvia, como si nada hubiera pasado.

—¿Quién es Juanillo, abuela? ¿Qué tiene que ver con mamá?

—¿Has visto los pájaros, Joel? —me dijo, señalando el cristal—. Se posan siempre en la verja cuando va a escampar. Me gusta verlos. Esos están gorditos porque Maruja les echa pan. Yo ya no puedo volar, mi niño; los años nos vuelven cobardes.

Su mirada vagaba perdida, atrapada no sé dónde, dando la conversación por terminada. O, mejor dicho, ella me había dado lo único que estaba dispuesta a soltar, y después había cerrado de nuevo la puerta de su memoria.

Me levanté y me despedí con un beso, con bastantes cosas en qué pensar.

—No tardes tantos meses en venir, que te echo de menos, mi vida —suplicó, bajito, y ese ruego me quebró por dentro.

Capítulo 29

Ya faltaba poco para llegar al pueblo donde pasé mi infancia. El taxi se internaba en la sierra mientras el paisaje se transformaba en un mosaico de encinas, laderas desnudas y pequeños pueblos desperdigados. No llovía, pero hacía bastante viento y, fuera, a través de la ventanilla, mi mirada se perdía en el temblor de las ramas de los árboles.

A medida que me acercaba al lugar, los recuerdos comenzaron a golpearme con fuerza: las tardes jugando en la plaza del pueblo, el olor de los dulces que hacían en la tienda de abajo, las carreras por el pasillo interminable del piso donde vivíamos y los desayunos con torrijas en las vacaciones de Semana Santa. A pesar de que esos eran agradables, también acudieron los gritos lejanos, las puertas cerrándose de golpe y las conversaciones que nunca entendí del todo, pero que en ese instante me atacaban con una nitidez perturbadora.

El taxista se detuvo ante la fachada descascarillada de la tienda, a través de cuyos desconchones se apreciaba la piedra de la construcción, pero el rótulo seguía ahí, intacto: Venta Juanillo. Di un paso al frente y, aunque temeroso, entré decidido a obtener la verdad.

Tras el mostrador, un hombre mayor limpiaba los estantes de las galletas con un trapo. Al oírme entrar, se dio la vuelta, levantó la cabeza y frunció el ceño.

—¿Le ayudo en algo?

—Soy Joel… el hijo de Amparo. Vivíamos en el piso de arriba hace muchos años. Usted es Juanillo, ¿verdad?

El hombre parpadeó varias veces y negó con la cabeza.

—Lo siento, no me acuerdo. Pasa tanta gente por aquí… Son muchas las familias que han vivido ahí arriba. —Señaló con el dedo hacia la bóveda.

Arrugué la nariz, frustrado, al darme cuenta de que había hecho el viaje para nada, y estaba a punto de marcharme cuando una voz desde la trastienda me devolvió un poco de esperanza.

—¿Has dicho que eres hijo de Amparo?

Un hombre más joven, quizás en la cincuentena, apareció cargando un par de packs de leche que llevó junto a una de las estanterías. Al volver, su mirada se clavó en mí con curiosidad.

—Sí. —Intenté calmarme—. Soy su hijo. Mi padre fue… ya sabe.

El hombre suspiró.

—Sí, lo sé. Fue una época difícil y un suceso imposible de olvidar. Mi padre… —señaló al anciano tras la barra— quiso testificar en su día a favor de Antonio. Dijo que había cosas que no cuadraban. Pero no lo dejaron.

—¿No lo dejaron? ¿Por qué?

—Porque tu abuela se lo pidió. —Sus ojos se enturbiaron—. Ella y mi padre tenían algo. No sé qué tipo de relación exactamente, pero sé que le pidió que callara. Y él, por lo que fuera que tenían, no habló.

Sentí una sensación tan extraña que tuve que agarrarme al filo del mostrador para evitar terminar en el suelo.

—¿Qué era lo que él sabía?

El hombre dudó un instante, intentando medir sus palabras.

—Nunca contó nada, pero lo que yo te puedo decir, es que tu madre no era solo la mujer dulce que todos veían. Aquí, en la tienda, más de una vez escuchamos discusiones. Y sé que para un hijo es complicado que alguien venga a manchar el recuerdo de su madre, pero recuerdo un día en el que tu padre bajó con la cara marcada por una bofetada. En ese momento no me pareció un hombre capaz de pegarle a su mujer, sino uno que aguantaba resignado.

Sentí que aquello era demasiado. El anciano tras la barra nos miraba sin intervenir, pero sin decidirse a marcharse.

—Eso es lo que sé. —El hijo suspiró—. No te lo digo para justificar nada, pero, a veces, las personas no son lo que parecen.

Me quedé quieto, helado, sintiendo que el suelo se abría bajo mis pies, y salí de la venta, tras despedirme, tambaleándome y sin saber cómo asimilar aquello.

Me apoyé en el coche, cerré los ojos y me repetí una y otra vez la misma frase: Necesito tiempo.

Porque la verdad, aunque al fin se abría paso entre las dudas y las mentiras, era más devastadora de lo que jamás imaginé. Y yo, que había crecido odiando, no estaba listo para reconciliarme ni con ella, ni con mi padre, ni conmigo mismo.

***

El trayecto de regreso a Madrid lo hicimos por la carretera secundaria que bordeaba el río. La tarde había caído de golpe y el cielo nos regalaba un feo azul oscuro, casi grisáceo. Yo viajaba en silencio, con la cabeza apoyada en el cristal y la mente a punto de desbordarse, rumiando cada palabra que había escuchado en la tienda.

Una madre dulce que jamás me dio una voz más alta que la otra, contra una esposa capaz de golpear a su marido. Dos imágenes irreconciliables que chocaban entre sí, como las piezas de un puzle destinadas a no encajar jamás. El coche tomó una curva cerrada y, de pronto, vi el viejo puente de piedra que atravesaba el caudaloso cauce del río.

—¿Podría parar un momento aquí? —pedí al taxista.

El hombre me miró por el retrovisor, sorprendido, pero obedeció sin preguntarme nada.

—Le espero, ¿eh? No tarde, que refresca a estas horas.

Me acomodé la chaqueta, subiéndome el cuello, pues comenzaba a helar, y crucé la carretera con pasos rápidos hasta llegar al centro del puente. Me apoyé en la barandilla húmeda y miré hacia abajo.

El río discurría oscuro y lento, reflejando en sus espejos los últimos destellos del día. Me incliné un poco más y cerré los ojos. La corriente parecía susurrar mi nombre. Sería fácil responder a su llamada.

Por un instante, imaginé mi cuerpo dejándose caer al vacío, el frío del agua clavándose como agujas en mí y el silencio absoluto al

no tener que cargar nunca más con recuerdos que no quería tener ni verdades deformadas. La tentación de acabar allí mismo con el dolor que me consumía me pareció tan simple, tan fácil, que sentí miedo.

Apreté la barandilla con la mano y abrí los ojos, mirando el remolino que provocaba una de las rocas sobre la que saltaba el agua. La imagen de mi madre se coló primero. Su risa en la cocina, el olor del cocido, su mano acariciándome el pelo y besando mi frente cuando tenía fiebre, y las tardes en el parque del pueblo en verano. Después, inevitablemente, la voz de mi abuela, quebrada por la confusión, acusando y desvariando. Y luego, mi padre, con los ojos llenos de amargura en mi despacho.

Pero, sobre todo, apareció la sonrisa de Emma mientras me partía trocitos de pan la otra tarde para la sopa. El tacto de sus manos frías entre las mías y lo bonita que estaba cuando usaba mi bufanda, aquella que se negaba a devolverme.

Inhalé hondo y me quedé así, con los pulmones llenos de optimismo al recordarla, pensando que tal vez la existencia podía ser tan cruel que podía arrancarte hasta las más firmes creencias de raíz, pero también tenía esas cosas pequeñas y sencillas que merecían la pena ser vividas.

Una sonrisa breve, apenas un destello, se me escapó al recordar cómo Emma se sonrojaba cuando yo le soltaba alguna broma idiota. Entonces, me aparté de la barandilla mientras el río seguía su curso, indiferente a mis pensamientos e incertidumbres. Todo se podía resumir en que la vida continuaba, con o sin mí, pero yo aún tenía algo que perder, algo que ganar y alguien que me hacía sentir que no todo era negro a mi alrededor.

Regresé despacio al taxi, y el conductor, apoyado en la puerta, me observó achicando los ojos.

—¿Todo bien? —se preocupó.

—Sí. —Mentí con una calma que casi me sorprendió—. Regresemos a Madrid.

Capítulo 30

La tarde del 31 había quedado con Emma en vernos en la Plaza Mayor, así que salí con prisas de la oficina. Tuve que aparcar lejos, pero me apetecía caminar y recrearme en ese Madrid frío y bullicioso de las últimas horas del año, en las que todo aquel con el que te cruzas lleva una sonrisa dibujada. En alguna parte, a lo lejos, sonaba la mítica *Un año más* de Mecano

Tomé la calle Preciados, esquivando grupos de turistas y parejas que buscaban el mejor ángulo para la foto, además de algunos compradores que hacían cola para hacerse con un décimo de la Lotería del Niño, y en eso estaba cuando alcé la mirada y la vi.

Ahí estaba ella. Mi ex. Apoyada en una de las columnas de la entrada del Corte Inglés, con el abrigo gris que le regalé hacía dos inviernos, mirando distraídamente su móvil. Y sí, claro que me vio, aunque estuviera tentada de no saludarme. Madrid puede ser enorme, pero no tanto cuando alguien que conoces se cruza en tu camino con una puntería casi cruel. Sonreí al pensar en el grupo peculiar con el que me había encontrado varias veces días atrás.

Hubo una pausa que sentí lo suficientemente tensa como para tener que respirar hondo, pues no quería volver a recordar nada que tuviera que ver con lo que era mi vida con ella, pero, aun así, me acerqué.

—Feliz año —le di la felicitación de rigor en esas circunstancias, por cumplir.

Ella alzó la vista, algo sorprendida por mi gesto, y me saludó con dos besos que no me supieron a nada. No dolieron ni me alegraron, simplemente ocurrieron y pasaron.

—Tendríamos que hablar algún día —sonrió.

—Quizá —respondí—. Pero a veces es mejor no estropear las despedidas, porque el recuerdo no se mancha. Creo que ya quedó todo dicho entre nosotros, Almudena. Deseo que todo te vaya genial.

Ella abrió los labios, pero no dijo nada, ni falta que hacía a esas alturas de la película. Asintió, admitiendo que era lo mejor para ambos, y se dio media vuelta para entrar en la tienda, perdiéndose entre perfumes y promotoras que iban vestidas con un toque de lentejuelas.

Yo seguí mi camino, pensando en lo curioso que era el destino. Entiéndeme, no en el sentido místico, sino en esa forma tan simple en la que te lanza pequeños retos por sorpresa para comprobar si has pasado página de verdad o solo has doblado su esquina. Fue entonces cuando me sentí bien, no por haberla visto, sino por haber comprobado que no la necesitaba de ninguna forma en mi vida.

La calle Mayor estaba a rebosar de gente con ganas de fiesta, y así, entre grupos que ya estaban comenzando su despedida de año particular, entré en la Plaza Mayor, donde las casetas del mercado ya comenzaban a cerrar, pues el cielo, teñido de malva, anunciaba la inminencia de la cena, del champán, de los propósitos que no cumpliríamos en el nuevo año y de la lluvia de besos que recibiríamos en esa noche para felicitarnos la entrada en el 2026, en el que seguro que todos seríamos mejores personas.

Y hablando de lo mejor, de algo bueno de verdad, allí estaba Emma, recién llegada del rodaje del concurso en Barcelona.

La vi de espaldas, junto a un árbol gigante, con el abrigo de lana roja que tanto le gustaba, el pelo suelto y las manos metidas en los bolsillos e, instantáneamente, sus labios se curvaron en una acogedora sonrisa en cuanto se giró y me vio.

Caminé hacia ella con la tranquilidad de quien ya no necesita correr para alcanzar lo que importa, porque eso tan importe ya camina de tu mano.

—Te eché de menos —reconocí, envolviéndola en ese abrazo a medias con tan solo mi brazo izquierdo.

—¿A mí o a mis tornterías? Porque quiero hacer una contigo. —Se apartó, aplaudiendo como una niña entusiasmada, y yo me dejé llevar.

Antes de que fuéramos a cenar, Emma me llevó de la mano hasta la calle de la Escalera, donde había visto en redes una pequeña tienda que esos días era viral. La Tienda de los Deseos

estaba decorada como si fuese una escena de cuento, con una reja negra cubierta de hilos, de los que colgaban deseos, escritos en papeles atados con cordelitos marrones.

—¿Tú también caíste en estas modas ridículas? — pregunté, más divertido que escéptico.

—Calla y escribe el tuyo. No me arruines la ilusión —ordenó, tendiéndome un papel, un boli azul y una cuerda.

Escribí: *Sentir siempre que mi vida tiene sentido, como ahora*. Y no miré el suyo mientras lo escribía, pero cuando lo ató con cuidado, leí sin querer: *Ser tan feliz como ahora.*

Me quedé en silencio, mientras ella sonreía mirando el balanceo de los papeles con el viento frío.

Aquellas tonterías, admito que lo son, porque era algo muy absurdo creer en los deseos y atarlos a una reja, me conquistaban cuando me las proponía ella.

Decidimos rematar la noche en Casa Labra, donde ocupamos una mesa al fondo para dar buena cuenta de una ensalada, una ración de bacalao y unas croquetas acompañadas de un par de cervezas frías, antes de pasear hasta Malasaña.

Tomamos la última copa en La Vía Láctea, lugar de culto de la movida, donde una simpática chica que vestía una camiseta de Los Ramones nos sirvió un par de combinados entre el barullo de la gente, y fue al salir de allí, quizá animado por los grados de alcohol de aquello que bebimos, cuando le conté a Emma lo que había descubierto por las conversaciones con mi abuela y la visita al pueblo.

—¿Y ahora? —Se alzó las solapas del abrigo para protegerse la garganta del frío de la noche.

—Estoy aquí contigo —sonreí.

—Me refiero a lo de tu padre…

—Más que nunca necesito tiempo —reconocí.

—Cuando llegue el momento, quiero saber tu decisión. Si es la de acercarte a él y a tu hermana, yo te acompañaré. —Me miró convencida, regalándome su firmeza y su calidez, y le agradecí con un suave beso el que deseara ser presencia constante en mi vida.

Capítulo 31

Caminamos cogidos de la mano por las calles del centro, que se encontraban a rebosar de gente con ganas de fiesta, entre serpentinas, gorritos brillantes y botellas de cava que sobresalían de mochilas y bolsas.

Llegamos a Sol casi media hora antes de las campanadas. Las cámaras de los programas de televisión ya grababan a varios presentadores disfrazados que lanzaban confeti desde las azoteas de algunos edificios emblemáticos, exagerando su entusiasmo, porque eso quedaba bien en pantalla y retenía televidentes en sus respectivos canales. Las luces de la fachada de la Puerta del Sol palpitaban como un corazón luminoso, y el reloj continuaba contando el tiempo desde arriba, altivo, al ser el protagonista de la Nochevieja.

Como pudimos, nos hicimos hueco entre la multitud. Había miles de personas con gafas de plástico con el número del nuevo año, guirnaldas al cuello, bolsas con uvas y móviles levantados como antorchas digitales que gritaban cuando uno de los presentadores saludaba con un megáfono desde un balcón.

Emma sacó las dos bolsitas que habíamos comprado durante nuestro paseo en una de las tiendas cercanas a la Plaza Mayor y, sin pretender llegar frente al reloj, ya que nos era imposible abrirnos paso hasta allí, la cuenta atrás comenzó con miles de gargantas que no conseguían ponerse de acuerdo para gritar el número. Ella abrió la bolsa de las uvas y me ofreció una de las bolsitas, ya abierta.

Una campanada. Fui a sacar una, pero ella la cogió por mí y la introdujo en mi boca, para luego comer ella la suya de su paquetito.

Dos. Repitió el gesto y yo me dejé hacer, disfrutando de los mimos de la mujer que me derretía con su sonrisa.

Tres, cuatro, cinco, seis... y hasta doce.

Cuando llegó la última campanada, y ambos dimos fin a las uvas, no esperé. Fue como si todo lo demás, el reloj, la gente, los

presentadores chillones y el champán salpicando el aire, se congelara en un instante. Me incliné y la besé.

No con la urgencia de otras veces, ni con el miedo a perderla. La besé como quien encuentra un refugio cálido y seguro en mitad de una copiosa nevada y decide quedarse a vivir dentro.

Aplausos, gritos, abrazos, y gente llorando, saltando y cantando me aturdían, pero yo solo tenía ojos para mi chica mientras sonaba la típica versión de *Un año más* de Mecano en la megafonía.

Volver a Sol, tantos años después de dejar de creer en la magia de las cosas simples, tenía sentido si era con ella. No me importaban las cámaras ni los focos, ni mucho menos los micrófonos que sujetaban sobre nuestras cabezas. Yo estaba embobado con sus labios, dulces por el jugo de las uvas, con el vaho que salía de su boca al hablar y con la forma en la que me miraba cuando no decía nada.

—Corteeeeeen —gritó el director— ¡Buen trabajo, equipo! — Aunque yo lo escuché como un susurro que se unía a la multitud, porque yo solo pensaba en la idea de disfrutar de las caricias que me regalaban las manos de Aura por dentro de mi abrigo, acariciándome la espalda. Me separé un poco de ella, necesitaba sentirla plenamente, y me quité el cabestrillo liberando mi brazo, únicamente dañado en la ficción, para abrazarla con toda la fuerza del mundo. Porque yo no soy Joel ni tengo su historia pesándome como una losa, pero sí la fortuna de ser amado por su tierna y fuerte Emma, mi Aura, más allá de fotogramas, en la vida real.

—Te amo, vida —confesé tras meses de rodaje de esta intensa e intimista película que acabábamos de finalizar.

—Y yo a ti, Mario. —Me sujetó la cara con las manos para dejarme un montón de pequeños besitos en los labios junto con alguna que otra sonrisa.

Epílogo 1

Nunca he visto un cine tan lleno. En el estreno, todos vibran de expectación, como si esperasen a que esta noche ocurriera algo único y especial. Al menos, para mí lo es. Afuera, Gran Vía brilla con su decorado de Navidad un año más, esas luces que parecen colgar del cielo dibujando fantasías, pero aquí dentro reina la penumbra, rota solo por el resplandor azulado de la pantalla.

Me hundo en la butaca, agarrando la mano de Aura y respiro hondo. La película comienza y escucho el murmullo de la gente, sus risas apagadas, el crujido de las palomitas y a alguien que carraspea dos filas más adelante. Nadie sabe que ella y yo estamos aquí, en la última fila, viendo a unos pocos metros la historia que estamos a punto de revivir.

Cuando mi rostro aparece en la pantalla, el estómago se me encoge. Siempre es raro verme así, ampliado a ese descomunal tamaño, con el gesto serio que caracteriza al personaje de Joel y con esa voz que suena a la vez mía y ajena. El público observa atento, y yo también, aunque repetimos tantas veces algunas de las escenas que me las sé de memoria.

Aura y yo intercambiamos una mirada cómplice al darnos cuenta de que lo que ellos ven solo fue una parte de la historia, la de Joel y Emma, pero allí creció otra, la nuestra, la de Mario y Aura, quizá más intensa que la de los protagonistas. Hubo matices, silencios y temblores en las manos que la cámara no captó, pero, sobre todo, existió una verdad que ningún guion había previsto, pero esa es otra historia. Tal vez te la cuente algún día.

Ahí estoy, en la pantalla, dejando a una mujer, rompiendo un vínculo. Esa ruptura en la que mi personaje proclama que el amor es efímero, que todo se desvanece. Recito mis monólogos en el piso con un tono filosófico y lleno de dolor y soledad, y la sala se calla, atrapada en mi interpretación.

Yo, desde la butaca, sonrío con ironía, porque rememoro el instante en que grabamos las escenas. Recuerdo también lo que pasó justo después, cuando el director gritó «¡corten!», y Aura, aunque en la película se llame Emma, se acercó a mí, con lágrimas en los ojos y me abrazó con ternura.

No estaba en el guion, pero ella me miró como si supiera que debajo de esas frases había un rastro de desgarro verdadero. Su mano rozó mi brazo apenas un segundo, en un gesto mínimo, invisible para todos, y ahí empezó algo que nadie pudo detener.

La película avanza y Madrid resplandece en la pantalla. Disfrutamos de las luces de Plaza de España, el bullicio en la Plaza Mayor y la falsa nieve cayendo sobre nosotros en la Puerta del Sol al final. Todo parece mágico. Sin embargo, yo sé que eran focos, ventiladores, decorados y micrófonos.

El amor de Joel y Emma formaba parte de la película, pero, entre toma y toma, cuando las cámaras se apagaban, había algo imposible de fingir entre Aura y yo. Me costó lo mío meterme en el papel de Joel y asumir su dolor, pero no asumir el rol de enamorado de Emma, porque la chispa y la complicidad existieron desde el primer encuentro en el *set* con Aura.

Tras el rodaje del momento en el que ella fumaba un cigarro conmigo en el balcón, con mi abrigo puesto, ella giró el rostro tras cortar la escena y me besó, dando alas al deseo que ambos conteníamos al estar trabajando.

—No sé si seguimos actuando o si esto ya nos está pasando de verdad —susurró.

—No estoy actuando, cariño. Yo también te deseo.

En ese instante entendí que ningún director controlaba ya lo que estaba naciendo entre nosotros.

Es curioso cómo, en la ficción, me derrumbaba como Joel, pero, en la vida real, Mario estaba siendo el hombre más feliz del mundo.

Los créditos empiezan subir y la música envuelve la sala, a excepción de algunos, que aguantan allí aún. Yo me quedo quieto con la mano de Aura bajo la mía.

Sé que esta historia que han visto no me pertenece del todo, pero, aun así, agradezco profundamente las lágrimas que veo limpiarse a muchos de los que han acudido al estreno.

Epílogo 2

Han pasado casi tres años desde aquel rodaje que nos unió.

Ahora escribo estas palabras en nuestro salón. Aura está frente a la chimenea, leyendo en el sofá, con una taza de chocolate humeante sobre la mesita, la luz del árbol de Navidad iluminando su silueta, y su mano descansando sobre el vientre redondeado que acoge al pequeño, que pronto vendrá al mundo a completar nuestra verdadera historia de amor.

Sonrío mientras la observo. A veces me parece imposible que ella, la mujer más decidida y preciosa del mundo, se fijara en mí.

Hablamos muchas veces de lo extraño que fue todo, de cómo nos enamoramos interpretando un papel. Siempre llegamos a la misma conclusión, y es que la ficción nos puso frente a frente, pero lo que nació después nos pertenece solo a nosotros.

Es lo irónico de la vida, que mientras la gente se emocionaba viendo una mentira en el cine, lo único real se fraguaba fuera de cámara. Y sonrío, porque la película ya pasó, pero nuestro amor sigue creciendo y pronto estará dando sus primeros pasos.

Gracias por haber llegado hasta aquí. Si lo deseas, nos vemos en la siguiente historia.

Para conocer otras de mis novelas, puedes visitar el perfil de mi Instagram: **@madre_hija_autoras**